¿QUÉ PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 492 - 2-VI-973

¿La línea DOCTRINAL DE LA IGLESIA, o la línea PERSONAL O POLITICA DE CIERTOS HOMBRES DE IGLESIA, POR MUY ALTA QUE SEA SU JERARQUIA?

EL MAGISTRAL DE ZAMORA LE DIRIGIO A SU OBISPO LA SIGUIENTE CARTA MAGISTRAL

San Vicente Ferrer, modelo de santa libertad evangélica y de celo por la pureza de la verdad.

Revdmo. D. Ramón Buxarrais Ventura.
Obispo de Zamora.

Respetado y querido señor obispo:

Como le prometí, siguiendo su deseo, que para mí es un mandato, y que venía esperando desde el mismo día primero de abril, le envío el texto de mi homilía de la Dominica IV de Cuaresma (1-IV-73), leída en la misa conventual y en la misa de la una de la tarde de nuestra catedral.

Disculpe los defectos de la copia a máquina.

Desde el original manuscrito, y con inevitables correcciones y tachaduras, han hecho ésta y otras muchas copias fuera de Zamora.

Le puedo asegurar que anoche, cuando me llamó a las once por teléfono, no tenía en mi poder ni el original ni una sola copia del mismo; de otro modo, ayer mismo le hubiera entregado el texto de la homilía.

Me reitero, una vez más, en todo cuanto le dije en la bastante tensa conversación que sostuvimos:

Que al padre Llanos se le han dado dos oportunidades de dirigirse a los diocesanos todos: en el que fue Seminario, hoy tan venido a menos desgraciadamente, y a través de Radio Popular, emisora de la Iglesia.

En cambio, al magistral de Zamora usted mismo le ha negado «por ahora» la autorización para leer su homilía de réplica al padre Llanos, a través de la misma emisora de Radio Popular.

No deja de ser curioso, y clásica ironía de esta Iglesia de hoy «tan liberal...», que hace bien poco tiempo usted mismo me pedía, también por teléfono, que aceptara ser miembro de la recién creada Comisión Diocesana de Medios de Comunicación Social. Y acepté, a sabiendas de que iba a servir para bien poco esta Comisión, pues conozco bastante lo que es «información» para muchos hombres de Iglesia, con su inefable interpretación del pluralismo. Por lo visto, no andaba muy mal pensado.

Se me pide, y, como ve, acato obedientemente su deseo, que antes de difundirse más mi homilía (tan extendida, ya que nadie se lo hubiera imaginado nunca) sea presentada a usted, porque era *imprescindible* la supervisión personal del señor obispo.

Nada más lógico, ni más de acuerdo con las normas hasta del sentido común eclesial, sin necesidad de recurrir a cánones u otras «minucias», si el mismo baremo de pro-comunicación al prelado diocesano se hubiera seguido con la demoledora conferencia del padre Llanos, tan conocido por sus escritos como por sus tarascadas marxistas y no marxistas que le puedo demostrar. ¡No salgo de mi asombro ante los que dicen *no conocer* a uno de los clérigos más cognoscibles de España y de sus contornos!

Para agravar más este punto, usted bien pudo haber oído la cinta recogida para su difusión por Radio Popular, antes de que lanzase a todos los vientos de la diócesis la desdichada conferencia, en la que tan poca ortodoxia y respeto a lo sagrado tienen su asiento. Pero usted no lo hizo, siguiendo su indiscutido e indiscutible derecho de supervisión episcopal, o si lo hizo, lo consintió y lo aprobó, que sería muchísimo más serio.

Y ahora se duele de que el magistral de Zamora haya intentado escribir y hablar (tras un silencio de martirio de muchos meses), y lo ha hecho para puntualizar muchas cosas que atañen muy gravemente a la fe y al honor de Dios y de su Iglesia.

Y, por esta línea de argumentación lógica, que anoche ya le expuse brevemente podríamos sacar curiosísimas consecuencias, que irían saliendo oportunamente.

Nada extraño, pues, que juzgue de lamentable discriminación el trato dado al padre Llanos y al magistral de Zamora. Pero, en fin, deben ser «los signos de los tiempos» que nos toca sufrir bajo la... libertad condicionada.

En conclusión, no parece que lleve camino de remitir en la diócesis la línea de conferencias en que se ponen en tela de juicio, se burlan, se deforman y hasta se niegan muchos puntos de los más sagrados de la doctrina infalible de la Iglesia, de la que usted y yo, y todos los sacerdotes deben ser fidelísimos servidores.

Y en lo que es discutible, que no se nos niegue a ninguno el derecho a disentir, mientras se concede en exclusiva, muy gustosamente por cierto, sólo a determinados cónclaves o personas.

En sus manos, señor obispo, tiene la homilía que cierto grupo, políticamente muy activo bajo manto de Acción Católica (con muy graves consecuencias para la diócesis), y más aún desde que se siente tan altamente arropado y alentado, no logró transcribir porque me opuse, a pesar de los insistentes y renovados esfuerzos.

Se que usted, tal y como está la homilía, nunca le dará su aprobación. Contaba con ello, pero quisiera equivocarme, como prueba de su liberalidad. Si no recibe, como espero, el visto bueno desearía saber qué puntos de la doctrina «indiscutida e indiscutible» de la Iglesia he violado.

Desde ahora mismo los doy por no escritos ni dichos, y estoy dispuestos a rectificar públicamente, como públicamente fueron expuestos.

Tarde o temprano, más temprano que tarde, nuestras comunes actuaciones conferencias y escritos, terminarán siendo supervisados por la Sagrada Congregación para la Fe, en Roma.

Acataré humildemente siempre el veredicto de la Santa Sede.

Los Documentos Romanos «todos» me han merecido constantemente un gran respeto, y más si son doctrinales, como el famosísimo y ultrajado de la Sagrada Congregación del Clero, que ha hecho lógico el pensamiento de que difícilmente serán acatados quienes no acatan a Roma.

Con los documentos puramente disciplinares (y, claro está, según los casos y cosas), me siento mucho más liberal pues no infrecuentemente adolecen de puras estimaciones opinables.

Debo ir terminando esta larga y dolorida carta a mi obispo, al «episcopos», al «vigilante desde lo alto» de los buenos pastos espirituales de la diócesis, al responsable ante Dios de la fe de nuestras ovejas, cada día más amargadas, divididas, confusas, desorientadas.

Pero aún están siendo de más funestas consecuencias las profundas divisiones que día a día se van creando entre los sacerdotes tes evangelizadores.

Si su llamada hubiera sido antes de la noche del miércoles, día cuatro, tal vez se hubiera evitado que muchas, muchísimas copias de mi pobre pero sincera homilía anduvieran ya en manos de zamoranos, y no zamoranos, aun no españoles siquiera.

Y lo mismo ocurre con grabaciones magnetofónicas, pues no a todos fueron negadas.

Me veo incapaz de detener su expansión, como sin duda le ocurre (¡y cómo debe sufrir por eso el pobrecito!) al padre Díez-Alegría por su detonante panfleto, que se ha vendido y se vende en no desdeñables cantidades en Zamora y en toda España, sin que nadie lo ataje. ¿Para qué? ¡Es tan constructivo!

Debo comunicarle que me consta que «El Correo de Zamora» tiene alguna copia de la

(Pasa a la página siguiente.)

15 PTAS.

FATIMA

A Jesucristo le acusaron de querer hacerse rey; de *meterse en política*. Le acusaron calumniosamente, ya que ni entonces, ni nunca, ni ahora, se ha metido ni se mete, ni quiere que su Iglesia SE META en política —pues su REINO NO ES DE ESTE MUNDO—, ni Jesús vino para dirimir contiendas o arreglar asuntos humanos por mucho que los carismas quieran afirmar lo contrario. Los asuntos humanos se deben arreglar como consecuencia, como derivación natural e inevitable del establecimiento del Reino de Cristo. Pero jamás deben suplantarlo, jamás, como fin. A la Santísima Virgen de Fátima se la acusa de lo mismo que se acusó a Jesús. Se dice que sus devotos la utilizan como bandera política y se la despide a Ella ¡¡¡A ELLA!!! Por eso, para que NO SE META EN POLITICA. Pero los que esto hacen incurren en el mismo pecado de aquellos que acusaron a Jesús de querer hacerse rey, para así llevarlo a la muerte; se METIERON ELLOS EN POLITICA, en una política sucia, ruin, traidora a su patria; se fingieron amigos del invasor romano, le adularon. «¡Nosotros no tenemos otro rey que al César!» La cuestión era lograr la ejecución de Jesús. Los medios no importaban. Tampoco ahora. ¿Cómo se atreven a juzgar de los fieles amantes de la Virgen y sentenciar que las manifestaciones de fervor y de amor a Ella, y el dolor por los desaires, desprecios e injurias que recibe son de tinte político? ¿Cómo se atreven a hacer esto y PRECISAMENTE AQUELLOS QUE CON MANIFIESTA INJUSTICIA, con escándalo del pueblo fiel y faltando a sagrados deberes que les OBLIGAN GRAVEMENTE a cuidar del bien espiritual de las almas, se entregan a demoler nuestras instituciones, a fomentar la desunión y el desorden METIENDOSE CONSTANTEMENTE EN POLITICA, utilizando para ello hasta los mismos altares para que los oyentes tengan que tragar sin defensa todo el veneno que allí se les administra? Si no fuera indignante tendría gracia el asunto; sería como si los lobos acusaran de carniceros a los corderillos recién nacidos. Nada: prohibida la visita de la Virgen a algunas ciudades españolas, porque esa visita ES POLITICA. Pues bien: hasta aquí llego, con la indignación en el alma prometo hacerle la guerra con todas mis pobres fuerzas al hipócrita, farsante, fariseísta progresismo, porque donde se injuria a mi Madre se injuria todo lo que yo soy capaz de amar en este mundo, y los que a ELLA arrojan y expulsan a Dios mismo expulsan y arrojan. ¡Ya, ya está MORDIENDO LA SERPIENTE EL PURISIMO Y VIRGINAL PIE DE MARIA, ya la ENEMISTAD ENTRE LA DESCENDENCIA DE LA VIRGEN Y LA DE LA SERPIENTE se pone de manifiesto y sale a la luz! ¡No, no, jamás; que no nos hablen de UNIONES los que se han separado de María!

MONTSERRAT ESCUDER

CORRUPTIO OPTIMI PESSIMA

«La corrupción de lo mejor es la peor». En la revista ¿QUE PASA?, mes de abril de este año, número 485, leí un hecho tristemente escandaloso: un sacerdote, y para mayor desgracia religioso, ante cierto auditorio se chanceaba y ridiculizaba la devoción del Santo Rosario. Yo diría a este pobre desviado: ¿Usted se da cuenta del gran pecado que está cometiendo? Usted está ofendiendo a la misma Madre de Dios, MARIA SANTISIMA, la gran panegirista del Santo Rosario, sí. Primero en Lourdes y después en Fátima, trayéndolo en sus manos, recomendando esta santa devoción y llamándose Ella misma, Nuestra Señora del Rosario. Aparte de esto está el sentir de la Iglesia Católica en todos los tiempos. Pero vengamos ya a los nuestros: Está el gran Pontífice León XIII con su encíclica y nada menos que los documentos sobre el Santo Rosario, él, el que mandó poner en las letanías «Reina del Santo Rosario» y el que consagró a esta devoción todo el mes de octubre; éste, uno de los Pontífices más eminentes que han pasado por la Santa Iglesia Católica, veinticinco años de reinado, el de la encíclica *Rerum Novarum*, y cuyo lema «Lumen in caelo», por su clarísima inteligencia, le cuadraba perfectamente.

Pío XII, a los nuevos matrimonios les entregaba, bendecidos por él, el Santo Rosario; el Santo Pontífice Juan XXIII, que lo rezaba entero a diario, y a este tenor el actual Papa la Santidad de Pablo VI. Y más, ¿usted no sabe que Santo Domingo de Guzmán dio la batalla a la herejía albigense con el Santo Rosario? Y también, ¿ignora usted que en tiempo de San Pío V, él, unido con toda la cristiandad y rezando el Rosario, obtuvieron la victoria de la gran batalla de Lepanto? ¿Ignorancia?, o quizá algo peor: *relajación*; la corrupción de lo mejor es la peor.

El folleto del R. P. Saturnino Junquera, S. J., «El Rosario sin rutina», muy recomendable.

UN SACERDOTE QUE REZA TODOS LOS DIAS EL SANTO ROSARIO

MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

La Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret ha editado unas hojas con las oraciones propias del MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. No se pueden servir gratis como las del mes de María, pero el precio es módico: 100 hojas cuestan 50 pesetas; por tanto, 500 cuestan 250 pesetas. Y 1.000, 500 pesetas. Pedirlas rápidamente a Librería Urquinaona. Calle Lauria, 4. Barcelona-10.

(Viene de la página anterior.)

homilía, y Radio Zamora pidió y tiene la grabación de la misma, y piensan difundirla.

Vea usted si tiene más fuerza que yo para evitar el escándalo que, según siempre los mismos grupos muy calificados, va a provocar o está provocando ya el magistral de Zamora; grupos que no dudan en fomentar, aplaudir y difundir con celo digno de mejor causa, y bien abastecidos de indulgencias y bulas especiales, muchas doctrinas poco o nada aceptables para la permanente e invariable fe de la Santa Iglesia.

Mis gestiones ante «El Correo» y la emisora se han estrellado como ante un muro frente al derecho que alegan de informar de los sucesos locales, y más cuando han transcendido con fuerza, como en el caso presente, ante el evidente, muy generalizado y público disgusto por la conferencia del padre Llanos.

Noblemente, pero con inmensa amargura, puede creer que le he expuesto, señor obispo, mi parecer.

Espero el suyo, que valoraré en todo lo que se merece, y no dudo (como le dije, con no disimulado enfado por su parte), que, si por escrito recibe mi homilía y mi carta, por escrito debo recibir su respuesta. Pero esto depende solamente de usted y no de mí, y a su conciencia queda.

Y le aseguro que no soy veleta de campanario, ni doy bandazos a derecha o a izquierda. Soy lo suficientemente mayorcito para no tener ya criterios maduros. Si sigue pensando así de mí, le confieso, y en esto sí que estoy totalmente de acuerdo con usted, que no me ha conocido nunca, y que sus consejeros le han deformado el concepto que hubiera podido formar de mi persona, cuando ante el Cabildo varias veces y ante el Consejo Pastoral le expuse siempre mis opiniones sin respetos humanos.

Creo estar en la línea doctrinal de la Iglesia, pero no en la de ciertos teólogos o teologuillos de moda, cuyas opiniones comparto o no, según su valor o el juicio que me merecen. Si no estuviera en línea de Iglesia, pero de Iglesia auténtica, le ruego que me lo diga y en qué, para rectificar cuanto antes.

Pero no olvide que sé distinguir, o creo saberlo, o al menos lo intento siempre, entre lo que es *línea doctrinal de la Iglesia*, y lo que es *línea personal o política de ciertos hombres de Iglesia*, por muy alta y hasta suprema que sea su jerarquía.

Decía el padre Llanos, y gustosamente acepto hasta cierto límite su criterio, que los nuevos cristianos tenían que ser «incómodos» ante muchas cosas.

Creo, que, en pocas ocasiones, podemos y debemos ser con valor y tan dignamente incómodos los obispos y los sacerdotes, como cuando se trata del honor de Dios y de su Iglesia, de la defensa firme e íntegra del «depositum Fidei» y de su comunicación sin mancha a las almas, para no ser transmisores de la revelación sólo al cincuenta por ciento, o quizá menos, y según nuestras conveniencias y gustos o antipatías.

Tome como desahogo del magistral de Zamora con su obispo, hoy más necesario que nunca como maestro y responsable de la fe en la diócesis, cuanto pudiera parecerle menos correcto o más polémico en esta carta.

Así juzgué yo anoche cuantas palabras hirientes pudo dirigirme usted durante la conversación telefónica.

Y, por encima de todo ello, cuente siempre con el respeto y el afecto muy cordiales, pero jamás con el silencio cobarde y suicida, de su magistral, que se ratifica, en todas y en cada una de las frases de su homilía.

MANUEL ALONSO HERNANDEZ
Magistral de la S. I. C. de Zamora,

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

DIRECCION Y REDACCION: Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

¡Mucho cuidado con la "masa encefálica"!

Por Joaquín PEREZ MADRIGAL

Comprendo que es degradante para un hombre que ejerce un cargo público representativo, como yo ejercía el de diputado a Cortes, esto de insolentarse delante de la ciencia y desacatar, irreverente y chabacano, a hombres como don Salvador de Madariaga, exponente el más brillante de una especie de consorcio de cerebros tan grandes, tan grandes que no caben en el país de origen y regalan con la ciencia y con la luz de su «masa encefálica», según está la cosa, a París, Ginebra, Londres, Washington... Cerebros de ese tonelaje —como diría el señor Zunzunegui— merecen el universal respeto. Pero yo no lo puedo remediar. Por aquel tiempo formaba yo entre los analfabetos y los demagogos. De esto último me curé, gracias a Dios. De lo otro, no: ya soy bastante viejo para curarme. Y honradamente digo hoy, como dije en aquel tiempo, que los pueblos tengan mucho cuidado con la «masa encefálica» cuyos productos manufacturados se coticen bien en el extranjero. Yo no digo que en la cabeza de algunos varones privilegiados no germinen y florezcan ideas originales y magnas. Temo, sencillamente, que esas ideas no sean buenas todas. Y en prevenirse contra las malas ideas de los cerebros de exportación, ejercientes de la política, radica el secreto de la felicidad de los hombres buenos, ignorantes y sencillos, que no son tres o cuatro, que se cuentan por docenas de millones.

La verdad es que aquellas Cortes Constituyentes se apoderaron de España para darle al país una Constitución que no aplicaron nunca y para otorgarle al pueblo unos derechos que jamás, jamás pudieron ser hechos efectivos. Eran las fuerzas de una democracia y de una libertad que incendiaban las iglesias y los conventos religiosos; que a monjas empavorecidas, raptadas por el populacho de los Cuatro Caminos, de Madrid, las desnudaban en plena calle, las apedreaban y escupían, y les arrancaban el cuero cabelludo de sus cabezas machacadas; eran las fuerzas que en Cataluña, Aragón y Andalucía aplastaban a cañonazos o a *tiros en la barriga* las insurrecciones de los jornleros —episodios de Figols, Casas Viejas, Bar Cornelio, de Sevilla—; eran las fuerzas que suspendian meses y meses la publicación de periódicos diarios tan prestigiosos y populares como *El Debate* y el *A B C*, de Madrid, e innumerables periódicos de provincias; eran las que asaltaban e incendiaban los locales y las imprentas de otros, como en los casos de *La Nación*, de Madrid, y de *El Ideal*, de Granada —¿te acuerdas, Gómez Aparicio?—; eran las que deportaban en masa, a las dunas del Sahara africano, a sacerdotes, a militares, a aristócratas, a políticos, a menestrales, a trabajadores de la C. N. T. y de la F. A. I.; eran las fuerzas del paro obrero, de la invasión de las fincas agrícolas y de la incautación y el «sabotaje» en las grandes fábricas; eran las de la ley de los *términos municipales*, con sus fronteras infranqueables al ciudadano *forastero* que se buscaba honradamente la vida; eran las de la persecución y el encarcelamiento del trabajador libre y las del asesinato del patrono digno; eran, en suma, las fuerzas de la Libertad y de la Democracia que, finalmente, cuando constitucionalmente fueron derrotadas en los comicios electorales, se rebelarían contra la Constitución y contra la República, se situarían fuera de la Ley y se pronunciarían por la descuartización de España y la sovietización subsiguiente de la península Ibérica.

Aquellas Cortes, titulándose modeladoras y difusoras de libertades y de derechos humanos, se ejercitan, al través de los Gobiernos que sustentaban, en la dictadura, en el totalitarismo más odioso...

Yo me di cuenta, al año escaso de permanecer en el «grajal» radical-socialista de aquellas Cortes, que los radicales-socialistas estábamos haciéndole el juego a la Komintern, cuyo secretario general, George Dimitrof, caería sobre España después de haber dinamitado, en 1925, la catedral, en Sofía, y de haber incendiado, siete años después, el Reichstag de Berlín. Me aterraba, como español, como republicano y como demócrata, de contemplarme, dentro de aquel Parlamento, en función de cipayo al servicio del Kremlin.

Y me aterraba todavía más presenciando la insensatez, coadyuvante a lo mismo, de hombres eminentes en la vida social y científica de mi Patria.

No era, no, porque Hitler ni Mussolini, el almirante Canaris, ni Himmler, ni la tropa del nazismo y del fascismo, viniesen a corrompernos por lo que millones de españoles, aun los republicanos y demócratas como yo, nos echáramos a temblar y reclamáramos a grito herido, en aquel período constituyente, una República, sí; una democracia —¡cómo no!—, un Parlamento representativo de la voluntad nacional —¡pues no faltaría más!—; pero, por el amor de Dios, adaptado el sistema, aplicado su mecanismo exactamente al temperamento, a la cultura política, a la conciencia popular española, que difieren fundamentalmente, que no se parecen, en las capas medias e inferiores del pueblo, a los norteamericanos, a los ingleses, a los suizos, a los suecos, partidarios razonablemente de la Democracia porque, acomodándola a su modo de ser y de no ser, conquistaron su grandeza y su gloria. Pero es que a nosotros, a los españoles, aquella democracia ¿nos hizo grandes alguna vez, lo mismo bajo la Monarquía Constitucional que bajo la República del pueblo soberano? A los españoles aquella Democracia ¿nos aupaba a la cumbre o nos despeñaba al abismo? ¡Bah! Aquella democracia española, desde su inicio fundacional de 1931, era una farsa liberal, en la que toda infamia encontraba recompensa; toda vileza, premio, y el patriotismo, la decencia y la virtud, castigo y repudio.

La democracia de las Constituyentes se caracterizó, en lo interno, por la servidumbre a las cláusulas secretas del Pacto de San Sebastián; en lo exterior, por la obediencia a las consignas misteriosas de las Internacionales Satánicas Asociadas. Los fundadores de aquella República se caracterizaron, en lo histórico, por su invalidez mental, por su ceguera; en lo político, por la temeridad suicida de haber confiado en unos gobernantes advenedizos, a su vez asistidos por unos equipos de colaboradores sólo diestros en la martingala, en el fraude antidemocrático. Recorrer de la mano de aquella naciente democracia republicano-masónico-marxista - separatista los caminos del Estado, de la Provincia, del Municipio, era pasar revista a una suerte de ciudadanos que sabían dar «pucherazos», pero que no tenían ortografía; que eran, en muchos casos, los representantes de la Ley, pero que no hicieron en su vida otra cosa que vulnerarla; que se decían mandatarios, defensores del pueblo, y le adulaban, engreían, envenenaban y pervertían, sin jamás servirle. Y cuando el pueblo reclamaba de sus servicios, le ametrallaban. La democracia —¡ah!— era el derecho, la libertad y la justicia del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Pero daba la casualidad que en aquella democracia española el pueblo no tuvo nunca más derechos que el de morirse de rabia ante la infidelidad y las traiciones de sus tribunos y representantes. En cuanto a libertad y justicia, ya sabemos de las que gozó bajo las Constituyentes el pueblo español: libertad para el atraco, para el «sabotaje», para la apropiación de lo ajeno, y libertad, si no apelaba al delito, para perecer de hambre y de frío en sus tugurios infectos. La justicia —¡ah magnánima justicia popular!— consistía en que todos los trabajadores engrosaran las secciones sindicales de la U. G. T., central obediente al partido socialista, verdadero amo y señor del régimen. Si los trabajadores en el ejercicio de su libertad desdeñaban su inscripción pecuaria en las pandillas de aquel conglomerado de farsantes, a estos trabajadores se les hacía la justicia del pueblo: se les deportaba en masa o se les acribillaba a balazos.

Pero ¿y el Parlamento? ¡Ah, el Parlamento! El Parlamento constituye la expresión de la soberanía nacional en los países democráticos. Es en el Parlamento donde se forjan las leyes y la prosperidad de los pueblos. Es en el Parlamento donde unos cientos de ciudadanos esclarecidos, descollantes por su inteligencia y por su patriotismo, libremente investidos de poder representativo y soberano por la nación que los elige, elaboran, dispares las creencias pero común el propósito, las normas jurídicas a que tendrán que someterse los pueblos en su quehacer civilizado, progresivo y justo... Mas —¡ay!— el Parlamento constituyente de la República, de la democracia española, no fue aquello, sino todo lo contrario. Los clamores populares, si llegaban a aquel Parlamento, eran desabridamente recibidos: se los acallaba, se los transformaba, se los ahogaba. Si el pueblo pedía leyes que le remediasen, y alguno de sus representantes honrados —que también los había— las proponía al Parlamento, éste no las pensaba, las mordía; no las discutía, las pisoteaba, no procuraba su comprensión, sino que, a bulto, manejaba las proposiciones de ley como instrumentos de «chantaje» o como bases de negociación en aquel toma y daca soez y criminalmente utilitario de los partidos y de las partidas. A las Cortes Constituyentes aquellas se les puede imputar este crimen: cada una de las leyes que votaron representó la obediencia a revolucionarias consignas exteriores; o el favor particular, personal o de clase, dispensado; o la traición a la Patria y a Dios codificadas. Para el destronamiento de Cristo, para la traición a la Patria, para la prevaricación política, para la pingüe realización de los negocios privados y para el descrédito del Estado, se reunían las Cortes y, constitucionalmente, muy constitucionalmente, se prohibía que se amase a Dios y se obligaba a que se reverenciase a Satanás; se estafaba a los ciudadanos en su conciencia y en su bolsa; se partía, degradaba, arruinaba a la Nación... ¡Era lo que Azaña preconizó en su discurso del Ateneo! Se estaba extirpando lo «heredohistórico». Así, por entonces, se legalizaban todos los crímenes y todas las felonías. La iniquidad, la injusticia, el desafuero, escocían, irritaban, sublevaban la conciencia del país. ¡Ah! El país estaba democráticamente constituido. Acudía al Parlamento y éste, por modo invariable, acrecía los dolores, la exasperación del pueblo... No hubo en aquellas Cortes delito público que no fuera loado ni alta traición nacional que no fuese glorificada. Y cuando no eran llevados al examen y deliberación del Parlamento los atentados a la vida, a la hacienda, a la libertad, que perpetraban por ahí las turbas desenfrenadas, era el propio Gobierno, en el Parlamento, el que excitaba a las masas al incendio, al asesinato y al expolio.

Si las Constituyentes hubieran invitado a los españoles, con fortaleza y templanza, a adoptar una pura, cristiana, humana, jurídica y patriótica forma de Gobierno, como la de Norteamérica, como la de Gran Bretaña, como la de la Confederación Helvética, como la de los países escandinavos, ¿qué duda cabe que los españoles, unánimes, la hubiéramos aceptado? Pero fue que la democracia española, los hombres de aquella democracia, no eran la democracia, ni la libertad, ni el derecho, ni la patria. Eran el destronamiento de Dios, la negación de España, el encadenamiento del hombre, el desprecio de su conciencia y de su vida, la entrega a Rusia de nuestra soberanía y de nuestra Historia para que se las mutilase en los sótanos de una checa.

¡Democracia! Bien, sí. ¡Democracia! ¡Viva la democracia!, vitoreaba yo, *in pectore*, en plenas Constituyentes. Pero la yanqui, la británica, la suiza, la sueca, la de los pueblos que negando *la comunión de los santos* como artículo de fe, viven tan a gusto el dogma constitucional de «la comunión de las ruedas de molino», labradas a pico de dialéctica municipal en las canteras electorales.

¡Viva la democracia! Pero la de aquellos pueblos que la abrazan con tino y sin barbarie, como forma apta al cumplimiento de sus destinos humanos y nacionales, que no es lo mismo que entrar a saco en el alma, en la fe, en la conciencia, en la Iglesia, y hacerle ofrenda a Satanás de los caudales que les son debidos a Dios y al César. ¡Democracia! Bueno. Pero la que le permita a los pueblos vivir en paz y gracia de Dios. La democracia española, aquella que quisieron imponernos las Internacionales Invasoras, no; ésa no. Aquello no era una forma apta de gobierno, sino añagaza de unos de salmados para buscarse la vida en razón de nuestra esclavitud y de nuestra muerte.

Apostolado seglar

-DICEN LOS SEGLARES-

Por JULIA RIBAS

Son muchos los seglares que me piden escriba su sentir, que es también el mío; por eso subtítulo el presente artículo con el epígrafe: DICEN LOS SEGLARES.

Mas para evitar controversias, pues siempre hay quien toma C por B, aclaro de una vez por todas (pues he de escribir, Dios mediante, otros artículos con el susodicho subtítulo) que si hay algunos seglares que no estén de acuerdo con nuestro sentir, que no se incomoden, ni se sientan aludidos, pues «ellos» no están incluidos en este «los» seglares. De haberles querido incluir, el subtítulo sería: «Todos» los seglares dicen. Por lo tanto, tranquilos y no se den por aludidos.

Era un tiempo en que decir seglares era decir todo el pueblo de Dios. Hoy, por desgracia, no es así. Entre nosotros hay muchas ovejas que no son de nuestro redil, y que al igual que aquellos judíos deicidas que se mezclaron con el pueblo de Dios, alentándoles a gritar ¡CRUCIFICALE!, hoy se hallan entre nosotros quienes alientan a los católicos a destruir nuestra propia Iglesia.

APOSTOLADO SEGLAR: En uno de los apartados del documento «Orientaciones pastorales del Episcopado sobre apostolado seglar» consta: «Consideramos urgente actualizar y potenciar las insuficientes realidades apostólicas; superar el desaliento y desánimo, así como la atonía y alergia a las formas asociativas entre los seglares; adaptar las asociaciones a las necesidades de nuestro tiempo.»

Todo el documento está a tono con lo anteriormente transcrito; o sea, todo él está formado a base de literatura, bellos conceptos y propósitos indefinidos.

Pero eso no nos basta a los seglares. Además, ese desaliento y desánimo que mencionan no refleja con exactitud nuestro estado de ánimo. Y para curar un mal hace falta conocer la enfermedad y también la causa que lo produce.

Dicen que «piensan superar ese desaliento y desánimo» que aqueja al pueblo de Dios. ¿Superar? Esa palabra lo mismo significa llegar a más que vencer. No le extrañe al Episcopado nuestra suspicacia, pues tenemos motivos sobrados para desconfiar.

¿Acaso no fue a causa de una información equivocada por lo que ciertos obispos pretendían que pidiéramos perdón a quienes asesinaron sin opción a defensa alguna a nuestros familiares, amigos y conocidos? ¿No fue una errónea información la que llevó a ciertos obispos a proponer que pidiéramos perdón a quienes arrasaron y demolieron nuestras parroquias y asesinaron a nuestros queridos directores espirituales, por el solo delito de amar a Dios y a nuestros semejantes? ¿También los familiares de los veinte monjes benedictinos del Monasterio de Montserrat, ASESINADOS tan solo porque eran MONJES, tenían que pedir perdón a quienes les asesinaron?

Porque si la absurda petición no fue a causa de una falsa información, ¿cuál fue en verdad el motivo que les llevó a tan inexplicable aberración? De no ser falsamente informados, ¿hubieran conscientemente cometido el grave error de presentar una proposición que iba a llevarles, además del descrédito al ridículo? Ya puede imaginar el Episcopado que no nos hace ninguna gracia ver bambolearse, con el poco airoso gesto de un resbalón, a quienes nos representan.

Por ésa y otras muchas razones, en plan de colaboración, pues al fin y al cabo se trata de nuestro propio bien o propio mal, no tenemos inconveniente en publicar, para asesoramiento del Episcopado, cuál es en realidad nuestro estado de ánimo, pues queremos evitar que, a ciegas, busquen solución a lo que ignoran.

Y al publicarlo seguimos la pauta del Episcopado de dar a conocer por medio de la prensa asuntos eclesiásticos, que antes nos eran dados a conocer en el templo, a la vez que sobre ellos nos asesoraban nuestros párrocos.

Pero como el Episcopado dice: «A tiempos nuevos, nuevos sistemas», ¡pues adelante! Y ya que no existe otro medio de comunicar con el Episcopado que la prensa, agradecemos de todo corazón a nuestro querido, admirado y sufrido señor Director del semanario ¿QUE PASA? la cristiana hospitalidad que como buen samaritano nos da en su revista.

Dios premie a don Joaquín Pérez Madrigal su caridad, pues somos seglares pobrecitos y no tenemos el privilegio ni disponemos de las facilidades ni disponibilidades de todo orden con que cuenta el Episcopado. A nosotros, pobrecitos seglares, nos están vedados los grandes rotativos y revistas de todas clases, de los cuales puede disponer libremente el Episcopado. Ironías de la tan manoseada propaganda marxista, que sobre «igualdad», «fraternidad», «justicia social» y otras zarandajas por el estilo de vez en cuando nos «colocan» ciertas encumbradas jerarquías eclesiásticas.

Hecha esa salvedad, seguimos con el tema de nuestro artículo, que no es otro que poner al alcance del Episcopado una sipnosis de nuestro estado de ánimo para su buen gobierno.

Nuestro «mal estado de ánimo» empezó años atrás, cuando en muchísimas parroquias se puso de moda administrar a voleo unas inyecciones mal llamadas RENOVACION, compuestas a base de una mezcla de «modernismo», «ecumenismo», «protestantismo», «progresismo», «judaísmo», «teilhardeísmo», «ateísmo», «marxismo», «politiquismo», «socialismo», «comunismo», «pluralismo», «oportunismo», «antiespañolismo» y unos cuantos ingredientes más que no menciono por no alargar el artículo y porque de sobra conocidos son de unos y otros.

Ya puede imaginar el Episcopado que con tales ingredientes inyectados al cuerpo sanote de un católico; con tanto mejunje, las consecuencias de tal experimento no iban a ser precisamente perfume de nardos. Y también pueden suponer, si razonan con lógica, que la reacción no podía ser en todos por igual, por influir en cada uno el estado de sus defensas espirituales e intelectuales.

Así que a unos les dio por lo valiente; a otros, por lo cobarde. Unos se apartaron con repulsión de sus parroquias y quedaron a la expectativa. Otros buscaron parroquias en donde las inyecciones no fuesen tan rabiosamente dañinas y virulentas. También los hubo que optaron por la prudencia y persisten en ella, aguantando el veneno de las mortíferas inyecciones; puede que por estar ya algo acostumbrados anteriormente al virus inyectado.

Algunos quedaron angustiados; otros, escandalizados. Y también quienes se sintieron sacudidos de santa indignación. También los hubo perplejos y desorientados. Y, ¿cómo no?, también desalentados y desanimados, pero no todos, que conste, y tome nota de ello el Episcopado. Como también tengan en cuenta que a cada uno, con el tiempo y ante la indiferencia del Episcopado hacia nuestros problemas espirituales, el «mal» nos ha ido aumentando y está aumentando en unas proporciones alarmantes.

¿Quién ante las herejías que a veces desde las gradas del altar nos predican no ha sentido el santo deseo de imitar a Jesús cuando a latigazos limpió de mercaderes el templo?

Yo misma, lo confieso, yo, que soy pacifista por naturaleza, a veces he sentido el insano deseo de lanzarme irrefrenable y hacer salir al intruso del templo, empujándole: «¡Hala, ve a meterte debajo de una piedra!, ¡Escorpión!» Mas no se asusten, que en seguida he apartado de mí el mal pensamiento, diciéndome que, en casos así, es más apropiado hacer la señal de la cruz, y mejor hacerla con un crucifijo y agua bendita. ¡Agua bendita! ¿Se han fijado que en muchas parroquias ha desaparecido el agua bendita? ¿Quién no adivina el porqué?

La verdad es que estamos hasta la coronilla de tanto anticatolicismo predicado en muchos de nuestros templos. Y podemos afirmar, pues tocamos las consecuencias, que ese humo de Satanás, filtrado tiempo atrás en nuestra Iglesia, encubre ahora dentro de ella a muchos, pero que muchos más demonios que los que salieron de la piara de los cerdos en Gerasa.

¿Y no va a querer el episcopado que escuchemos y demos audiencia al demonio y mucho menos que le obedezcamos? Pues no es precepto de Dios.

No se deje engañar el episcopado por sus propios deseos y pidan a Dios que les ilumine, pues dan la impresión como si anduvieran a oscuras en asuntos espirituales.

No, no sólo desánimo y desaliento, sino toda la gama del sentimiento anímico del ser humano ha sacudido a los seglares. Lo que sí es común a todos es una sed imperiosa de la palabra de Dios, sed de Evangelio, de pura liturgia evangélica; de aquella que nos elevaba hacia el infinito. En eso conocemos que esa palabra de Dios, esa liturgia que ahora nos dan, ¡es falsa!, pues no nos eleva, sino que nos arrastra hacia la tierra, tanto que muchas veces en vez de salir del templo santificados, salimos con deseos de encararnos violentamente con los causantes. Y eso no es bueno.

Sí, tenemos sed de agua divina, la que Jesús ofreció a la samaritana. Tenemos sed, y nuestro pozo de agua cristalina el enemigo nos lo ha convertido en poza, avivando aún más nuestra sed. Hemos llegado a tal extremo, que con todo respeto pedimos al episcopado: ¿Nos limpian el pozo? ¿O nos dan permiso para limpiarlo nosotros a nuestra manera?

Va en ello la salvación de muchas almas. Almas que pertenecen a Dios, pues fueron compradas por El, con sufrimientos y muerte en Cruz. No menospreciemos su Sangre Divina. No nos burlemos de su Sacrificio, con vulgares experimentos ajenos a su doctrina. De nosotros, los pobrecitos seglares, se pueden burlar, mas de Dios nadie se burla impunemente.

OCURRENCIAS Por AFRIT

- Ni aun bebiendo mucho pierden algunos el conocimiento. ¡Si lo tuvieran, no beberían mucho!
- Vale más tarde que nunca, se dice. Pero no deja de ser también verdad, algunas veces, que más valdría nunca que tarde.
- Hay cosas que sabemos porque nos las dicen o porque no nos las dicen.
- Siempre hay que ser amable con las personas; no siempre con los «animales».
- Con tanto prodigar el incienso de los encomios, nos quedamos sin saber cuándo son realmente merecidos y acertados.
- Hay dos palabras que riman perfectamente: «vivir» y «sufrir».
- La mejor venganza es no vengarse.

OJEADAS

Por EL VIGIA

Si la compasión fuese un sentimiento resistente al rechazo de la política, yo injertaría en la febril y demencial de los Estados Unidos de Norteamérica mi compasión sincera y profunda por la persona, farisaica e implacablemente lapidada, de su Presidente Nixon. Porque dejemos de andarnos por las ramas y metámonos en el tronco, las raíces y la savia del árbol gigantesco que constituye la Unión de esos Estados. Y encarémonos, a corazón abierto, con la falacia hipócrita, con la infame ética que sirve a los acusadores de Nixon para querer, confederadas mendacidades y vilezas utilitarias, personificar en el Presidente Nixon, con motivo de un Watergate mínimo más, la causa plena y el monopolio industrial exclusivo de la notoria corrupción, de la ostensible podredumbre, de de los usos y abusos ilegales del Poder público, que no son, que no pueden ser nunca la obra de un hombre solo, sino que, como taras del «sistema», son hedor, podredumbre, prevaricación y desafueros de los hombres del «sistema», de los políticos del «sistema», de los funcionarios del «sistema». Así, ¿qué representa la persona del Presidente Nixon en la generación, la consumación, el aprovechamiento de los crímenes de Watergate y la posterior campaña de denuncias, investigaciones y castigos en los procesados, enjuiciados y sentenciados como culpables? ¿Qué papel interpreta en la bien urdida campaña difamatoria contra U. S. A. el titular de la Casa Blanca? A nuestro juicio, remontando la cordillera de invectivas envenenadas y de ultrajes atroces que la prensa estadounidense y la de todo el mundo viene acumulando y extendiendo por todos los continentes; a nuestro juicio, el Presidente Nixon viene a representar, en el asunto Watergate, el papel para el que fue elegido en las últimas elecciones presidenciales: el supremo y codiciado Poder de encarnar en su persona *el ser, el estar, la autoridad, la moral, la soberanía, la acción, el gobierno* de la Unión.

Bien. Pero con Watergate clamando esclarecimientos y justicia, el Presidente Nixon, ¿qué es? Para nosotros, no es ni más ni menos, en su genuina representación y legítimo mandato constitucional, que el alto y ancho espejo de la nación que encarna. A la explosión de Watergate, la nación entera, por los órganos de sus medios de comunicación, se ha asomado al espejo —a Nixon— que aquellos órganos le han puesto delante. Y la nación, lógicamente aterrada de contemplarse desnudo su «sistema» y flagrantes sus «hechos», estalla en vociferaciones y pedradas contra el espejo, a ver si lo hace añicos. ¿Lograrán romper el espejo? Pedimos respeto y compasión para el Presidente Nixon, quien quizá por venir aspirando, tanto en lo nacional cuanto en lo internacional a desterrar del «sistema» todos los «Watergates» internos y externos perpetrados antes de Nixon, ha concitado contra él a los poderosos promotores de escándalos nacionales e internacionales, como éste al que asistimos, muy eficaces para que el «sistema» siga y que los hombres de bien y de genio, si no guardan con discreción las formas del «sistema», sean derribados, malheridos y políticamente aniquilados.

Desde luego, al Presidente Nixon puede moralmente imputársele la imprevisión de no desconfiar de la audacia y el desafío a la ley de subalternos de *acreditada historia* dentro del «sistema»; pero ni los acusadores de la prensa, ni los fiscales de los Tribunales, ni las comisiones investigadoras del Congreso pueden fundamentar sus tremendas, sensacionales, demoledoras acusaciones y exigencias de procesamiento o dimisión ante el Presidente Nixon. ¿Acaso la truhanería técnica de los preparadores electorales del partido, en pugna consuetudinaria feroz con los garfiñeadores del partido rival, tiene más hondura, volumen y trascendencia histórica contra la Constitución, las leyes positivas, los derechos humanos y la libertad y los derechos del hombre y la seguridad del Estado y de los demás Estados que los Watergates de Roosevelt, Truman y Kennedy? ¿Por qué los difamadores, los acusadores, los sañudos agresores del Presidente Nixon no se escandalizaron ni arremetieron contra los Presidentes que fundaron, alimentaron y extendieron los tentáculos, las armas y los dólares de la C. I. A. contra otros Estados y otros pueblos libres?

En todas las democracias, en todo régimen de partidos que se disputan electoralmente la conquista del Poder, es costumbre, con fuerza de ley aceptada y ejercida por el «sistema», que los partidos se tiren a degüello, que apelen a todo género de ardides, en la lucha, para superar en recursos al adversario y derrotarle. Cuanto más poderosa sea la Democracia y más potentes los partidos en liza y los intereses socio-económicos implicados, más considerables resultarán los ardides del juego fraudulento y más a fondo y estragadores los ataques, las emboscadas, los ilícitos procedimientos de lucha.

Lo de Watergate, ¿qué ha sido? En resumen, la incorporación de unos funcionarios desaprensivos, desleales y traidores, al equipo supertécnico de la alta truhanería electoral republicana contra la menos audaz o menos asistida de los demócratas. Pero todo, a mayor o menor escala, de uso y abuso interno, consuetudinario, propio de unos y de otros, inherente al «sistema» y al patrimonio común.

¡Pues ya lo estamos viendo! Tras volcar sobre el Presidente Nixon ingente masa de infames inproperios y de tenerle días y días atado a la picota para que el universo mundo lo contemple, se pide, para cuando ya esté descalificado, que se le procese o que dimita... No se dan cuenta —o se la dan demasiado los siniestros promotores del escándalo— que no es al Presidente Nixcn al que están atormentando, derribando, aniquilando... ¡Es al «sistema», es a U. S. A., es a la única potencia mundial que es coraza y espada del Occidente libre, frente a los bárbaros de Oriente, lo que se quiere aniquilar, mientras no la gobierne un Presidente que no se pase a los bárbaros. Ese es el «delito» de Nixon, que no se pasa al enemigo de Dios, del hombre y, en la medida posible, de la libertad de los pueblos.

UN POCO DE CRITICA...

Por Teodoro G. Riaza

Por dos veces ya hemos leído documentos firmados por «los pastores de la diócesis de Madrid».

Esa denominación que naturalmente puede explicarse, pero que el pueblo no entiende y puede hacerle caer en más confusiones, no es ortodoxa. Canónicamente..., según la constitución de la Iglesia que ni la Historia, ni la Tradición, ni los Concilios, ni Papa alguno han cambiado, en cada diócesis HAY UN SOLO PASTOR. Un SOLO responsable ante Dios, ante la Iglesia y ante su conciencia, de la formación de sus fieles. De sus «ovejas».

Esa responsabilidad puede delegarla. Pero aún entonces EL SOLO tiene que responder de lo que autorice, de lo que resulte y haya estado en sus manos prever, evitar o corregir.

Podrá, pues, un «pastor» buscarse los colaboradores que desee, darles el nombre y la autoridad que quiera, delegar en ellos cuanto le parezca: EL SIGUE SIENDO EL UNICO PASTOR, EL UNICO RESPONSABLE. Y no hay por qué entrar ahora por otros caminos...

Otra cosa es el llamar «pastorales» a las razones que han aconsejado (¿?) el que la Virgen de Fátima no entre en Madrid.

Y no vamos a analizar sino el sentido de «pastoral», para que tampoco por este lado se induzca a error al pueblo fiel.

El «pastor» es el encargado de cuidar y llevar a buen pasto a sus ovejas. De la misión de «pastor» dada a Pedro se derivan fundamentalmente su obligación y la seguridad de que no dará a sus ovejas alimentos envenenados: la INFALIBILIDAD en las circunstancias ya sabidas.

Pero el que deba el «pastor» apartar a sus ovejas de todo pasto venenoso no quiere decir que deba obligar a sus ovejas a pastar donde no les guste, donde se sientan con frío, con calor, instintivamente a disgusto.

Ahora bien, una de las cualidades que más resaltan en el Vaticano II es la amplísima esfera de acción que (¡¡*bien orientada*!!) se concede a los fieles, a los que se considera ya mayores de edad. Por si fuera poco, aún ha venido a aumentar esa preponderancia el sistematizado apoyo a la *libertad*.

Esto supuesto, el pastor sigue en su obligación de evitar pastos peligrosos a su rebaño. Pero no tiene por qué empeñarse en que sus ovejas pasten donde a ellas no les guste, y menos aún evitar que vayan a donde encuentren hierba fresca, sana y abundante.

El pueblo de Madrid ha leído y visto en televisión el recorrido triunfal de la Virgen de Fátima por Toledo, Cáceres, Cuenca, etc. QUIERE A LA VIRGEN DE FATIMA, Y LA VIRGEN DE FATIMA NO LLEVA CONSIGO VENENO ALGUNO. La experiencia lo está demostrando por doquier, y no vamos a repetirlo ahora. El pastor de Madrid no tiene que temer dar la Virgen a sus ovejas; pero sí tiene que temer el empeñarse en oír a los que le proponen una pastoral que desconoce los instintivos deseos de los fieles (*totalmente de acuerdo con el Vaticano II* y con su interpretación por quien SOLO puede hacerla, que es el Papa), y darle un «pienso compuesto» en parroquias u otras divisiones territoriales que ahoguen la piedad colectiva e impidan ese «triunfalismo», que es, en pura plata, lo que se trata de evitar: el que hablen hasta las piedras cuando callan los que deberían hablar.

Pues el pueblo no entra por eso. Ya es mayor de edad...; le gusta ver que no sólo los campeones de fútbol, de ciclismo, de boxeo... son aclamados por la multitud. Con todos los defectos propios de las masas, AMA A LA VIRGEN con ese corazón con que el pueblo sabe amar lo que es suyo. Y como no puede ver que en la Virgen haya veneno alguno que evitar, QUIERE A LA VIRGEN; y de un modo que resulta a la larga muy peligroso para la obediencia, margina a la jerarquía en la que ve algo que no comprende. Pero que tampoco acepta.

La pastoral de estos tiempos no puede servir, como algunos quisieran, para *mentalizar* de una manera casi sin excepción desacralizante. La pastoral tiene que tener los objetivos que ha tenido siempre. No cabe en esto *aggiornamento* alguno, porque el hombre no cambia, aunque cambien sus circunstancias. Y aquí no se trata de circunstancias, sino de reacciones sustanciales.

Desde Francia

Las que pasan, y lo que cuentan que pasa, los "cenetistas" y anarquistas del exilio

Por A. ROIG

No es la primera vez que ciertos sectores —cada vez menos numerosos y más desunidos— de exiliados españoles en Francia han ocupado mi atención para informar de ellos a nuestros lectores. La CNT, el anarcosindicalismo, y sus internas divisiones entre «libertarios-autoritarios» (infiltrados del comunismo moscovita), «anarcotrotskystas», libertarios puros anarcosindicalistas, anarcomaoistas y los sospechosos de «vendidos al verticalismo de la dictadura», ya han sido noticia en estas páginas y desde esta crónica. Pero el tiempo ha empeorado la situación porque los infiltrados comunistas de todo pelaje y plumaje han sido desenmascarados por el instintivo anticomunismo cenetista o el rabioso odio a Marx, Engels, Stalin, Krustchev, etc., del anarquismo libertario, y han tenido que abandonar el terreno que pretendían minar, aunque dejando un rastro de confusionismo nada fácil de neutralizar: no pueden evitar el complejo de observar y sentir en refugiado, pues Francia no les atrae, y aquí no se les tolerará nunca pasarse de la medida ni con la libertad ni con la autoridad, como es notorio habían hecho en España con monarquía liberal, república y frente popular.

De *Le Combat Syndicaliste*, órgano de la CNT-AIT del exilio, correspondiente al 1 de marzo del presente año, son estas afirmaciones aparecidas en su primera página: «Existen en nuestros medios individuos acongojados. Por análisis parcial del presente se autolimitan la perspectiva. A más de un compañero hemos oído decir: "El cenetismo es una familia sin herederos. Desaparecidos los actuales, se acaba todo... Son muchos, demasiados, los que terminan por enfermedad o accidente su carrera de la vida... Así escribimos no ignorando que podemos levantar polvo de polémica... Pero volvamos al tema de la casa sin herederos. ¿Quedará desguazada? Los actuales se irán, y otros no llegan. Resultado previsto: el yermo. Los compañeros que así piensan y a las ideas estiman no deben dormir satisfechos. La idea se irá con ellos y el mundo quedará vacío de inquietudes." A continuación, dicha publicación profetiza «el entusiasmo, la esperanza y la seguridad de días mejores no escasean en nuestro campo; con su diario trepar, alcanzarán la cima para gozar y poseer la perspectiva.»

La realidad de tal desánimo es que la CNT colaboracionista con el Régimen de Franco le ha hecho mucha pupa al exilio. La llamada «línea del Sindicato» le ha ganado la partida a la «línea del Partido», desbordando el sindicalismo al anarquismo ácrata que ha gastado la mayor parte de sus energías pasándole a los comunistas la pesada factura del plomo recibido en las jornadas de mayo de 1937. Desde el golpe de Estado que destituyó a Negrín y dio el poder a Casado, hasta hace muy poco, la acracia anarquista ha gastado más energías combatiendo a los comunistas que a Franco, pese a sus sueños de delirante revanchismo para «cuando vuelvan a España». El impacto definitivo a la llamada «línea del Sindicato procolaboracionista con la Organización Sindical Española lo dio la memoria del Primer Congreso Sindical, celebrado en Madrid en 1961. Desde entonces, su auténtico enemigo en el interior de la Península Ibérica son las comunistizantes «Comisiones Obreras». No cabe duda que aún dura el impacto de la apertura del diálogo —fue el empujón definitivo— en el terreno sindical que se realizó en el Centro de Estudios Sindicales, bajo la presidencia de un integrista mundialmente acreditado como es el catedrático de Filosofía don Adolfo Muñoz Alonso, muy respetado y no menos temido en el Vaticano posconciliar. ¡Para que luego vengan diciendo que los integristas están enquilosados!

Posteriormente, el día 15 de marzo del presente año, *Le Combat Syndicaliste* vuelve a poner sobre el tapete, en primera página, y bajo el título «Cohesión y entusiasmo», las lamentaciones siguientes: «Se está en el exilio español en la hora de las vacas flacas, no vamos a negarlo. Todo los sectores políticos del exilio disminuyen, y, en ciertos casos, se escinden: el comunista, el cenetista, el socialista, la Esquerra... No hay panorama brillante que abone al sector que sea. Se persiste, se insiste, pero se vegeta. SOLAMENTE LOS COMUNISTAS EXTIENDEN SU CAMPO DE ACCION —o tratan de extenderlo— obrando como la católica Gota de Leche: facilitando pequeñas situaciones o menudos, microscópicos, bienes materiales a emigrados económicos inmunes a toda inquietud social o política... Si aquí estas víctimas no entran en las luces progresistas, tal vez sea por nuestra culpa de no conectar, sea como sea, con ellos, DEJANDOLOS A MERCED DE CURAS ESPAÑOLES DESTACADOS EN EL EXTRANJERO, Y LIBRANDO A LOS BONZOS COMUNISTAS COLEANDO POR TODAS PARTES. Tal vez sea culpa nuestra que la CNT exteriormente disminuya y en el interior no se acreciente lo debido por habernos amoldado a una existencia pasiva, de rutina, de asambleas y cotizaciones, y si bien cara a España se cumple cierta labor, la semimodorra de que adolecemos y los desconciertos que ella produce (escisiones, claudicaciones entreguistas ante el franquismo y el verticalismo, incomprensiones y demás excesos) nos apega en una situación de apuro de la que es obligado librarse a fuerza de cohesión, decisión y entusiasmo. Otro remedio no existe.».

Mientras tanto..., los que de su exilio regresan a España —sean o no anarquistas— son motivo de iracunda preocupación, al igual que los que la visitan para enjuiciar mejor su interna situación. El doctor Trueta, Vicente Rojo, Pablo Rada, Pascual Tomás Tengua, jefe del partido socialista español en el exilio; Corpus Barga, Jaime Miravitlles, Américo Castro, Max Aub, los ataques que en su día el exilio hizo a la «Operación España», de la que *Le Socialiste*, del 23 de octubre de 1969, decía con indisimulada consternación: «Ahora, en esa gigantesca operación triunfalista, se recogen las declaraciones subjetivas, emocionales, de nuestro compatriotas al llegar a tierra española, divulgándose hasta el resuello de cualquiera de ellos... Lamentamos que de su regreso se haya hecho espectáculo nacional»; el ex ministro del Gobierno rojo Juan López, y tantísimos otros que no cito para no extenderme en demasía, constituyen, cada uno de ellos, una puñala al exilio anarco-marxista-republicano-separatista del frentepopulismo manejado por Moscú.

El órgano anarquista del exilio, *Espoir*, ha hecho mención expresa de «las pequeñas sinecuras, los grandes despachos y los cómodos sillones en las oficinas que les han sido destinadas en las las Casas Sindicales de Madrid y Barcelona a traidores harto conocidos.» Al escritor Ramón Sender también le han aplicado tal calificativo. Royano, Magriñá, Martín Barrera, Alcaina Caballero, Rueda, «el craso error del doctor Ochoa», Ortega y Gasset, Marañón, el hijo del doctor Negrín, en mescolanza que no viene al caso, son nombres citados con verdadero odio por la acracia exiliada, que procura negar y desmiente constantemente la conversión al catolicismo, poco antes de su muerte, de Angel Samblancat, que expiró confortado con los santos sacramentos, porque para el anarquismo ello ha constituido una aún mayor contrariedad.

Que la acción de la Organización Sindical Española ha dejado rastro en la masa cenetista del exilio —y, según se comenta por aquí, también en el «interior»—, lo demuestra el hecho de que las páginas de *Le Combat Syndicaliste*, del 2 de noviembre del pasado año, denuncia estruendosamente: «¿Quiénes trajeron a Royano al Congreso Confederal de Montpellier? ¿Quiénes lo calificaron allí de secretario general de la CNT del interior? ¿Quiénes coaccionaron al Congreso para que nuestra Organización exiliada le abonara los gastos de viaje? ¿Quiénes se reunían secretamente con Royano, al margen del Congreso? ¿Por qué los disidentes de hoy abandonaron el comicio montpellerino?» Lo que hasta aquí transcribo acredita, a confesión de parte, que los «disidentes» y «lacayos de la dictadura al servicio del verticalismo» causaron impacto. Una prueba más de que el exilio irreconciliable con la presente realidad española está perdiendo posiciones lo acredita un gran recuadro inserto en *Le Combat Syndicaliste*, que dice así: «Ahora y siempre, CNT solamente hay una. Quienes la dividen se van de la misma. El Treintismo dio lugar a la deserción hacia el bolchevismo de las Federaciones Locales de Sabadell y Manresa y de varios individuos. La escisión de 1945 impidió el combate aunado contra la España franquista y dio resaca confederal a varios partidos políticos. La división de ahora aboca a un grupo de *ronds de cuir* a desconfederar y a desanarquizar lo más posible. ¿Cuál es el destino político de esos desgajados? El tiempo lo irá descubriendo a medida que ellos se vayan acomodando.» De *Espoir* reproduzco —con permiso de la Ley de Prensa e Imprenta— la siguiente denuncia: «Franco, ayudado por Juanito Pelota (el cronista aclara que se refiere al ex cenetista y ex ministro Juan López, componente del último Gobierno Largo Caballero en zona roja durante la Cruzada española) y otros renegados ex cenetistas, hará mucho camino si se lo propone. Aunque disponga de pocos renegados pancistas y no pueda formar una legión con ellos, que no le pese mucho porque son «buena» calidad.»

Como que todo lo de este mundo tiene su interés, *Espoir*, del 28 de diciembre de 1969, publicaba la siguiente afirmación de Federica Montseny: «Joaquín Romero Maura, joven estudiante español en Oxford —nieto de Miguel Maura, ministro de la República y bisnieto de Antonio Maura—, produjo una muy interesante comunicación sobre los «Orígenes e inicios del anarcosindicalismo español...», y añade con indisimulada prevención: «Curioso el interés de este joven universitario, oriundo de familia tan alejada de las cosas nuestras, por cuanto se relaciona con la CNT... Tuvimos ocasión de conversar largamente con él y lo juzgamos un joven valor que aportará, sin duda, cosas muy interesantes si, como se propone, se dedica a la historia social de nuestro país.»

Quiera Dios que, en un futuro no muy lejano, el bisnieto de don Antonio Maura pueda historiar, por lo interesante del tema, la colaboración de la CNT con la Organización Sindical Española desde 1939 hasta nuestros días. No faltarían datos valiosos, sorpresas interesantes, que pondrían de relieve la capacidad de convocatoria que ha tenido la Organización Sindical Española durante las etapas de Gerardo Salvador Merino, González Bueno, Fermín Sanz Orrio, José Solís y Enrique García Ramal.

Si el enemigo lo atestigua..., ¿lo dudaremos nosotros?

Toulouse, mayo de 1973.

LA CRUZ ROJA INTERNACIONAL Y LOS TERRORISTAS ANTIPORTUGUESES

Por AURELIO DE GREGORIO

El suplemento en español de la «Revue Internationale de la Croix Rouge», de abril de 1973, editado por el Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, ofrece una memoria titulada «Algunas cifras referentes a los envíos de socorros efectuados por el C. I. C. R. durante 1972». En ella se lee textualmente:

«Concedió una ayuda a dos movimientos de liberación mediante el envío al Gobierno Revolucionario de Angola en el exilio (GRAE) de una ambulancia valorada en 27.000 francos suizos, y al Partido Africano para la independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), de medicamentos por valor de 25.000 francos suizos.»

Es de suponer que esta noticia les hará a los portugueses la misma gracia que a nosotros nos haría saber que dicho organismo había enviado análogo material a las bases que tiene la ETA en el sur de Francia.

Denunciamos el hecho no solamente por el gran afecto que tenemos a Portugal, nación admirable si alguna queda, sino también por el grave peligro que para todos supone que ese alto organismo internacional no siga la costumbre general de entenderse con los Estados soberanos y se dedique a coquetear con cualquier delincuente como encubierto con pomposo camuflaje político.

Si España, si los españoles, aceptamos a este organismo en nuestro territorio y contribuimos con nuestros donativos a sus fondos, creo que tenemos derecho a protestar por el destino que se les ha dado de subvencionar a los terroristas africanos antiportugueses.

Debemos estar vigilantes, porque ya durante nuestra Cruzada de 1936, por no citar más que lo que tenemos muy a mano, la Cruz Roja Internacional tuvo, según famosa síntesis de García Serrano, más de roja que de cruz.

La Jerarquía de la Iglesia y el pueblo fiel

No es ligereza afirmar que la Jerarquía de la Iglesia española no está en buena armonía con el sentir del pueblo fiel; imbuido del espíritu de la Iglesia, que es la prolongación de Nuestro Señor Jesucristo, no puede prescindir de la Tradición, cuyo contenido permanente vale para los hombres de todos los tiempos. La Iglesia, que no inventa su doctrina porque es obra de su divino Fundador, la distingue con el sello de la infalibidad. Y esto el pueblo fiel lo sabe, no admite componendas, ni enmiendas que puedan sustituir sus creencias de siempre recomendadas por el Magisterio de la Iglesia, las cuales nos ayudan a llevar una vida en consonancia con las enseñanzas de Cristo.

Como católicos, hemos heredado de nuestros mayores el mayor bien que unos buenos y cristianos padres han podido dejar a sus hijos, ser discípulos de Cristo, y en ese sentido encauzamos nuestra vida. Aprendimos el catecismo en nuestra infancia, y ya de mayores ampliamos nuestros conocimientos religiosos que tanto bien y consuelo suponen en los momentos de apuros y contrariedades que no faltan en este caminar hacia el destino eterno que Dios reserva a quienes observan sus preceptos. De nada sirve ser el hombre más poderoso, el más rico, el más influyente, el más sabio, el más elegante, si se pierde la eternidad venturosa.

Sabemos que la terrible tempestad desatada contra la Iglesia no es obra de un día, viene gestándose hace muchos años, con una meta tan audaz como espectacular, nada menos que la destrucción de la Iglesia católica. No han faltado ni tiempo, ni dinero, ni hombres diabólicos juramentados para conseguirlo, valiéndose de clérigos ambiciosos y corrompidos que faltando a las obligaciones de su cargo se han prestado a las maquinaciones de los enemigos de Dios, Satanás y sus secuaces. Este torbellino, permitido por Dios en su infinita misericordia, quiere que todos los hombres se salven reconociendo sus errores y vuelvan al verdadero camino que nuestra Madre, la Iglesia, nos señala y no sigan sus pasiones que los atenazan, resisten e incluso se oponen a las enseñanzas que de Roma nos vienen, con el consiguiente escándalo de los fieles creyentes.

Diez años lleva la Iglesia de Cristo esta dolorosa pasión, nunca igualada en el transcurso de los veinte siglos de existencia; separando en su marcha hombres de talento, contagiados del virus progresista, cardenales, obispos, sacerdotes de los dos cleros, liturgistas, exegetas, teólogos, seglares ebrios de vanidad, juguetes todos del remolino que los vapulea a gusto, arrojándolos como brotes marchitos y ramas secas desgajadas del árbol de la Iglesia, sin tener en cuenta ni su dignidad ni su categoría y sí sólo sus ambiciones y descaradas posturas.

El pueblo fiel siente vergüenza y se duele que nuestros obispos abandonando su misión sagrada desciendan a un terreno que sólo entiende de cuestiones puramente humanas. Para muchos de nuestros prelados la vida del espíritu, la sobrenatural, no les interesa en tanto en cuanto no hagan a los hombres más ricos, más «dichosos», en oposición a «buscad primero el Reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura». Terrible equivocación anteponer a la vida eterna la vida material. Así se explica la regresión del catolicismo en algunos en nuestra Patria.

¿A qué se debe que nuestros obispos callen cuando ciertos clérigos atacan al dogma? ¿A qué se debe que nuestros obispos cuando hablan tocan temas intranscendentes o tratan asuntos materiales? ¿A qué se debe que nuestros obispos se inclinen por un «pacifismo» UNILATERAL y de DIRECCION UNICA? ¿A qué se debe que Satanás tenga actualmente luz verde?

T. G. P.

¡¡ESCANDALO!!

La imagen de la Virgen de Fátima tiene prohibida su entrada en Madrid por el Emmo. Excmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo don Enrique Tarancón y sus excelentísimos señores obispos auxiliares.

¡¡¡¿RAZONES?!!!

No han hecho ninguna encuesta (¿?).

Estoy seguro que la conciencia católica y mariana del pueblo español no admite ninguna razón válida para impedir el honrar a la Virgen nuestra Madre en ninguna imagen suya.

Soy sacerdote y misionero del Corazón de María y JURE en mi profesión religiosa tener devoción especial a la Virgen y propagarla por todos los medios posibles. Ahora mismo, después de haber recorrido mucho mundo predicando miles de sermones de la Virgen y organizando miles de rosarios, de auroras y procesiones en su honor, y haber publicado miles de hojas domingueras para extender su culto, me remordería la conciencia si me callase como perro mudo. Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid y Excmos. obispos auxiliares, un pobrecito misionero, gastado por los años y por los trabajos, se atreve a deciros: TAMBIEN TENEIS UN ALMA QUE SALVAR Y TENEIS OBLIGACION DE SALVAR LAS ALMAS DE TODOS VUESTROS ENCOMENDADOS, NO DE UN GRUPO.

CONSUELO GRANDE

Hemos visto con gran alegría que el cardenal primado de toda España ha presidido la entrada de la imagen de la Virgen de Fátima en la Catedral Primada de Toledo.

Claro que acompañaba todo el pueblo, como lo hubiera hecho también todo el pueblo de Madrid.

SERAFIN DEL RIO, C. M. F.

¿ERRORES O TRAICION?

Por P. ECHANIZ

La revista *Mundo Negro* del corriente mes de mayo publica en su doble página central una especie de «poster» con el mapa de Africa y su distribución territorial en 1973. Al dorso, datos estadísticos y otros pequeños mapas.

En el margen del gran mapa de la doble hoja central figura, como en muchos otros, una relación con los nombres de los territorios y el número que llevan en el mapa. Bajo el epígrafe «Otros territorios no independientes», se lee: «Africa Española, 46; Sahara Español, 47; Ceuta y Melilla». La provincia española del Sahara está impresa en color rojo, que destaca, lo mismo que Angola y Mozambique, en el fondo blanco del resto del dibujo.

¿Error o traición?

En el reverso se repite el fenómeno. Otros pequeños mapas con idéntico «error», y en recuadro de estadísticas de «Territorios no independientes», una serie de sendos datos, seis, acerca del Sahara Español, Ceuta y Melilla.

¿Errores o traición?

El diario *A B C* de Madrid, del 18 de mayo, señala parcialmente el hecho en una «Brevería». Han pasado algunos días cuando esto escribo, y no hallo en las mismas páginas ninguna excusa de los Padres Combonianos que editan esa revista, y eso que viven en el mismo Madrid, calle de Arturo Soria, 101; quiero decir que es probable que lean el *A B C*, y también sus amigos.

En el resto de la prensa nacional no hemos visto ningún comentario a este respecto, a pesar de que la revista tira muchos miles de ejemplares. Este sopor colectivo tan extenso parece pedir grandes remedios. Entre ellos, que se sepa, si este «lapsus» (como le califica *A B C*) es más propio de una «Brevería» que del Juzgado de Guardia.

NI "PRE" NI "POS"-CONCILIAR

Por TEOFILO

SONETILLO

La Iglesia es santa y es UNA;
ni «PRE» ni «POS»-conciliar:
y, al que la quiera cambiar,
ni le arriendo la fortuna.
Con CRISTO estuvo en la cuna;
con CRISTO está en el altar;
y con CRISTO ha de luchar
contra cualquier «PAPA LUNA».
Si Satanás se ha infiltrado
por una o por muchas grietas,
no saldrá muy bien parado.
Que DIOS tiene SUS PROFETAS,
y, éstos, ni se han «AXORNADO»
ni cambian como VELETAS.

Sin fe no hay esperanza ni caridad 2

Por Alfonso de Figueroa y Melgar, Duque de Tovar

Seguimos con la crítica de los dislates y herejías del presbítero Diez-Alegría y Alvarez, y sólo someramente, pues se puede decir que cada línea del librito «¡Yo creo en la esperanza!» contiene algo a menudo indignante y siempre discutible.

La horrible frase del judío de Colonia Carlos Marx, «la religión es el opio del pueblo», vulgar y encanallada y por eso muy difundida, le gusta mucho a Diez-Alegría, y para él tal afirmación «es más profunda y más verdadera de lo que piensan ordinariamente los católicos». «EL CATOLICISMO en los dos últimos siglos ha sido más obstáculos que liberación e instrumento de injusticia que lo contrario.» «El pecado histórico del cristianismo del siglo XIX es que aceptó la filosofía económica y social del capitalismo al mismo tiempo que rechazaba los aspectos positivos del liberalismo político.» «Esta aceptación se acentúa a partir de 1848 por la reacción negativa de los cristianos de la época ante la revolución socialista.» A todo esto respondemos que el cristianismo ni aceptó ni dejó de aceptar la filosofía económica y social del capitalismo, y puntualizando, SÍ rechazó por anticristiana la concepción liberal del Estado del «dejad hacer, dejad pasar». El Estado no es un mero árbitro, ni se puede inhibir ante la injusticia y el abuso. En eso no estuvo de acuerdo en absoluto la doctrina católica con el capitalismo del siglo XIX. Pero lo que no podía negar la Iglesia es que el derecho de propiedad es un derecho natural. En cuanto al manifiesto comunista, es grotesco pensar que la Iglesia iba a encontrar algo de bueno en una doctrina basada en la envidia, el odio sistemático, el materialismo más rastrero y el ateísmo más implacable. ¡Estaría bueno que los católicos y la Iglesia católica encontraran algo aceptable en una concepción determinista, atea, mecanicista y materialista de la Sociedad y de la Historia!

Como los católicos, según Alegría, han contribuido en los últimos siglos a la opresión de los débiles, su religión no es verdadera. Más adelante, Díez hace una distinción nominalista, arbitraria y un tanto bizantina entre religión ontológico-cultual y religión ético-profética. La buena es la segunda para él. Pero si de veras se conoce a Dios o se trata de conocerle y se le rinde culto, la segunda parte del binomio alegresco se cumple. Si se conoce a Dios se le ama y si se le ama habrá que cumplir sus mandamientos, con lo cual «la religión ética» se realizará. Y lo de profética en esta ocasión no sabemos qué quiere decir.

Páginas adelante, el jesuita se descuelga con que Dios es liberador y la liberación que Dios promete y que el creyente espera es histórica. «Se trata de realizar en la humanidad histórica la liberación de la opresión, el reino de la justicia, la plenitud de la fraternidad y del amor.» En esto yerra, como casi siempre, el al menos licenciado Díez, quien frecuentemente da la impresión de no haber pasado por el seminario y hasta de haber olvidado al padre Ripalda.

La concepción histórica del cristianismo es pesimista. Existe el pecado original, y aunque el bautismo lo lava, queda secuela, que es la tendencia al mal en el hombre. El ser humano está expuesto al dolor físico y moral y a la muerte e incluso los justos sufren, como el ciego del Evangelio. Los buenos también sufren en este mundo cis-celeste. «NI él pecó, ni sus padres pecaron; es ciego para que así se manifieste la gloria de Dios.» Cristo jamás prometió traer la felicidad y el triunfo en esta vida terrena, que para el cristiano no es definitiva, sino prueba para la del más allá, en la que se cumplirá plenamente la justicia premiando al bueno y castigando al malo. En este mundo los malos a veces triunfan y triunfarán, y los justos sufren moral y físicamente. Y, por cierto, que el dolor moral es a veces peor que el físico; y los ricos, aunque le parezca mentira al padre Diez-Alegría, también sufren, y mucho. Y así se purifican de sus pecados. LA PARUSÍA será cuando el Juicio Final, al fin de los tiempos históricos. No sabemos si ese día está cercano o lejos, pero mientras tanto, el cristiano tendrá que luchar por el Reino de Dios y su Justicia, y la vida acá abajo no será un lecho de rosas. Ni Cristo ni los exegetas más rigurosos de su doctrina han dicho nunca que se vaya a lograr un triunfo total del amor y la caridad en este bajo mundo. «MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO.» El cristianismo vivido por los cristianos es para Diez-Alegría una religión falsa, pues es una religión ontológico-cultualista y, como tal, una religión falsa denunciada justamente por Carlos Marx. ¡Qué injusticia! Los cristianos, todos, comenzando por el PAPA y algunos obispos sobre todo, son pecadores y no infalibles, se equivocan y pecan; pero la Iglesia en conjunto, pese a todo, es SANTA y la religión católica también, y digamos que bastante recomendable.

El heroísmo no es exigible ni en el ejército, y si existe el Sacramento de la Penitencia es porque se reconoce la existencia del pecado. ¡Ojalá todos fuéramos santos y así no haría falta la sutil distinción alegriaca, entre religión ontológico-cultual y religión ético-profética! Distinción que, repetimos, es novedosa, pero algo necia. Ya es viejo aquello de que la fe sin obras es fe muerta, y al hermano Lutero se le regañó seriamente en el siglo XVI por decir aquello de «cree fuertemente y peca fuertemente». ¡Así cualquiera!, le podríamos objetar al fraile agustino teutón.

En cuanto a sus muletillas de estructura formal, el padre Diez-Alegría sigue una curiosa táctica de tirar la piedra y esconder la mano. Primero lanza una afirmación escandalosa, y después, como un niño asustado de su travesura, suelta una delicuescente y evanescente componenda. Pero el daño está ya hecho y el paño caliente que sigue a sus exabruptos no palia la brutalidad de sus asertos. Esta táctica se descubre muy a menudo a lo largo de su librito.

«En el tipo de religión ontológico-cultualista —seguimos la jerga leda— lo verdaderamente importante es la FE, como acepción de unas fórmulas doctrinales y el culto al «SER» de Dios.» «El Dios puede luego plantear exigencias morales referentes a los hombres. Pero el carácter irremediablemente adjetivo que cobran estas exigencias, las hace forzosamente ambiguas e inoperantes.»

Se olvida una vez más Diez-Alegría y Alvarez de aquello de «amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo». Lo primero es amor a Dios sobre todas las cosas, por consiguiente el culto no es vano, la liturgia no es vana. «A Ti, Señor, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.» Y si se ama a Dios sobre todas las cosas, ¡cómo no se va a amar a la criatura como a uno mismo! La religión cristiana vivida en verdad no tiene por qué admitir la sutil distinción entre religión ético-profética y religión ontológico-cultualista. LO que pasa es que a Diez-Alegría le encanta el mundo, ama a la criatura, parece a veces, más que a Dios. Eso es una flagrante herejía. En la página 79 de su execrable librejo apunta algo tan abominable como es la DEIFICACION del hombre, idea central de la Revolución francesa y de la REVOLUCION con erre mayúscula. El viejo «¡NON SERVIAM!» satánico. LA soberbia es el pecado específicamente demoníaco, y por él Luzbel fue arrojado a las tinieblas exteriores. El punto central de la religión católica es la FE y el amor a Dios, por muy ontológico-cultualista que le parezca a Díez. Según él, el amor al prójimo es como sacramento del amor a Dios. ¡¡LO PRIMERO, CREER EN DIOS, AMAR A DIOS!! «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura.» SIN FE NO HAY ESPERANZA NI CARIDAD.

VISITAS PARA ALICANTE

Por Francisco LLOPIS LLORET

Esta bella capital levantina, que se puso de moda —tanto para el veraneo como para los invernantes—, fue elegida recientemente por la misteriosa entidad titulada Club de los Leones para celebrar en ella nada menos que una Convención nacional, que terminó el 14 de mayo.

Personalmente, y como alicantino, me desagrada tal elección, pues (al igual que la masonería) pretende pasar por sociedad filantrópica, y a tales efectos no escatiman gastos ni donativos, pero... se les suele considerar como una filial de la masonería, lo mismo que lo fueron los «Rotarios».

Sus fines reales son un verdadero misterio. Ellos mismos confesaron (en la prensa local) que «la organización de la Asociación *Internacional* de Club de Leones ES ALGO COMPLICADO DE EXPLICAR Y DE ENTENDER»... y se jactan de que «¡IGNORAN LAS IDEAS RELIGIOSAS DE SUS SOCIOS!»; y reconocen que «*en sus libres y amplias discusiones EXCEPTUAN EL «SECTARISMO RELIGIOSO»*. Así se comprende su afirmación de que «PUEDEN SER LEONES, *TANTO LOS COMUNISTAS COMO LOS ATEOS*».

¿Qué confianza pueden, pues, merecer los Clubs de Leones a los católicos auténticos? Ninguna. Recelo, por el contrario. Y sirvan estas líneas de alerta para los hombres de buena voluntad, esos a los que Cristo desea «paz en la tierra» y gloria en el Cielo.

Ahora bien, en contrapartida a esta ingrata invasión de «leones»... ¡nada menos que LA SANTISIMA VIRGEN DE FATIMA NOS VISITA EL 19 DE LOS CORRIENTES! Hará su aparición en la plaza del Dieciocho de Julio, ante el Ayuntamiento. Prometo mis reverencias y entusiasta asistencia, y deseo que acuda allí una ingente y devota multitud.

Es más de agradecer que la Providencia nos haya concedido esta excepcional y conmovedora visita, por cuanto en la capital de España —por razones que ignoro, pero que supongo no serán convincentes para Dios y la Santísima Virgen— Esta no pisará las calles y plazas matritenses.

¡Volquémonos, pues, los fieles en acudir a esta cita extraordinaria que Dios nos ha deparado! Y más en estos tiempos en que «el humo de Satanás invade hasta la Santa Iglesia»; y las infames campañas contra nuestra Madre Celestial se prodigan por todo el mundo, incluso, desgraciadamente, también en España.

Diálogos del Bergadán (5)

TRISTANY, BERGA, LA PATRIA

Por Jaime RUIZ VALLES

Volviendo del santuario, nuestro alojamiento no fue en la misma ciudad de Berga, sino en sus afueras, en un pueblecillo aledaño que, aparte de las alquerías diseminadas por el campo, se compone sólo de la hospedería, la iglesia y el diminuto cementerio poblado de erguidos cipreses. Panorama sedante el de los prados en torno, propicio a la meditación de aquella Semana Santa. Junto a la fachada de nuestro albergue, un cobertizo con mesas y sillas. En torno forman un patio los graneros y corrales, por cima de cuyas techumbres, en discreta lejanía, emerge majestuoso el macizo de Caralt, alzando en alto el santuario del que veníamos. Al fondo, encaramándose en las primeras estribaciones, Berga, y más alto, su castillo.

Si por un lado la vista era dilatada, por el otro perdíase en la inmediatez de un pequeño altozano. A sus faldas, la iglesia y casa del párroco, y también aquel cementerio suave, los campos y el piar de las aves. Los caminos, aquellos días, traían visitantes; los campesinos feligreses, a las funciones sagradas, y también algunos otros que de la ciudad venían, quizá añorando algo que, según veremos, el despiadado progresismo ha empezado a desterrar de Berga como de todos los lugares de la nación. ¡Oh, dulce retiro, los ratos que allí estuvimos, el nuestro de «San Bartoméu»! ¡Piadosa unción, en fragante modestia, de su anciano párroco! ¡Con qué delicada sonrisa de rendida fe nos daría a besar el «Lignum Crucis»! Sea para él, desde el lugar en que escribimos, nuestro saludo y nuestro amor en Cristo.

De nuestra estancia en aquel lugar referiré algunos pasos. El uno ahora en que, subidos al piso superior de nuestra estancia, abriendo las persianas veíamos por entero, escalonada frente a nosotros, Berga, y en torno, el ancho valle con todos sus poblados. Constantino, cual si los grandes momentos de la ciudad revivieran, se puso a remerar hechos, familiares en el recuerdo de sus lecturas, de aquella primera guerra carlista, la de «los siete años», entre 1833 y 1840:

Constantino.—La carretera que de Berga por aquí pasa, es la de Solsona, perdida en aquella dirección, a cuarenta kilómetros, a cuya diócesis Berga pertenece (y ésta es mayor que aquélla). Allí, Autor, es ahora obispo este que dices fue profesor tuyo de filosofía. ¡Dios le ampare en su función!

...Por ahí abajo están los montes de la Panadella. La columna del liberal Oliver llevaba presos 600 carlistas cuando el canónigo Tristany, que había tomado la cruz por la empuñadura, guerreando con la espada, le salió al paso. De dos mil liberales sólo se salvaron, por la huida, cincuenta. Así con la liberación de los cautivos engrosando sus filas, Tristany se lanzó a Solsona y la tomó, quedando la guarnición liberal sitiada en la ciudadela, y Tristany, a su vez, en la ciudad, acosado a las afueras por el ejército, muy superior en número, del liberal Meer...

...Uno de los lugartenientes de Meer era el brigadier Niubó. Contra él y sus dos mil hombres destacó Tristany a Castells, quien con dos batallones destruyó por aquella parte el cerco liberal, causándole mil setecientas bajas...

Quedó un rato Constantino pensativo, mas luego fueron saliéndole sus referencias dispersas, al albur del panorama o de la simple rosa de los vientos:

Constantino.—En los Bruchs cogió Tristany cautiva una columna de voluntarios liberales belgas. ¡Ahí la «Internacional», que ya un siglo antes de nuestra Cruzada, la universal masonería conspira contra nuestra soberanía cristiana!... Por allí, Alpens; más allá, Olot, Ripoll, Vich... En todas partes nuestras columnas carlistas entran, mas no logran mantenerse, faltas de la cohesión que el prestigio de otros, traidores o cobardes, le niegan. ¡Sólo un tiempo ahi, en Berga...! Un tiempo en el que pareció cundir la esperanza de la España tradicional, cuando la expedición real de don Carlos avanza hasta Madrid, y es contemplada en los cerros, por medio de anteojos, por la mirada curiosa de los habitantes de la capital, a orillas del Manzanares... Desde un principio destacó la expedición al general Urbiztondo a Cataluña, para que mirara de unir las importantes y valerosas partidas de los carlistas catalanes. Urbiztondo conquista Berga, que ya será la capital del carlismo catalán hasta el final de la guerra...

Hablaba Constantino, y por las ventanas de nuestra estancia entraban raudales de luz y color: ocres y pardos de techumbres y muros lejanos, y tonos de las fachadas pintadas... ¿Qué importa que en el transcurso del siglo y medio la mayor parte de estas casas no sean las mismas? ¿Qué importa que del castillo, arruinado, no queden más que los recios muros desde imponente altura sobre la ciudad dominando? Lo que importa es el lugar: asoma la población como de un repecho, saliendo de adustos e invencibles montes, avanzadillas de los Pirineos. Importan... tales fachadas cubiertas de arcos de medio punto, semejando en esto a los viejos palacios bizantinos. Desde ellas hubieron de contemplarse... ¡tales cosas! Debieron de sentirse... ¡tales ensueños! Pues esta Berga que, en última instancia, al monte se apelotona, cual resistiendo la inmensa marea de vieja invasión agarena, guarda el rescoldo de aquel imperio en que no se ponía el sol, ahora vilmente arruinado y perdido junto con la sincera fe que le dio nacimiento y vida. Ahora la falsa mentida libertad vendió su cerebro al extranjero, ¡ciega del inmenso bien que poseía! Entre esa Berga y Cádiz, ¿qué hay sino la fugaz ilusión de una expedición pronto burlada? Aquella que dominó el mundo, en nombre del Dios verdadero, ahora movida de viles sofismas, juguete, en la corte, de intrigas extranjeras, sólo se empeña en disputarle unas cuantas leguas de la propia Patria a la decisión de sus mejores ciudadanos. ¿Dónde está ya el Taurus, Atenas? ¿Dónde ahora Lepanto? ¿Dónde, desde los incas a los aztecas, hasta muy pronto... Filipinas? «¡Libertad!» ¡Quién cambió el dios y lo perdió todo en ceniza y nada, hasta hacerse «objetores de conciencia»!

Señalaba el brazo de Constantino en vario movimiento:

—Borredá, donde la Junta Gubernativa del carlismo catalán instaló su academia militar para formación de sus cadetes; Caserras, donde el conde de España instaló su cuartel general; más allá, Olván, que el mismo conde mandó incendiar...

Luego los tres amigos, ebrios no sé si de luz que penetraba por aquellas ventanas o de los pensamientos que en nuestras mentes se agolpaban, tomamos descendiendo los breves tramos que al piso bajo conducen. Fuimos a sentarnos bajo aquel cobertizo, que procuró sombra y sosiego a nuestros ojos. En tanto (ya era avanzada la tarde) pedíamos algo de comer, maltrechos de las andanzas de todo un día. Constantino hizo algunas preguntas tocante a las historias que acabamos de referir y a los partidarios y descendientes de aquellos luchadores.

—Aquí, justamente en este rincón —nos dijo el hospedero señalando junto a la entrada—, se sentaban hace muchos años unos ancianos que hablaban de esas cosas. Decían, sí, de unas guerras, y esto que usted indica. Aquellos ancianos ya murieron todos. Pero éste era el lugar en que se reunían para hablar de lo suyo.

No sabía el hospedero decir más en aquel pleno campo. Nos sirvió la comida, y en tanto vorazmente la consumíamos, saltaban en frases breves las ideas, que al terminar se convirtieron, de sobremesa, en plena y dilatada conversación. Comentábamos en lo que habíamos abundado, cómo todas nuestras concepciones varían por entero según sea el concepto de la vida y de la muerte. En cuanto los valores de esta vida terrenal, a todas luces perecedera, los extremamos, al punto los errores de ella redundan en todas nuestras acciones, ya sea en la relación doméstica o en la política, o hasta en la misma religión, que estos desviados criterios falsean y mixtifican.

Decía Trigecio:

—Esto lo sabe el diablo mundo, y no encuentra mejor medio que el correr sobre la verdad de la muerte un tupido velo. ¿A qué, si no, tiende esta que llaman «desmitificación» de la Semana Santa, aun cuando ahora la soflama nos venga proclamada por los mismos curiales, pues el humo de Satanás allí también penetra?

Constantino.—Este memorial de cada año de los dolores y muerte de nuestro Redentor que precede a la nuestra le conviene al laicismo que lo olvidemos: él espejea con ilusorios alicientes de esta vida terrenal, sobre los cuales sólo intenta construir, impío, dos cosas: la una, un estado laico, legislador y promotor de unas vidas laicas; la otra, una religión progresista, que toda ella propende a la instauración y promoción de los meros bienes de esta vida perecedera...

Trigecio.—Dime, Constantino, ¿y ese sentimiento que hace un momento tuvimos al compás de tus históricas referencias? Surgía al recuerdo de nuestro gran Imperio. ¿No era éste terrenal, que su fin tiene?

Constantino.—No tiene fin en la eternidad de los grandes ensueños, pues si tiene los pies en la tierra, el alma está en lo alto. «Por el espejo, dice San Pablo, vemos en el enigma.» ¿Si aun el sueño es una imagen vertida de realidades verdaderas? El bergantín, en su majestuoso bogar, traza la larga estela, que aun borrada en la extensa lejanía, al casco sin cesar siempre se adhiere. Era el pensamiento y fe de nuestro Imperio estela de este mundo, en seguimiento del alta Gloria, el cual siempre que unos cristianos obraron consecuentes con la verdad, deberá renacer. ¿Qué le queda al laicismo, con todas sus argucias, sino a la larga el engaño y la muerte?

Autor.—Ved —dije— los extremados conceptos de la vida terrenal: el «pacifismo» a ultranza, las teorías de la «no-violencia», los «objetores»... ¿En qué se fundan? «La vida, dicen, es sagrada.» ¡Cuando ya no son sagrados los Misterios!

Trigecio.—Si estos Misterios, que nos señalan el más allá, no son sagrados, ¿cómo iba a serlo la vida? ¡Conceptos mandiles son esos nuevos, franc-masónicos, a su capricho plasmados en las religiones hindúes, donde se respeta y adora a las vacas con sus hirsutas ubres!

Autor.—Dicen, pues, que «la vida es sagrada». ¡Pase!... Faltaría añadir si tanto lo es ésta, perecedera, o aquélla, superior del alma, a la cual mayormente nacemos el día en que morimos. Digan: ¿qué acto de impiedad cometieron los Santos Mártires que se aprestan a perder esta «sagrada» vida en seguimiento de Aquel, en verdad Sagrado, que estos días de una cruz pende?

Trigecio.—Molesta esta gran verdad hasta a los curiales, aquellos «seleccionados» a quienes los poderes les vienen de las actuales «loggias» del Vaticano.

Autor.—Aun la vida perecedera, en generosas ansias de eternidad pervivida, hacíase extensiva, en este mundo, de su perenne amor. Dejaba en su seguimiento, a su segura muerte, ayalda descendencia que Dios profetizara a Abraham cual las estrellas del cielo. Dejábala en sagrada tradición, en seguimiento de Cristo. Era la patria.

Trigecio.—Y ahora esos «objetores», ¿qué claman sino sus pastillas?

Constantino.—Callan la patria. La niegan. Vendrán a destruir las leyes. A negar a tus hijos la justicia de una católica fe.

Trigecio.—Y ahora, ¿quién ha sido aquel que, allá en las siete colinas, deja repetir tan malamente sus propias, no católicas, voces que «la violencia no es evangélica, *ni puede ser medio de defender causas justas*»? ¿No va esto contra el talante indomable de Cristo, según nos muestra su ardiente elocuencia en el Evangelio? ¿Seguiremos en el próximo diálogo, Autor?

MENTIDERO

Por S. de los Ríos

El plato más suculento de gastronomía mentidera en Madrid está condimentado con la salsa del cardenal Tarancón por su visita a París y la negativa de permiso de entrada a la imagen de la Virgen de Fátima, ambas por motivos pastorales.

De su visita a París nos han puesto al corriente la prensa parisina y la española; su llegada y recibimiento, el besamanos a él y a Echarren, más numeroso y enfervorizado que en los días de su consagración sacerdotal y primera misa; sus conversaciones con los obreros españoles; sus conferencias en los círculos intelectuales franceses; sus entrevistas con los medios de información galos sobre la situación española; su misa concelebrada; su estudio de pastoral francesa para implantar en Madrid..., y no recuerdo cuántas cosas más, todas para modelar nuestra vida eclesial a ejemplo de la parisina.

No es precisamente el cardenal Marty y su diócesis la menos controvertida en Francia y en el mundo católico respecto a la pastoral. Su tendencia avanzada, la conferencia de uno de sus auxiliares en la gran logia masónica de París, el número de sacerdotes secularizados, la pornografía en revistas folklóricas visitadas por los «tours» de agencias de viajes, en revistas semanales a todo color y en postales y filmes, estos clandestinos, que se ofrecen a los viajeros; los divorcios clasificados en las estadísticas, los abortos anuales que se señalan, serán, es cierto, materia de estudio, pero sólo para buscarles remedio, nunca para enseñanza práctica.

Tanta verdad encierran estas palabras que Martín Descalzo en su esquema en *A B C* sobre «los secretos del Vaticano», impresos en negrita, pero a nuestro modesto juicio más apropiados para folletín por entregas, bajo el epígrafe de «las quinielas de los papables», llora «el ocaso de los líderes conciliares», entre los que enumera a Bea, Lienart, Meyer, Ritter, Suenens, Alfrink, Silva Enríquez, y escribe estas palabras sobre su panegirizado Marty: «Hacia el 69 era el arzobispo de París, cardenal Marty, la gran estrella en quien veían muchos un nuevo Juan XXIII. Su espíritu limpio y sereno, su agudo y franciscano humor de hijo de campesinos, aportaría a la Iglesia la paz que hoy parece necesitar. Pero su estrella descendió en el Sínodo del 71, en cuyas elecciones no pasó de los 40 votos.»

A esta «estrella empalidecida» ha ido a visitar nuestro Tarancón, pues, según dicen sus periodistas admiradores, le unen grandes afectos de amistad, y, como es natural, para él no ha palidecido. El Sínodo del 71, contra el que atentaron los progresistas del IDOC inútilmente por intervención eficacísima de Pablo VI, fue, en efecto, el horno que consumió a las grandes «estrellas» fugaces, de cuyo resplandor quedaron ofuscados algunos que no merecen otro nombre que el de «satélites» sin brillo propio y que dan vueltas alrededor de aquéllas. Terminarán siendo cuerpos muertos en el sistema eclesial y para bien de la Iglesia.

En cambio, el mismo Martín Descalzo, con gran dolor de su corazón, escribe así de Hoeffner, el ponente sobre el SACERDOCIO, al igual que Tarancón, y que mereció grandes elogios de Pablo VI, como intérprete genuino de su pensamiento y del sentir unánime de la Iglesia en sus veinte siglos de existencia: «Entre los alemanes, Hoefner ha sufrido menos desgaste que Suenens o Alfrink; pero se teme su duro carácter. Junto a él, monseñor Hoefner podría imponerse —como se impuso en el pasado Sínodo— en un momento de gran presión conservadora. Pero sería mejor candidato (aquí, la gran ingenuidad del sacerdote-periodista que no domina sus impulsos) para gran inquisidor que para Papa. Su seguridad doctrinal y su claridad mental no parecen convencer a todos.» (Entre *los todos* colocamos al redactor de *A B C*.)

Dada, pues, la amistad y compenetración pastoral de Tarancón y Marty, se aprecia en todo su valor y finalidad la visita de aquél a éste. Más aún: es que nuestro purpurado goza de muy buena prensa y ambiente en ciertos medios franceses. Nos lo testimonia a renglón seguido Martín Descalzo, que, a fuer de sincero, no le importa cargar injustamente con el sambenito de adulador por parte de los maliciosos. «¿Puedo escribir que en los ambientes franceses se cita el nombre de monseñor Tarancón como el que mayor número de votos podría recoger entre los europeos? Así me lo decía ayer mismo el corresponsal de *La Croix* en Roma; así se lo he oído a no pocos en los ambientes romanos»

Ojalá que esta visita y estos coloquios con los medios franceses, aunque fueren progresistas y enemigos del Régimen, sirvieran para que a la muerte de Pablo VI (¡pobrecillo, antes de morir, ya le están preparando un sucesor a gusto de algunos!) consiguiera España tener en el solio pontificio un valenciano, pues el último fue su paisano de inmemorial recuerdo, Alejandro VI.

Es una pena que entre ciertos elementos franceses se crea y propale, como leímos en *Le Monde*, que el cardenal Tarancón fuera un líder de la tendencia progresista antirrégimen entre los obispos. Esto, por mucho que le pudiera favorecer en Francia, le perjudicaría injustamente en España. También a la terminación de la primera guerra mundial, los utópicos de la gran Cataluña que soñaban hasta con la Provenza, organizaron en Barcelona un homenaje al héroe francés que era provenzal y que manipulaban a su capricho en pro de sus sueños. Pero, naturalmente, *éste se apresuró*, en su discurso al final del banquete, a desautorizar esa versión, manifestándose ante todo francés, sin renunciar a su provenzalismo.

Parece que el signo de contradicción persigue el prelado de Madrid. Quedó envuelto en el suceso trágico-cómico del Documento de la Congregación contra la Conjunta; se vio obligado a suceder al llorado Morcillo intempestivamente a las pocas horas de su muerte; quebró la tradicional costumbre de no cambiar por otra la sede primada de Toledo, obedeciendo órdenes de Roma; se le inculpa, como presidente, en todas las críticas acerbas del Documento «Iglesia y Comunidad Política»; se le ataca ferozmente con ocasión de los incidentes del 1 de mayo; con motivo de sus declaraciones en Francia, mientras el *Ya*, en sus editoriales, muestra su entusiasmo por los beneficios que su visita traerá a la Iglesia y a España, otros critican sus afirmaciones sobre pluralidad de opciones políticas y sindicales y sus sugerencias a los obreros españoles en Francia que su regreso a España depende del Gobierno, no de él, quien desea ardientemente se verifique pronto. Todos sabemos que el Gobierno ha facilitado con sus indultos la vuelta de todos, aun los reos de delitos de sangre, y los que hemos visitado París y otras ciudades francesas hemos comprobado que el regreso no depende del Gobierno, sino de *muy pocos* que, como dijo Alberti en Roma «salí de España por una derrota militar y no volveré más que por una victoria militar», no volverán porque no quieren hasta que encuentren un régimen igual al que dejaron al marcharse. *Los más* están trabajando en el extranjero para comprar un piso en España, y cuando ven un autocar español u oyen hablar nuestro idioma, nos abrazan y lloran recordando nuestro sol y nuestra vida, como han hecho con el cardenal Tarancón.

● Nos resta el último signo de contradicción que agobia al prelado: la visita a España de la imagen de la Virgen de Fátima. Hemos leído los textos de la prensa diaria de Madrid, que ha dado cabida destacada en sus columnas a la nota del obispo auxiliar Estepa. Cada periódico le da un matiz muy acorde con el redactor encargado. Destaca *Pueblo*, en el comentario de Copérnico, irreflexivo, irrespetuoso para la Virgen, que no nos ha extrañado nada en él, aunque sí en Emilio Romero, como director. Le sigue *A B C*, por su redactor sacerdote, que a pesar de afanarse dando consejos a los demás para el uso de un lenguaje «sin voces», sin ira, casi áulico, él emplea el hiriente, plebeyo y desautorizado en sí mismo, pues atribuye a sus oponentes juicios por él inventados para poder argüirlos.

Titula así, con grandes caracteres tipográficos su escrito: «Es absurdo decir que se cierra la carretera a la Virgen de Fátima, cuando lo que se hace es abrir «todas» las puertas a la Virgen.» Ya comprobaremos la falsedad del título, pues al cerrarle el paso de entrada (la carretera), se le impedía entrar por todas las puertas, aunque estuvieran *abiertas* (para otros servicios).

Si en *A B C* se escribe «solución montiniana» o «política benelliana» al referirse a Pablo VI o a Benelli, con mayor motivo se nos permitirá en ¿QUE PASA? calificar la nota y pastoral de Estepa, como «esteparia», máxime cuando se practica en la capital o centro de la estepa ibérica.

Dice la nota: «A la propuesta de peregrinación de la Virgen de Fátima 1973 se adhirieron varias diócesis; otras, no. La de Madrid, dadas las características pastorales de una gran ciudad, el Consejo Episcopal optó por la negativa.» Bien, replicamos. Pero ni la diócesis es sólo Madrid y, por lo tanto, podía haber sido admitida en otros puntos, ni era imprescindible celebrar actos masivos. Con que se hubiera habilitado «un templo concreto» para su adoración por los fieles en varios días se había obviado el inconveniente de «la gran ciudad».

Por otra parte, Madrid, siendo *gran ciudad* en tiempos del patriarca Eijo Garay y del arzobispo Morcillo, fue visitada por la Virgen en adoración masiva sin que las características pastorales de gran ciudad ofrecieran obstáculo alguno. Luego, no es la *pastoral de gran ciudad*, sino la *pastoral de algunos pastores*.

Lo de contraponer la piedad popular mariana a la actual renovación de la línea pastoral de la diócesis, puede que sea la verdadera causa del interdicto, pues se habla en la nota de no simbolizar la devoción a María en un título determinado como el de Fátima. «Informaciones» da en el clavo cuando afirma que las diócesis visitadas por la Virgen de Fátima «están regidas por obispos conservadores». Luego las diócesis no visitadas, ¿por qué obispos están regidas? ¿Quién mezcla la política o tendencias eclesiales con la devoción a María?

No es la primera vez que los progrés hayan intentado suprimir o desnaturalizar los actos públicos masivos de la religión. El Congreso Eucarístico de Sevilla, el de Valencia, la presencia del Papa en Fátima, las peregrinaciones a Lourdes, Loreto, Santiago de Compostela, Zaragoza, etc., son pruebas irrefragables de este entorpecimiento progresista, cuyo último ejemplo fue el acto que tuvo lugar en el Retiro madrileño.

Al que esto firma, una norteamericana acatólica le propuso esta cuestión, más en sentido de consulta que de crítica, pues al final me confesó: «Lo de ustedes es mejor que lo nuestro.» «Ustedes tienen muchas vírgenes y María y no hay más que una.» Le contesté: «También usted tiene una sola hija y la llama prenda, cielo, corazón, vida mía, etc.» Los títulos a la Virgen son caricias, piropos, saetas amorosas a la UNICA madre que los católicos tenemos. ¿Habrá que repetir la lección a los «PROGRES»?

En la nota se dice: «En los últimos meses existían indicios de malentendidos sobre el significado de la peregrinación.» *Informaciones*, haciendo gala de su título, afirma resueltamente: «La Virgen de Fátima iba a ser utilizada para fines extrarreligiosos.» Así se informa a los lectores OBJETIVAMENTE. ¿Por qué en las diócesis visitadas no ha sido utilizada para fines políticos? ¡QUE PENA!

CARTA ABIERTA A UN CURA ECONOMO DE BARCELONA

Por Félix LASHERAS BERNAL

Reverendo:

Ya sé que usted leyó mi escrito publicado en ¿QUE PASA? número 476. Hasta mandó usted comprar la revista en un quiosco próximo a su casa rectoral. Muchas gracias por su colaboración.

En él quedó muy claro que, según el núm. 66 de las «Nuevas normas de la Misa», ni la Conferencia Episcopal —menos un obispo aislado y mucho menos un simple cura— puede permitir que una mujer haga las lecturas de la misa cuando se encuentre un hombre bien preparado para ejercitar el oficio del lector.

Traté como de pasada de la «comunión en la mano». Me limité a hacer referencia a una disposición superior publicada en «Ecclesia». Un lector me ha pedido que trate este tema por extenso. Ya sé que no he de convencer a usted. Líbreme Dios de intentarlo. Pero éste y otros que me lean se afirmarán en el criterio de que hoy no se puede dar la comunión en la mano en España.

Por la prensa diaria supe, no ha mucho, de la existencia de una Conferencia Episcopal Tarraconense. Yo pensaba que la única Conferencia Episcopal en España era la Conferencia Episcopal española, y que las demás reuniones de obispos eran simplemente eso, reuniones de obispos bajo la presidencia del metropolitano. Pero como lo que abunda no daña, mejor será que tengamos una docena de Conferencias Episcopales. La unión, desde luego, será así más perfecta y menos posibles los grupos de presión o la presión de los grupos.

Sea de esto lo que sea, la Conferencia Episcopal Tarraconense publicó el pasado día 30 de marzo una nota que, entre otras disposiciones, decía así:

... 5. *El día en que se autorizare recibir la Eucaristía en la mano*...

Luego no está *todavía* autorizado recibir la Eucaristía en la mano. Luego no está autorizado dar la Eucaristía en la mano.

Así lo dicen nuestro eminentísimo señor cardenal arzobispo y sus reverendísimos obispos auxiliares. Para nosotros esto debe bastar.

Hay más, sin embargo. Su Santidad el Papa Pablo VI, en la encíclica «Mysterium fidei» núms. 62 y 63, haciendo historia, afirmaba que «antiguamente los fieles solían alimentarse diariamente de la Eucaristía, tomando la sagrada comunión con las propias manos *cuando estaba ausente el sacerdote o diácono*. No decimos esto para que se cambie el modo de recibir la santa comunión, establecido después por leyes eclesiásticas y todavía hoy vigentes». (Los subrayados son nuestros.)

La Sagrada Congregación para el Culto Divino dio la disposición «Memoriale Domini» el día 29 de mayo de 1949, publicada en «Acta Apostolicae Sedis», tomo 61, págs. 541-545. En ella se reconoce el uso antiguo de permitir a los fieles tomar en la mano este divino alimento y llevarlo a la boca por sí mismos. «Andando el tiempo, después de estudiar más a fondo la verdad del misterio eucarístico, su eficacia y la presencia de Cristo en el mismo, bajo el impulso ya de la reverencia hacia este Santísimo Sacramento, ya de la humildad con que debe ser recibido, se introdujo la costumbre de que el ministro, por sí mismo, *depositase en la lengua* de los que recibían la Comunión una partícula del pan consagrado.» Más adelante añade: «Al Sumo Pontífice *no le pareció que se cambie el modo*, ya de tiempo atrás seguido, sobre la forma de dar a los fieles la Sagrada Comunión.» A esta decisión pontificia se llegó después de que la Congregación para el Culto Divino consultase a los obispos de todo el mundo, cuya gran mayoría se pronunció por la continuación de la Comunión en la boca. La misma Sagrada Congregación saca la consecuencia: «Por lo cual la Sede Apostólica exhorta vehementemente a los obispos, a los sacerdotes y a los fieles que con todo empeño obedezcan a la ley que está en vigor y de nuevo es confirmada para el bien común de la misma Iglesia.»

Más recientemente, en noviembre de 1972 (Vid. «Notitiae», página 343), la Santa Sede en una declaración de la «Sagrada Congregación para el Culto Divino», que es su órgano de gobierno en estas materias, dice traducido textualmente: «De diferentes regiones se ha preguntado si la Sagrada Comunión podía libremente distribuirse en las manos de los fieles, o si el sacerdote necesita para ellos algún permiso especial, y si la facultad de otorgar este permiso la tiene el Ordinario o las Conferencias Episcopales de cada nación. Respuesta: Continúa en pleno vigor la norma contenida en la Instrucción sobre la manera de administrar la Sagrada Comunión «Memoriale Domini». Las Conferencias Episcopales, después de prudente examen, tomarán las oportunas decisiones, que han de salir con dos tercios de votos favorables por votación secreta; decisiones que después se presentarán a la Santa Sede, en orden a obtener la necesaria confirmación, adjuntando una exposición detallada de las causas que les han impulsado a tomar esas decisiones. Por consiguiente, *ni el Ordinario, menos todavía un sacerdote, puede dejar de cumplir esta disposición.*»

Esta es hoy la norma obligatoria en España, para obispos, sacerdotes y fieles.

Quizá me arguya usted como lo hizo alguien en cierta ocasión:

—Acaso ha habido disposiciones posteriores.

Y yo repetiré mi respuesta de entonces:

—Muéstremela usted y obedeceré seguidamente. Pero mientras tanto podré decir muy alto que ustedes, los que dan la Comunión en la mano, desobedecen al Santo Padre.

Ni se escude usted en que algunos obispos lo hacen. Esto es tristemente cierto. Y más que nadie lo sentimos los que hemos venerado a obispos santos que fueron ejemplares en toda virtud; en obediencia, en pobreza, en caridad. ¿Quiere usted que le recuerde a Monseñor Irurita? Pero mejor será que le copie del Evangelio de San Mateo 23,3.: «Haced y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen.» Aquí el Señor se refiere a los doctores de la Ley. Doctores de la Ley son, entre otras cosas, los señores obispos. (Muchos además exactos cumplidores de la Ley.)

Cuando a uno que quería obligarme a dar la Comunión en la mano le rogué que me diera la orden por escrito, se negó.

Y no se le ocurra pensar que a Barcelona vienen turistas de países a los que el Papa, porque ha querido, autoriza a recibir la Comunión en la mano. Porque entonces le copiaré el núm. 2 del canon 8 del Código de Derecho Canónico, todavía vigente:

«La Ley no se presume personal, sino territorial, a no ser que conste otra cosa.»

Permítame un ejemplo muy claro. El día de Santiago Apóstol es fiesta de precepto en España. Si usted un 25 de julio se pasea por París no tiene obligación de asistir a la Santa Misa. Pero si el Rey Balduino pasa un 25 de julio en su finca granadina tiene obligación de ir a Misa.

Ni recurra usted a la unión entre las parroquias de su arciprestazgo. Busquen ustedes la unión en lo bueno, en la obediencia al Papa, en la edificación del Cuerpo de Cristo; no en la rebeldía y la «autodemolición» de la Iglesia.

De sobra me conoce usted para adivinar mi intención. No quiero molestar ni faltar a la caridad, ni menos sembrar la división en el clero, división que está ya madura por desgracia y con profunda pena de muchos sacerdotes. En todo caso solicito su perdón y el de todos que se puedan sentir molestos por estas inocentes disquisiciones mías. Sólo quiero enseñar al que no sabe y recordar su deber a quienes lo olvidaron. Le agradeceré si usted también me adoctrina en mis ignorancias o en mis descuidos.

Mientras tanto, le saluda atentamente su hermano en el sacerdocio de Cristo.

Ha muerto don Manuel Valdivielso

En Miranda de Ebro, hogar, yunque y altar de toda su larga, noble y fecunda vida, dejó de existir el pasado día 18 de mayo el doctor en Medicina don Manuel Valdivielso, brillante escritor católico y esforzado paladín, leal, abnegado e incorruptible, del Tradicionalismo español.

Fue don Manuel Valdivielso, como católico español, como militante del Tradicionalismo histórico, paradigma de caballeros y de soldados. Por su Fe, combatió siempre por el Reino de Cristo; por su clara estirpe española, combatió siempre también por la Tradición Nacional que emanase de Cristo y de su Iglesia, apartándose de la tradición convencional y oportunista de los *montañeros* o arbitristas, que anteponen la conquista del bien *estar* a la íntegra dignidad del *ser*.

Mucho nos apena la partida hacia Dios de nuestro ilustre colaborador y amigo inolvidable don Manuel Valdivieso. En sus últimos días de cristiana agonía —dolor que mitigaba la ardiente fe— se acordó de ¿QUE PASA? y acudió caritativo y fraternal a socorrer nuestra penuria... Ya estará el doctor Valdivielso en el Reino Eterno, por el que tanto se debatió en este mundo... Y le pedimos muy tristes, pero esperanzados, que al aclamar, como súbdito tradicionalista de Dios, al Rey de Reyes, le ruegue por nosotros para que nos ayude, como le ayudó a él, a perseverar en la lucha por conquistar, antes que el bien *estar*, la dignidad íntegra del *ser*... del *ser* fieles y leales a Cristo y a España.

LUZ... O GALERAS

Por José María PEREZ, Pbro.

Dicen que ello sucedió allá en Massachusetts, de los Estados Unidos de América. Al construirse el primer instituto para ciegos, a fin de poder ahorrar gastos, no se abrieron ventanas en sus cuartos. «Hemos venido a dar en la clave de un ahorro prudente —pensaron los constructores—; ¿para qué queremos ventanas? ¡Los ciegos no han de asomarse a ellas para mirar!»

Pero apenas instalados los ciegos en aquel hermoso edificio, comenzaron a ponerse enfermos. Uno tras otros iban palideciendo, demacrándose; y de todos vino a apoderarse pronto la intranquilidad y la tristeza.

Cuando ya habían fallecido allí dos ciegos, la dirección del Instituto mandó abrir ventanas y hacer entrar por ellas raudales de luz. Y desapareció de repente la tristeza de aquellos pobres ciegos, y se disipó su intranquilidad, y sus mejillas se tornaron coloradas. En una palabra, se alejó de ellos el mal humor y recobraron la salud y el bienestar.

● Pues mira, los hombres en el mundo actual estaban ciegos. Materializaban ellos su vida; no tenían más ansias que las de adquirir, poseer y gozar, sin más progreso del espíritu, sin Dios. ¿Para qué necesitaban las ventanas de la eternidad? ¡No habían de asomarse a ellas nunca!

Hicieron aviones, y locomotoras, y radios. Todo lo que podía embellecer y facilitar la vida se procuraron. Dios, el alma, lo espiritual, ¿para qué?

¿Y qué es lo que pasó? Los pobres ciegos palidecen, se demacran, se mueren de hastío. Se ponen de mal humor y luchan en guerras criminales. Todo, todo el progreso material de la vida se vuelve contra ellos; ni sirve más, sino para hacerlos morir más prontamente.

¿Remedio? ¡Abrir las ventanas antes de que sea tarde! ¡Luz, luz, luz! Que todavía, si trabajan para ello, llegar pueden a tiempo de salvar el mundo.

● Y la verdadera luz, la LUZ es Jesucristo. «Existía la luz verdadera; la que viniendo al mundo, ilumina a todos los hombres. En el mundo estaba, y por El llegó el mundo a existir» (Juan 1, 9-10).

Y el propio Jesucristo dice a sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse una ciudad situada sobre una montaña» (Mateo, 5, 14).

Así que Jesucristo es la LUZ, la luz por esencia. Y sus discípulos, por El enseñados, por doquier deben irradiar esa luz. La luz de Dios, del alma, de lo espiritual...

● Aquel gran genio de la guerra, Napoleón, encargó a madame De Montes la educación de su hijo, en quien descansaban los destinos de Francia. Y le dijo:

—Haced de él un buen cristiano...

Y al oír esto se sonrió uno de los cortesanos. Napoleón indignóse, y exclamó:

—Sé yo muy bien lo que me digo; es necesario que mi hijo sea un buen cristiano; de lo contrario, tampoco sería un buen ciudadano.

● Toma, lector pío, una pepita de naranja, pártela, quiébrala. ¿Qué hallarás del naranjo futuro? ¿Dónde están la fuerza de las raíces y la fecundidad de la savia? ¿Dónde la dureza de la madera? ¿Dónde la corteza con que el tiempo se defiende? ¿Dónde el buen parecer de al hoja? ¿Dónde la lindeza del azahar y el milagro del perfume? ¿Dónde el color dorado de la naranja?

Nada de todo eso hay en la pepita de la naranja, tan pequeña, tan disforme, tan sin color, sin sabor, sin ninguna de las lindezas del rico árbol. Y, sin embargo, ahí está todo, aunque no lo parezca.

Coge un grano de trigo y córtalo con los dientes. ¿Qué es lo que hay ahí? ¡Un hollejuelo de salvado y un poquito de harina! Y no obstante, ahí está todo escondido, en el grano insignificante y pequeño a la vista.

● Pues contempla ahora a un cristiano virtuoso, a un *santo*. No, no hay árbol más hermoso y más rico: allí hay la fortaleza del tronco, y la verdura de la esperanza, y la blancura de la castidad, y el rojo de la mortificación, y el fruto de la caridad. *Charitas vero aedificat*: «La caridad es la que construye» (I Corintios 8, 1). «Y esto pido en mi oración: Que vuestra caridad crezca siempre más y más» (Filipenses 1, 9).

¿Y de dónde viene tanta belleza? De la «semilla». Y la semilla es la palabra de Dios. *Semen est verbum Dei* (Lucas 8, 11).

Quiero, antes de pasar adelante, recordarte aquí las palabras del Buen Sembrador. Y verás cómo la semilla de la PALABRA es luz, «la que viniendo al mundo, ilumina a todos los hombres» (Juan 1, 9).

● «Cierto día salió Jesús de su casa y se sentó a la orilla del mar. Y se congregó junto a El grande gentío, tanto, que subió a una barca y se sentó. Y les enseñaba muchas cosas en parábolas.

Decía: «Salió el sembrador a sembrar. Y mientras sembraba cayeron unos granos a la orilla del camino. Y vinieron las aves y se los comieron. Otros granos cayeron sobre pedregal, donde apenas tenían tierra. Y brotaron en seguida por estar tan someros. Mas al salir el sol, faltos de raíces y abrasados por el calor, se secaron. Otros cayeron entre espinos; y crecieron los espinos y los ahogaron. Otros, por fin, cayeron en tierra buena y dieron fruto; unos el ciento, otros el sesenta, otros el treinta. Quien tenga oídos que oiga» (Mateo 13, 1-9).

● Hasta aquí la parábola. Y después de decirles Jesús por qué les hablaba en parábolas, El mismo les da la explicación de la parábola.

«Escuchad, pues, el sentido de la parábola del sembrador. Siempre que se oye la palabra del reino y no se atiende, viene el Maligno y aventa lo que se sembró en aquel corazón. Este es el grano sembrado a la vera del camino. Y el sembrado en pedregales representa a los que oyen la palabra, y de momento la reciben a gusto. Pero no tiene en ellos raíces, sino que es efímera. Así, apenas viene una tribulación o persecución por causa de la doctrina, desfallece su fe. El sembrado en zarzales representa a los que oyen la palabra; mas las preocupaciones de las cosas temporales y la seducción de las riquezas ahogan la doctrina y no llega a dar fruto.

Por fin, el grano sembrado en tierra buena representa a los que oyen la palabra y la atienden. Estos producen fruto: quien de cien, quien de sesenta, quien de treinta» (Mateo 13, 18-23).

● *Semen est verbum Dei* (Lucas 8, 11). Y la semilla de la palabra de Dios es, de suyo, fructífera y eficaz; pero, sembrada ya en el corazón del cristiano, sólo dará fruto según las disposiciones del que la oye. Se cumple ahí también la lógica popular: «A Dios rogando, y con el mazo dando...»

Pues bien, ¿cómo se da de hecho la LUZ, digo, la justicia de la FE? Oigamos al apóstol San Pablo: «En efecto: 'Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo'. Mas ¿cómo le invocarán si antes no creyeron en El? ¿Y cómo creerán en El si antes no oyeron de El? ¿Y cómo oirán de El si no hay quien lo predique? ¿Y cómo le predicarán si no son enviados? Según está escrito: '¡Cuán hermosos los pies de los mensajeros de bienes!' Pero no todos prestaron oído a la Buena Nueva. Pues dice Isaías: 'Señor, ¿quién dio crédito a nuestro mensaje?' Luego la fe nace de la audición del mensaje; mensaje que es el anuncio de Cristo» (Romanos 10, 13-17).

● La ves: la luz de la fe nace de la «audición» del mensaje del MISIONERO. Y misioneros —enviados— deben ser, en particular, los padres y los maestros, con respecto a sus hijos y educandos. ¡Qué bien entendía esto Napoleón! ¡Qué mal lo entienden tantos «ciegos» de la actualidad «cultural»! ¿No lo decía San Pablo?: «La ciencia infla, la caridad es la que construye» (I Corintios 8, 1).

● Y termino ya. En el Senegal, un negro se dirigía hacia la iglesia. Y un blanco, que estaba en la terraza de una fonda bebiendo cerveza, le preguntó:

—¿A dónde vas?

—Yo ir a la iglesia.

—¿Por qué?

—Porque yo amar a Dios...

Y al oír la respuesta, el «culto» europeo se mofa de aquel «salvaje» estúpido.

El negro le mira con asombro, pero muy pronto siente desprecio, y apuntando con el dedo al europeo, le dice:

—Tú, blanco, y yo, negro; tú ser salvaje...

● Se presentó al superior de una casa religiosa un señor, el cual quería practicar los ejercicios espirituales según San Ignacio de Loyola. Y el prudente superior, lo primero, le dio un catecismo.

El señor aquél se ofendió, y le dijo:

—¿Cómo? ¿Quiere usted ponerme en el abecé? Cuando tenía yo diez años me sabía de memoria todo el catecismo de cabo a rabo...

—Precisamente por eso, porque hace mucho tiempo que usted no lo ha visto, es necesario que lo repase.

Y preguntado sobre algún que otro punto del catecismo, aquel señor no sólo se vio en un aprieto en las respuestas, sino que salió con tales despropósitos contra la fe, como para dejarle a uno pasmado. ¡Y entonces se persuadió del daño que acarrea la ignorancia del catecismo!

● Hace tiempo, y de nuevo termino, fue condenado a trabajos forzados un muchacho de quince años. Oyó él firmemente la sentencia, y pidió silencio, y dijo:

—Perdono a los jueces: han sentenciado justamente. Perdono a los guardias: han cumplido con su misión deteniéndome. Pero hay en esta sala uno a quien no puedo perdonar. Helo ahí: es mi padre. Me ha educado sin religión y me ha convertido en un malhechor. Por su culpa me veo condenado a galeras... ¡Luz o... galeras!

FLOR DE MAYO **Por IJCIS**

Este mes de la Virgen, que ya se acaba, y las olas de fervor mariano que la imagen de Fátima levanta en todos los pueblos que tienen la envidiable dicha de contemplarla estos días, nos ponen la pluma en las manos y nos dan el obligado tema para hoy.

1. *RESONANCIAS HISTORICAS.*

Para amar a Dios sobre todas las cosas como a Padre, y a todos los hombres cual hermanos; para mantener el santo orgullo de ser fieles discípulos de Cristo, y con limpia hidalguía de católicos y españoles, obedientes hijos de la Iglesia, de esta familia nobilísima a la que ha pertenecido siempre la flor y nata de la humanidad..., es indispensable una tierna devoción a la celestial Señora, como desde los tiempos de Santiago, nuestro padre en la fe, ha sido siempre la característica de la Historia de España, que ha podido así evangelizar a medio mundo y enseñarle a rezar a Jesucristo en español.

España realizó este prodigio sin par en la historia de los pueblos —y que todos los pueblos nos envidian— porque la fe de Cristo, que Santiago y San Pablo nos predicaran, inspiraba su pensamiento; el amor a Cristo fortalecía su voluntad, y la Virgen Santísima en sus diversas advocaciones protegía todas sus hazañas portentosas.

Mirad. Casi todas las tardes del invierno de 1519 penetraba en uno de los templos de Sevilla un caballero de porte distinguido, finos modales y extraordinaria piedad, y, ante la respetuosa reverencia de los fieles que asistían a los cultos vespertinos, se postraba devotísimo a los pies de la patrona de la iglesia, la Virgen del Coral. Allí permanecía absorto largo rato en oración, como encomendando a la Señora algo de muchísima importancia.

Una noche desapareció. Y por más que la curiosidad de los unos aumentaba con sus conjeturas y preguntas la curiosidad de los otros, nadie pudo dar noticias de él.

Ya se había borrado su memoria cuando, después de casi tres años y a la misma hora, se le ve de nuevo penetrar en la iglesia, acercarse a la Virgen del Coral y, llorando de alegría y gratitud, depositar sobre su altar flores, perlas, conchas y corales de las tierras y mares de todos los meridianos del planeta. Era el marino español Juan Sebastián de Elcano, que acababa de dar en su nave «Victoria», *el primero de todos*, la vuelta al mundo, y volvía para agradecer a la Virgen la protección visible que tres años antes tan confiadamente implorara.

Cuando, reconocido, se abalanzaban todos a él para felicitarle, Elcano respondió sencillamente: Todo se debe a Nuestra Señora; cuanto se emprende sin su bendición fracasa; cuanto Ella bendice consigue el éxito más feliz.

Así es... Y así sea para nosotros. Que la luz de su mirada y el aliento de su sonrisa guíen nuestra navecilla hasta las playas de la gloria.

Virgen bendita, Madre de Cristo y de los cristianos, Madre de la Iglesia y Madre de España: defiéndelas y guíalas con la materna autoridad de tu intercesión omnipotente. A las pérfidas naciones, que blasfeman arrogantes contra todo lo santo, sujétalas, humilladas y vencidas, a los pies de Jesucristo... Y a tantos hermanos nuestros y a tantos pueblos cristianos, que gimen hoy en la peor de las cautividades, la del comunismo ateo —nube de gases asfixiantes que avanza a flor de tierra arrasándolo todo—, llévales por fin la libertad: para que puedan celebrar, ellos también como nosotros, tus dulcísimas festividades, preludio de aquella inefable y eterna del gozo infinito de los cielos.

2. *CONSAGRACION Y SANTIDAD*

La quinta esencia de la devoción a la Virgen es *la consagración*. Desde hace siglos se viene haciendo por sus devotos, tanto individual como socialmente. La hicieron San Juan Eudes y San Luis María Griñón de Montfort, y ya antes, en el Madrid del siglo XVII, el beato Simón de Rojas, precursor de la Santa Esclavitud. San Esteban consagró Hungría a la Virgen en el siglo XIII; Luis XIII, Francia; Fernando III, Austria; Juan Casimiro, Polonia, en el XVII. Diversas veces se ha hecho en España esta consagración de toda la nación a la Virgen. La más reciente es la de 1954, a los pies del Pilar, por el Jefe del Estado.

Pío XII consagró la Iglesia y el mundo, obedeciendo una consigna de Fátima, al Corazón de María, en 1942.

Consagrarse a María es entregarse a Ella por entero, y, en Ella y por Ella, a Dios.

¿Y no fue la divina Virgen la primera que se consagró de manera perfecta, incondicional, en el momento supremo de la Anunciación, con la fórmula más breve, más hermoso, más sencilla y más sublime: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»?

Mas ya desde el primer instante de su concepción, enriquecida como estaba del uso de razón y ciencia infusa perfectísima, consciente y libre, elige a Dios como el *único* objeto de su amor y a El se entrega totalmente. Su *Magnificat* (mi alma engrandece al Señor) empieza ya entonces y llegará en perenne *crescendo* inefable hasta la eternidad.

Pues si la caridad y el amor es la unión con Dios; si en esta caridad y unión consiste la santidad de suerte que sean valores directamente proporcionales amor y santidad..., ¿cuál no sería el incendio del divino amor en la divina Virgen, no habiendo encontrado en Ella (por un lado) ni sombra de obstáculos siquiera, por haber sido desde el principio *inmaculada*, inmune del más imperceptible vestigio de posible desorden, y (por otra parte) habiéndola anegado el cielo desde el primer instante en un océano de gracias inefables, de arte que ya entonces (muy probablemente) superaba en santidad a todos los hombres y ángeles juntos? Y si añadís a esto que María progresaba continuamente por actos meritorios, de forma que a cada nuevo instante su caridad y gracia se multiplicaban por la del instante anterior en una mística progresión más que geométrica, y que, además, ese océano, que se ensanchaba inconmensurablemente sin interrupción, fue inundado a sus tiempos —si lo puedo decir así— con celestiales avenidas de gracias *ex ópere operato*, por la misma virtud y fuerza de los misterios que se obraban en Ella: —en la Anunciación y Encarnación, en el Nacimiento, en la Pasión, en Pentecostés, por el mismo contacto íntimo y físico con Jesús, en la diaria recepción de la Eucaristía—..., ¿no es verdad que nuestro entendimiento se pierde y a la misma imaginación le faltaron alas para seguir a nuestra Madre en el vuelo sublime de su caridad endiosada?

Si el amor es en las almas lo que la grevedad o peso es en los cuerpos —así cae la pesada piedra y se remonta la sutil llama; ardemos en el amor divino y nos sentimos arrebatar al cielo—; si el mismo amor es correr y es volar, y cuanto más amas más asciendes, porque es una fuerza que está dentro de nosotros para sacarnos fuera de nosotros..., ¿comprenderéis ahora cómo la causa de su muerte fue *únicamente* el fuego incontenible de su caridad que, creciendo constantemente en su corazón, fue poco a poco relajando los vínculos entre el cuerpo y el espíritu, y que sólo un milagro la pudo sostener tanto tiempo en el destierro?

Pero llegó el momento suspirado, y en el arranque de amor divino más serenamente intenso y más dulcemente impetuoso, sin violencia, sin pena, sin dolor ni agonía, antes con celestial deleite, se inclina el cuerpo virginal, *como el balanceo de una espiga dorada y granada que mecen las auras estivales*, y el alma santísima se desprende (y tan sólo por contadas horas) cual fruta en sazón que al suave soplo del viento se desgaja del árbol, o cual varita de humo oloroso, mirra e incienso, según la bíblica imagen, que sube en graciosas espirales hasta el cielo.

De ese amor participamos todos: sigue latiendo ante el Señor entre los resplandores de la gloria.

3. *CONTACTO SANTIFICADOR*

Al consagrarnos a la Virgen nos unimos a su propia consagración, y Ella, a su vez, en pago, se consagra con el más maternal de los desvelos a nuestro bien. Y al poner en sus manos nuestras obras, *las purifica y embellece* y hace que su Hijo las acepte complacido.

Cuando uno presenta alguna cosa a Jesús por sí mismo y apoyado en la propia industria, Jesús lo rechazaría a causa de la mancha de amor propio de que adolece. Pero cuando se le ofrenda algo por las manos purísimas y virginales de la Señora, lo toma con sumo gusto, no considerando tanto lo que se le da cuanto que se lo presenta su Santísima Madre.

Vamos a ver, cual en estampa, *cómo purifica y embellece y santifica ese contacto* viviente de la Virgen —que ha de ser la consecuencia de la consagración o esa misma consagración practicada y vivida.

Jugaba un día con sus compañeros en Medina del Campo, niño aún de pocos años, San Juan de la Cruz. Y, jugando, jugando, vino a caer en un pozo lleno de fango y agua. Ante el peligro de ahogarse, acudió al instante a la Virgen temblando de cariño y temor. Y la celestial Señora, que tenía predestinado aquel niño para la más alta santidad, para Doctor Místico de la Iglesia y gloria de las Letras españolas, se le aparece al punto sobre el pozo, radiante de amor y de belleza, con un manto más blanco que la nieve y unas manos y un rostro que brillaban como el sol.

Instintivamente, el niño trata de incorporarse y asirse con sus manecitas a la Virgen. Pero... al contemplar la túnica y las manos de la Madre de Jesús tan limpias, tan blancas, tan resplandecientes, y verse a sí mismo tan desarreglado y tan sucio, chorreando el fango del pozo, sintió como un delicado pudor y vergüenza de manchar con su vestido y sus manos las manos tan puras de la Virgen... Y se deja caer de nuevo con inminente peligro de ahogarse.

Mas la divina Señora, conmovida por tan inocente delicadeza, se inclina, se inclina suavemente sobre el pozo, extiende los maternales brazos y coge al niño, que ya se ahogaba, con sus manos de cielo y lo estrecha amorosamente contra el corazón. Y..., ¡oh prodigio!, no sólo no mancha el niño a la Virgen, sino que *la Virgen, con su contacto purísimo, comunica al niño su celestial blancura y resplandor.*

Pues ¿queremos tener siempre bien limpio y planchado y enjoyado y resplandeciente el traje del alma para comulgar, y presentar inmaculada ante el tribunal de Dios aquella *veste cándida* de la gracia santificante recibida en el bautismo? Echémonos en brazos de la divina Virgen —vivamos su consagración, que es vivir el bautismo—: que Ella nos empapará en la virtud de Cristo y nos presentará radiantes de belleza ante la faz de Dios.

A LA CAZA DE VERDADES Por M. SEMPRUN GURREA

EL CULTO A MARIA

La piedad tradicional le dedicó el mes de mayo por ser el del apogeo brillante de la primavera y darse en él las más bellas flores. Apenas terminado este mes de María queremos dedicar a la Señora, nuestra Madre, un artículo.

«Culto religioso —dice el P. Alastruey— es el honor que se tributa a alguno por su excelencia en el orden sobrenatural.» El Diccionario, por su parte, define «culto» como «reverente y amoroso homenaje que el hombre tributa a Dios o a los bienaventurados. Conjunto de actos o ceremonias con que el hombre tributa este homenaje».

Reverente y amoroso homenaje, pues, que no sólo es interno, sino también externo; cae por su propio peso que no pueda darse si no existe en quien lo da, o tiene que darlo, fe, reverencia y amor. Cuanto más grandes sean, por otra parte, estas tres virtudes, mayor será el sentimiento interno y la expresión externa. Aún cuando esta última varíe según las sicologías, razas o naciones, no puede faltar. Dentro de lo puramente natural, exteriorizamos siempre nuestros homenajes.

Dios no sólo admite el culto, sino que lo exige para sí y para lo que es especialmente suyo. Las Sagradas Escrituras están llenas de frases que nos lo prueban. Empezando por el primer mandamiento, podemos pasar luego a la parte material y leer cómo con todo detalle ordena la construcción y decoración del Templo y cuán terriblemente castiga a los profanadores. Ahora consideremos:

Dios se hizo hombre y tomó carne en las entrañas de la Virgen María. ¿Es, pues, María algo de Dios? ¿Tiene algo que ver con Jesucristo? ¿Es más o menos que un vaso sagrado, que el Velo del Tabernáculo, que el Arca de la Alianza? ¿Se le puede negar culto sin pecar gravísimamente? ¿Podemos tratarla como a un igual sin cometer una ofensa de suma gravedad contra Dios?

Si nos encontráramos con la madre de un simple mortal al que profesamos amistad y respeto, ¿haríamos caso omiso de ella? Si ese amigo era íntimo y venerable, si tuviéramos contraída con él honda deuda de gratitud y supiéramos que él amaba tiernamente a su madre, ¿nos portaríamos con ella como con cualquiera otra persona o la distinguiríamos de modo muy especial? ¿Acudiríamos a casa de él y no la presentaríamos nuestros respetos? Si supiéramos que él era el mejor de los hijos y que había podido elegirse la madre que quisiera, ¿qué estima nos merecería esa mujer? Si habiendo podido escoger madre, hacérsela a su gusto, *no* hubiera realizado lo mejor, el desestimado tendría que ser él. Dios que amenaza terriblemente a los sacrílegos que profanan los tesoros del templo, ¡cómo defenderá el honor debido a María! Negárselo proviene de maldad o inspiración diabólica; la ignorancia, sólo en el caso de ser invencible pudiera tener excusa. ¡Nadie que tenga verdadera fe, que crea en Jesucristo, Dios hecho Hombre en las entrañas de María, puede pensar, ni por un instante, que moleste al Todopoderoso, esa prueba de veneración y de amor, hacia Su Madre, que es el culto tributado!

Semejante aberración sólo cabe en una mente herética. (Con motivo del Dogma de la Asunción, algunos protestantes, incluso los anglicanos, hicieron actos públicos de desagravio al Señor. ¿Qué opinión, pues, tienen de Dios como Hijo...?) El culto a María es inseparable del culto a Dios; no se le puede negar al uno dándoselo al otro. Ni Dios ni su Madre lo aceptarían. Que sea para El de latría y para Ella de hiperdulía, es otra cosa. La Virgen es criatura, las excelsas prerrogativas que posee le han sido dadas por el Creador, y como Este no se retracta son dones de María con todo derecho, aunque sean recibidos y no «in se». Sabemos que no es divina, pero como dice Santo Tomás, «roza los límites de la Divinidad», y si negamos que la criatura que llevó en su seno era Dios, rechazamos a Jesucristo y a su Iglesia. Ella fue «pensada» y amada, en calidad de Madre, desde toda la Eternidad. Dice San Juan Damasceno: «Salve María; Tú eres como infinita si se considera la infinidad de alabanzas debidas a tus méritos.» (Segundo sermón: «In Nativ. Dei Genitrix».)

Y San Pedro Damiano se expresa así: «Cualquier honor que le podamos dar está por debajo de sus méritos, puesto que es Ella la que nos ha preparado, en sus castas entrañas, la carne inmaculada que alimenta las almas... Eva comió una fruta que nos privó del festín eterno. María nos presenta otra que nos abre la entrada en el banquete celestial.» (Sermón 45: «In Nativ. B. M. V. 2 P. L. 144-743.)

¿Que el culto debe ser razonable? Mejor decir «racional», pues lo rinde una criatura que lo es; culto inspirado por la fe que tiene en la razón fundamentos indestructibles. ¿Se puede exagerar? No, si bien se entiende, pues no debe equivocarse con la superstición, la beatería, la supercheria o el fanatismo; sin embargo, démonos cuenta de lo que significa el último concepto; Jaime Balmes nos lo va a decir: «Entiéndese por fanatismo, tomado en su acepción más lata, una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada... Pero si la opinión fuere verdadera, los medios de defenderla legítimos y la ocasión oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrastren; entonces habrá entusiasmo en el ánimo y heroísmo en la acción, pero fanatismo *no*. (Ob. Completas. Tomo IV, cap. VIII.) Para que algún «listo» no diga que el juicio de Balmes es parcial, veamos lo que dice uno de los diccionarios más célebres del mundo: «Llámase fanático al que de manera *irracional* defiende un cosa, al que está desequilibrado, al que se aferra, sin motivo racional, a una idea; términos todos que no pueden aplicarse a quien ma y defiende la Verdad por mucho entusiasmo y ardor que en ello ponga.» (Webber's Dictionary.)

El discernimiento es muy necesario para los que deben permitir o prohibir actos de culto externo. Hoy en día, dada la crisis de fe y de piedad en nuestros pastores, fácil es que arrebaten al pueblo fiel y sencillo las ocasiones de demostrar lo que sienten, ignorando o pretendiendo ignorar que una es la forma de expresión del niño, otra la del adulto, la del letrado no se parece a la del analfabeto, como tampoco la de una raza a otra, ni siquiera la de ésta o la de aquella nacionalidad. Sin embargo, si amaran *podrían* entender los diversos lenguajes del amor que, como dijo San Agustín, «resulta bárbaro para quien NO ama.»

En la carta dirigida al entonces Sumo Pontífice, el 14 de junio de 1926, por los padres Hugon y Garrigou-Lagrange, en nombre del Colegio Angélico, para pedir el título de Doctor de la Iglesia Universal para San Juan de la Cruz, se lee lo siguiente: «El estilo místico no es el estilo escolástico; sería un error sostener, como escolásticamente verdadero, proposiciones que son verdad sólo en lenguaje místico, donde las hipérbolas se tienen en cuenta.»

Para dar culto a Dios y a lo suyo, con sólo lo espiritual, existen legiones de ángeles; nosotros, a quienes por algo hizo de carne y hueso, hemos de usar alma y cuerpo en su servicio. El alma nos inspirará y el cuerpo será nuestro instrumental, y en la resurrección de la carne ésta será castigada o premiada, según fue su conducta. La Iglesia, acorde con las Sagradas Escrituras, ha fomentado desde los primeros siglos esta idea. Me figuro que no será necesario explicar que, cuando los apóstoles eran doce, más un puñadito de fieles, no podían dedicarse a componer música ni pintar cuadros, pero muy pronto comenzó esa actuación entre los cristianos. De Rossi, a quien se ha llamado «feliz e incansable explorador de monumentos sagrados», lo prueba de manera positiva, sobre todo en sus obras *Las Catacumbas, Excavaciones y descubrimientos en el Cementerio de Priscila* y la muy dedicada a la Virgen *Immagini scelta della Beata Vergine Maria tratte dalle catacombe romane*. Respecto a lo de Priscila, dice así: «En mis escritos le he confirmado la prerrogativa del más alto arcaísmo», y más adelante: «La imagen de María se halla tan repetida que se suele llamar —ese lugar— Catacumba de María.»

El abate Martigny, en su *Diccionario de las Antigüedades Cristianas*, al llegar a la palabra «Catacumba» da cuenta de las múltiples imágenes de María que hay en unas y en otras. María con su Niño en brazos, sobre sus rodillas, presentándole a los Magos, María entre San Pedro y San Pablo. Muchas figuras de María grabadas en vidrio, pintadas en azulejos y de impresionante antigüedad, han sido recogidas en diversas catacumbas; algunas han sufrido desperfectos. Y está María en el cementerio de Inés, de Calixto, de Marcelino. Y en el de Domitila se distingue «la región de María», y el francés de Fleury que dedicó su vida a los estudios arqueológicos e iconográficos, especialmente los que algo tienen que ver con la Virgen, dice que se ven con tanta frecuencia, sobre imágenes y monumentos, las inscripciones de «Mater Theu», «Sancta Dei Genetrix», «Mater Dei», que bien claro se advierte, en los albores del cristianismo, la fe en la Maternidad Divina y la gran devoción mariana.

Diremos con Ambrosio Autpertino: «Aunque no basta todo lo que se ha dicho en su honor y todo lo que se ha escrito, si tuviéramos que transcribirlo, lo daríamos por imposible, diciendo aquello de San Juan, que «ni el mundo entero podría contener los libros que llenarían» (Jn. 21-25).

No sólo el culto se ha manifestado en imágenes, en oraciones y en advocaciones. Desde tiempos remotos existen las procesiones y las peregrinaciones. Efeso, el lugar desde donde la Santísima Virgen pasó de esta vida a la «Otra», comenzó muy pronto a ser visitado por los cristianos y, ¡cosa admirable!, los nativos de los sitios por donde tenían que pasar los fieles daban a éstos toda clase de facilidades. (Muy distinto de lo que hacen hoy nuestros pastores progresistas.)

Este fervor maravilloso de los devotos de la Señora puede ser que influyera en algún modo sobre los musulmanes. Las frases que su libro sagrado, el Corán, dedica a la Virgen son conmovedoras... Y el estro de nuestros poetas y santos publicó, de una u otra manera, las maravillas que en Ella había obrado el Señor. Y villas, pueblos, naciones enteras se le consagraron. Francia, primogénita de la Iglesia, lo había en público documento titulado: «Regnum Galliae, Regnum Mariae», durante el reinado de Luis XIII; Inglaterra, antes del Cisma, se gloriaba llamándose «el Patrimonio de Nuestra Señora», y el reverendo P. T. Bridgett escribía —en 1875— una obra titulada lo mismo, en la cual enumera las iglesias que estaban consagradas a la Virgen —solamente en Londres eran 18— antes de los saqueos y robos anglicanos. Irlanda le sigue llamando «Reina de nuestras tribus». Hungría *libre* se ufanaba siendo «La Familia de María». Los polacos siguen aclamándola «Reina del Cielo y de Polonia». Los lituanos, cuando gozaban de libertad para expresarse, le daban el título de «Duquesa de Lituania»... Y ahora, transidos de dolor, preguntamos: ¿Será España, la tierra por excelencia de María, la que permita *no ya* a infieles avasalladores, invasores, vencedores por la fuerza, sino a un clero progresista, a una pandilla de lobos, a unos «leones rugientes», que pretendan arrancarnos la devoción a la Madre de Dios, so pretextos de arcaísmos que estorban la marcha ascendente del hombre y hasta con viles excusas de problemas de circulación que impiden recibir la imagen de la Señora? Trento sigue en pie señalando los caminos; esos caminos que *no* empezaron en Trento, pero que allí quedaron confirmados para siempre...

Terminamos haciendo nuestras las palabras de Lacardaire, el más célebre conferenciante del siglo XIX, a propósito del rosario: «El necio ríe oyendo a las gentes repetir cincuenta veces lo mismo; el que está iluminado con Luz mejor sabe que el amor, diciendo siempre igual, no se repite nunca.» («L'Ave Marie».)

¿Qué historia es ésa, señor Llensa?

Por J. A. FERRER BONET

Nunca habíamos visto que un abogado defensor presentara las pruebas más convincentes de acusación contra su patrocinado. Esto estaba reservado al divertido folleto de Antonio Llensa Borrás, con tan garrafales inexactitudes como que el heroico Ramón Sales Amanós se dedicara al turismo de «arriesgado viaje secreto de Francia a España» cuando ya era una víctima inmolada, descuartizado salvajemente, como sabe todo el mundo, excepto el neohistoriador, que desconoce un hecho tan capital de la historia del sindicalismo libre. No digamos de la calumnia que supone afirmar que varios dirigentes de los Sindicatos Libres «quedaron separados de la Comunión». ¿Quién los separó? ¿En qué fecha exacta don Jaime o sus delegados en España decretaron la separación de dirigentes de los Sindicatos Libres de la Comunión Tradicionalista? Nadie lo ha probado. Permanece en las afirmaciones gratuitas y luminotécnicas del folleto de marras. Si añadimos a esto cuanto, con ligereza e inconsideración evidentes, se dice sobre Vázquez de Mella, incluso ironizando con el Mella de los últimos tiempos, «oscurecido, enfermo y abandonado de 1919 a 1928», cuando la pobreza, la enfermedad, la mutilación de la pierna. Los sufrimientos de Mella son dignos del máximo respeto y veneración, sin ninguna claudicación ni en su fe católica ni en su credo político, y nadie negará que es remover llagas y una cruel falta de caridad hacia quien tanto debe la Iglesia y el tradicionalismo, nada menos que por la pluma de un autor que, a falta de algo mejor, ha sido premiado en un certamen literario carlista. Así nos luce el pelo.

Pero si no supiéramos quién era don Jaime y su «sociología», tan espléndidamente demostrada en su asistencia y brindis en el banquete revolucionario y jacobino del 14 de julio de 1904, que le mereció la repulsa pública y condenatoria del rey Carlos VII, ahora don Antonio Llensa Borrás recuerda otra hazaña pintoresca de don Jaime. Refiere que Melgar, secretario particular de don Jaime, diferentes veces subraya que, «de haber ocupado el trono de España don Jaime —solía repetirlo con frecuencia—, hubiera tenido buen cuidado de no hacer de Ferrer un mártir, cuya muerte sirviera de bandera a los peores enemigos de la sociedad. En su alma generosa cabía el perdón, y era demasiado buen político para no sospechar las consecuencias de un acto que podía exacerbar inútilmente las pasiones populares.»

Ya entenderá el inteligente lector que el párrafo se refiere a los hechos de la Semana Trágica, en 1909, y a su malvado protagonista Francisco Ferrer y Guardia. Por una vez coincidimos plenamente con don Antonio Llensa Borrás. Ya es hora que después de tantas irreductibles discrepancias, a través de cuanto injurioso y falso dice sobre Ramón Sales y los hombres del sindicalismo, la figura egregia de Vázquez de Mella y el novelón rosa de negar la firma de don Jaime en su pacto con don Alfonso, amén de la SOLTERIA IMPENITENTE del mismo, como gráficamente la ha calificado don Manuel Fal Conde, esta vez nos podamos sentar en una mesa de café, con coñac y puro, para brindar en un punto de coincidencia. Don Antonio Llensa reconoce la culpabilidad criminal de Ferrer y Guardia, y como abogado de la causa perdida de don Jaime, reconoce que «afirmar, con relación a Ferrer y Guardia, que EN EL ALMA GENEROSA DE DON JOIME CABIA EL PERDON, es un absurdo y algo peor, que debe achacarse a una ligereza de Melgar, siempre dispuesto a poner de relieve los sentimientos bondadosos y magnánimos del Caudillo tradicionalista». Pero erre que erre. Lo malo no es que lo dijera Melgar, que debía perdonarse a Ferrer y Guardia. Lo inconcebible y grave es que éste fuera el pensamiento íntimo y reiteradamente manifestado de don Jaime. Cuanto dice el autor del folleto no puede entenderse en menoscabo de Melgar, sino en una demostración que nos ofrece galantamente don Antonio Llensa, por la que se demuestra la no comprensión de los problemas españoles que tuvo don Jaime y que motivaron su SOLTERIA IMPENITENTE, como él dijo textualmente a Melgar: «NI NECESITARE CASARME.» El que don Jaime no se casara, en él fue una postura ideológica, por sentirse divorciado de su deber de estado como Rey legítimo. En nuestro artículo anterior ya lo consignamos, y si conviene lo ilustraremos más y más.

Todos sabemos quién era Ferrer y Guardia. Pero el pensamiento carlista sobre Ferrer y Guardia lo especificó para siempre Vázquez de Mella con su clarividencia católica y carlista, muy por encima de la desgraciada deformación mental de don Jaime, que claudicaba de sus deberes de príncipe carlista asistiendo al jolgorio conmemorativo de la toma de la Bastilla. Las palabras de Mella son inmortales. Las reproducimos completas: «He pronunciado el nombre de Ferrer y Guardia, y no ha sido mera equivocación histórica el poner en lugar de Barrabás el nombre suyo; pero ya que lo he pronunciado, quiero decir algo más antes de concluir, que ésta es la hora de decir claramente las verdades. He hablado aquí de la escuela neutra, y él era la personificación de la escuela laica, que es la neutra sin la hipocresía; pues bien, aquel hombre —que no era más que un criminal que prostituyó el vínculo familiar, abandonando en la pobreza, cuando él vivía en la opulencia y el placer, a su mujer y a sus hijas; que deshonró la enseñanza y que insultó la Patria en páginas horribles; que armó el brazo del regicida —ha recibido en holocausto el tributo de admiración idolátrica de muchedumbres engañadas y seducidas, y se le ha presentado a él, ignorante, rudo, sin letras, como una especie de Sócratas español y de Descartes catalán, según frases de periódicos extranjeros; y ese hombre que, según sus mismos defensores, después de haber predicado el desorden y de haber levantado cátedra de anarquía en *La Escuela Moderna*, aunque fue inspirador de las turbas y trazó con anticipación su programa, no tuvo valor, según sus defensores, y contra la creencia general que le suponía hombre de acción, para seguir a sus discípulos en la empresa y acaudillar visiblemente el motín; ESE HOMBRE, QUE FUE FUSILADO DEMASIADO TARDE... SI, DEMASIADO TARDE, PORQUE SUPLIO LA JUSTICIA MILITAR UNA PREVARICACION POLITICA DEL PODER CIVIL, QUE DE NO HABERSE REALIZADO, LE HUBIERA LLEVADO A LA MUERTE UNA SEMANA DESPUES DE LA BOMBA DE LA CALLE MAYOR, CUYO PROCESO, MAS GRAVE AUN QUE EL DE LA SEMANA ROJA, NO SE QUIERE REVISAR, ESCLARECER NI DISCUTIR, ¡ESE HOMBRE SIGUE GOBERNANDO DESDE SU TUMBA EN ESPAÑA!» Estas palabras de Mella fueron pronunciadas en la Real Academia de Jurisprudencia el 17 de mayo de 1913.

Salta a la vista el abismo que hay entre el pensamiento tradicionalista de Vázquez de Mella y el «alma generosa» de don Jaime, que habría condonado a Francisco Ferrer y Guardia. Quien conozca la historia de la Semana Trágica sabe que Ferrer y Guardia era odiado incluso por todo el izquierdismo, aunque era el cerebro satánico que forjaba a los ácratas más endiablados que ha conocido ningún país. Un hombre así es pernicioso para la sociedad. La campaña internacional de la «Ferrerada» se originó precisamente por la debilidad de la monarquía liberal y constitucional, al no hacer justicia cuando el intento de regicidio a que alude Vázquez de Mella. Entonces no habría sido posible tal campaña. Pero jamás podrá justificarse que más tarde no debía ser ejecutado Francisco Ferrer y Guardia. Ni puede admitirse el grotesco parangón que hace don Antonio Llensa Borrás entre el indulto del general Sanjurjo, concedido tras el patriótico levantamiento del 10 de agosto de 1932, con el que AFORTUNADAMENTE no pudo conceder don Jaime a Francisco Ferrer y Guardia. ¿Qué comparación hay entre una sublevación militar y un «fabricante» a destajo de criminales, de terroristas y de asesinos? La comparación es digna de fray Gerundio de Campazas redivivo.

El «criterio» político de don Jaime, que por lo visto con su SOLTERIA IMPENITENTE tenía ocurrencias geniales, sobrenada todavía en la entrevista, que reproduce don Antonio Llensa, entre el periodista parisiense Marcel Espiau y don Jaime. En la misma, hablando de la posibilidad de la instauración de la República —estamos en febrero de 1931—, don Jaime afirma: «Alejandro Lerroux, que es uno de los demócratas más cultos y flexibles, sería barrido por las masas avanzadas de su partido.» Lo de la cultura de don Alejandro Lerroux es para desvanecerse de emoción. Uno recuerda algo de las sentencias, cultas y flexibles, de don Alejandro. El dijo en Barcelona: «Entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos; acabad con sus dioses; alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie; penetrad en los registros de la propiedad y hacer hoguera con sus papeles... Seguid, seguid... No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares... Hay que destruir la Iglesia... Luchad, matad...»

Esperemos que el autor del folleto de que nos ocupamos ate todas estas moscas. El «alma generosa» de don Jaime y la pervivencia de España, la cultura y flexibilidad de Lerroux y todo eso del velo de las novicias y otros adyacentes. Desde luego, el tradicionalismo es algo muy serio y sagrado, que no puede ser ridiculizado ni siquiera por príncipes que, aun teniendo la legitimidad de origen, se incapacitan. Ni la historia de las cosas carlistas merece ser escrita por personas que carecen de visión, de juicio de los hechos y de la más elemental documentación. Una cosa tan sagrada como lo es el carlismo merece más seriedad. Si no es así, se termina como ahora estamos, en las mescolanzas marxistas de un sedicente carlismo con la ETA y el partido comunista y con las enormidades suicidas de los Montejurras de los últimos años.

Del fondo de resistencia de ¿QUE PASA?

	Pesetas
Saldo disponible anterior	62.350,—
Nuevas aportaciones:	
Un religioso catalán y franquista	1.000,—
Un matrimonio amigo de ¿QUE PASA?, de Madrid	3.000,—
Doña M. C. Noriega	1.000,—
Don A. A. de Madrid	1.000,—
Saldo disponible al 26-V-1973	68.350,—

No sólo el oro se vende

Por Carlos ARAUZ

Uno de los detalles que hemos podido observar, en viaje realizado recientemente al extranjero, es el de la crisis total de las ideas por la que las gentes atraviesan. Este desmoronamiento espiritual no es de una región, ni de un país; es de una época. No es exclusivo de españoles, o de franceses, o de italianos, sino de todos los hombres. Esta ceguera a todo lo que pueda suponer espíritu, cultura o política, literatura o religión, la hemos comprobado en toda su intensidad en el grupo con el que viajábamos; nos hemos terminado de cerciorar de algo que ya es archiconocido, de que, efectivamente, la gente tiene más dinero, dispone de más medios de adquisición de bienes, está más rodeada de comodidades y, en consecuencia, se halla menos capacitada para la meditación. Con cierto pesimismo se ha de concluir que no hay más realidad que ésta. Durante el tiempo que hemos permanecido fuera de las fronteras se ha de reconocer que el español ha demostrado estar preparado, sin lugar a dudas, para participar, mental y económicamente, en la Comunidad Económica Europea. El español, no hay que discutírselo, ha probado su perfecta condición de «homus economicus».

La gente ha comprado de todo, y eso no está mal, ni mucho menos, pero también es cierto que una buena parte de las compras estaba destinada a miles de objetos superfluos, entre los cuales se hallaban, como es lógico, revistas pornográficas y entradas para espectáculos de la misma naturaleza. Y eso en Italia, y eso en plena Semana Santa, y eso por parte de un núcleo de católicos, bautizados y demás, es muy sintomático.

Nos consta que nadie ha comprado un diario de información, ni un libro, ni ha pisado una iglesia de las no incluidas en la ruta turística. Nos consta que, salvo excepciones, la grosería castiza ha dominado por encima de todo... (¡Ah, pero perdón! Ya. Sabemos que no debemos continuar. Sabemos que esto es el signo de los tiempos, que estos anacronismos están superados, e incluso sabemos lo que se nos va a contestar: es la vida. A la gente hay que hablarle de consumo y de nada más. ¿No son libres para poder hacer con su dinero lo que les apetezca? ¡Para qué profundidades! ¡Para qué complicar la existencia!)

¿Pero es así o no debe ser así? ¿Pero el hombre, además de cuerpo, no está dotado de espíritu? ¿Pero es que hay que callarse y dejar que el materialismo siga su rumbo, o se está obligado a ensayar un último intento de salvación? Según Luis Apostúa, comentarista político del diario «Ya», parece que no. Según él, sólo es verdadero o interesante lo que las gentes compren. Para este hombre únicamente lo que tiene éxito en la sociedad de consumo es «oro de ley», lo demás no cuenta. Según muchos, muchísimos Apostúas, hay que ir a lo práctico, a la ley de los grandes números; si una cosa se vende, es buena; si no, es mala; así de sencillo. (En el siglo I de nuestra era se habrían escrito muchas crónicas como ésta, en plan telegráfico: «Un loco promueve, con sus desvaríos y torcidas ideas, un gran tumulto en Jerusalén. El orden quedó paralizado. Las multitudes se mofaron de El. El loco decía llamarse Jesús. Como es lógico, el exaltado fue condenado a muerte.)

El comentarista político de «Ya» termina así una de sus últimas «Semanas Españolas»: «Otra cosa es que los periódicos que se hacen con una ideología, como la que revela la nota de la Junta de Alféreces Provisionales no se vendan, no sean aceptados por el público. ¿No será eso indicio de que la mentalidad predominante no va por esos caminos? Ya es sabido que de un periódico se puede adquirir todo menos sus lectores.» (La susodicha nota, para los que no la conozcan, es una denuncia acerca «del vacío político y confusión doctrinal que dan origen a ataques a las ideologías que inspiraron el Movimiento Nacional y que producen apatía, vacilaciones e indiferencias».)

Y tiene razón en cuanto que en el mundo de hoy, como ya hemos visto, las ideas no se venden. Pero habrá que precisar; el que las ideas no tengan aceptación en el comercio de los hombres no quiere significar que haya que dejar de pensar u omitir la proclamación de las verdades. Si así fuese habría que decir adiós a las iglesias porque los «practicantes» son minoría, y adiós al arte porque los artistas y sus seguidores son exiguos en número, y adiós a los escritores porque los libros sólo, hoy, sirven de adorno. Y, sin embargo, hay muchos que no piensan así.

Si lo que Apostúa ha querido es, humillando, decir que ellos, al vender inmensa publicidad, cuentan con cuantiosos medios económicos, tiene razón. Si ha querido manifestar que el sensacionalismo de las revistas del corazón encuentran más lectores que cualquier publicación intelectual, política, cultural o religiosa, como puedan ser *Criba*, *Vida Nueva*, *Cuadernos para el Diálogo*, *Indice*, *Fuerza Nueva*, *¿QUE PASA?* *Ciervo*, *Destino*, etc., también, sin duda, lleva razón. Si lo que ha deseado es proclamar que la prensa del Movimiento ha olvidado quizá un tanto el aspecto comercial de su empresa, dejando poco margen a al galería, también puede tener razón. Pero en lo que el comentarista nunca puede tener razón es en hacernos creer que los lectores del «Ya» adquieren el periódico en admiración al ideario político que lo anima, porque a la gente, desgraciadamente, y a gusto del periodista de la Editorial Católica, no le interesan en estos tiempos todas esas «simplezas».

LOS HAY MUY GRACIOSOS

Entre ellos destacan algunos escritores de «A B C» y «Ya» al querer equiparar un ataque verbal y con porras de goma que, a lo sumo, pueden contusionar, con los atentados con arma blanca, que pueden, y de hecho han ocasionado, la muerte a varios dignísimos agentes de la Autoridad.

Se necesita todo el tupé y toda la malsana pasión de quienes tienen ojos, pero se empeñan en no ver, oídos y se empeñan en no oír, narices y no perciben el hedor nauseabundo que todo lo impregnado de marxismo esparce por doquier.

No nos extraña: «A B C» quiere ser periódico informativo e imparcial, pero no puede prescindir de su liberalismo y admite todo lo que le echen, y por eso parece que no tiene criterio y, amante de la verdad y de la justicia, protege, ampara y aúpa muchas veces lo contrario. Frente al gesto gallardo de declararse maurista, cuando la insidiosa y absurda campaña del «Maura, no», tuvo después la falta de elegancia de admitir la colaboración no sólo de enemigos de Maura, sino también de enemigos del Rey.

Y periódicos habrán habido que blasonen de amigos de Alfonso XIII, pero al «A B C» no se le pudo igualar ninguno.

De «Ya», hermano y sucesor de «El Debate», poco podemos añadir a lo que escribimos a don Angel Herrera, antes de ser cardenal, pero siendo ya obispo.

«El Debate» propugnó y defendió la candidatura de Largo Caballero para consejero de Estado, y esto... como tal socialista. Y así sigue siendo la conducta y la visión de los apóstoles sociales de la Editorial Católica. Todo menos abrazar la verdad íntegra; todo menos dejar la democracia inorgánica, a pesar de lo absurdo que es dar el mismo valor al sufragio de todos, y a pesar del fracaso que la tal democracia ha producido y sigue produciendo en cualquiera de los países en que está establecida.

«El Alcázar» esperaba declaración de los obispos condenando el salvaje atentado contra la Policía. Recomendamos al colega que espere sentado, pues de lo contrario se va a cansar.

Eso sí, que no toquen a los de la ETA o de la JOAC, que *mutatis mutandis* son iguales, porque entonces son capaces de remover Roma con Santiago para pedir justicia.

Y también son muy graciosos quienes, al ser nombrado el sabio y prudentísimo señor Guerra Campos para obispo de Cuenca, han manifestado menosprecio por esa gran diócesis que, a sus muchos eminentes prelados, como fueron casi todos sus obispos, ha tenido la suerte de que a esa lista inmensa, se agregue la de monseñor Guerra Campos, que encontrará diocesanos sencillos, llanos y nobles, como son los de esa nobilísima tierra.

BRUJA VERDE

¿Qué pasa en Murcia?

Pasa muy poca cosa y pasan muchas cosas que debieran hacer pensar, meditar y obrar.

Un doctor *honoris causa*, teólogo sin teología, liturgista sin liturgia y auxiliar sin auxilio, se permitió catequizar y... manifestar que no hay que confesar sino una vez al año.

Un sacerdote que por allí estaba le recriminó y le dijo que parecía que ignoraba que los sacramentos producen la gracia *ed opere operate* y que, por lo tanto, no hay que aconsejar tan descabelladamente a los fieles, sino todo lo contrario, a que confiesen frecuentemente, aunque no tengan pecado actual.

Si las listas se confeccionaran con más atención y cuidado no padeceríamos esta serie de ignorantes que tanto daño están causando en la Iglesia.

En la parroquia de San Lorenzo de la capital, regentada por un aggiornado, se disparata de vez en cuando, y así, el sábado 12 de los corrientes, en una misa vespertina, el sacerdote, en vez de explicar el Evangelio o un punto de doctrina, con la humildad que le caracteriza, dijo que venía de la Arrixaca de donar sangre y... que venía asqueado al ver el servilismo con que obedecían los practicantes y enfermeras a los médicos. ¿Cabe mayor osadía que protestar por el respeto y consideración a la jerarquía?

Claro que se explica esto en ciertos clerigüillos que no guardan consideración alguna a su jerarca.

En casi toda la diócesis cartaginense se falta gravemente a lo mandado, y aunque no estuviera mandado, se falta al respeto y veneración que se debe al Santísimo Sacramento, repartiendo la Comunión de pie. Y de esto se puede culpar a los intrusos, verdadero *humo de Satanás*, y a los necios que, sintiendo de otro modo, han accedido a quitar los reclinatorios de los templos.

Pasa que son bastantes los desgraciados que ha abandonado el ministerio, y que de ellos, el noventa y nueve por ciento pertenecen a los desotanados; a los que abandonaron oración por disipación; actos sacerdotales por actos sociales, templo por taberna. ¡Sacerdotes que, por los consejos de los desquiciados consejeros que padecéis, habéis dejado la sotana, volved a vestirla, volved a honraros con ser y parecer en todo momento sacerdotes. ¿Acaso podéis encontrar dignidad superior, ni siquiera igual?

Pero ya sabéis aquello de *corruptio optimi*, y, claro, un sacerdote corrompido, que abomina de sus privilegios, como si éstos fueran a Pedro o a Juan y no fueran a la dignidad que confiere la ordenación.

Pasa que algunos han telegrafiado a los pastores madrileños por no recibir a la benditísima imagen de la Virgen de Fátima. Se ignora el sentido de los telegramas.—CORRESPONSAL.

¿INJUSTICIAS SOCIALES Y CONVERSION ANTE EL 7.° MANDAMIENTO?

Por el P. Jesús ECHEVERRIA

¿Qué nos querrá decir o enseñar Cristo con la parábola del asalariado que abandona el rebaño, dejando que el lobo destruya el rebaño y mate las ovejas, sino que el empleado no cumple con su obligación al no cuidar del rebaño y dejarse arrebatar las ovejas por que no le pertenecen? Sin embargo, hoy pareciera que sólo los propietarios tienen deberes y obligaciones y que los empleados siempre son víctimas de la opresión del patrón y del más fuerte. No es, entre tanto, éste el único caso o parábola por la que Cristo nos hace ver algo que hoy no se quiere admitir, sino que en otras oportunidades ha hecho ver también cómo no son justas las reclamaciones de algunos empleados que no se contentan con el sueldo combinado o convenio. Con esto, no es que queramos decir o defender que siempre los patrones tienen razón y nunca los empleados, sino que no siempre la tendrán los empleados, como no siempre la tendrán los patrones. Y aquí está el nudo gordiano, que no seremos nosotros quien lo desate, aunque sí trataremos en el siguiente artículo de proponer alguna idea o solución, que aunque no la hayamos visto en ningún escrito ni oído en predicaciones, discursos o charlas, y aunque sea difícil de llevarla a la práctica, no es imposible, y si muchos no lo quisieren poner por obra, bien podría ser que se organizase alguna sociedad con este fin, como ha acontecido con otras iniciativas, y que después ha dado tan buenos resultados. Si a esto no se llega, nos confirmaría más y más de que ya que nos toca hablar hoy sobre el séptimo mandamiento, son muchos, muchísimos, los que tienen que convertirse ante este precepto y, por supuesto, que tanto roba el patrón cuando no da el justo salario al operario, como el empleado cuando no rinde lo justo o no cuida de lo que pertenece al patrón, por el hecho de no ser suyo, como el asalariado que deja que el lobo coma a las ovejas.

Nadie va a negar la evidencia de las enormes diferencias sociales. Sin embargo, ¿quién se atrevería a probar o demostrar que no se cometerían injusticias enormes, si se tratase de nivelar a todos? Y ¿a quién se trataría de nivelar, a todos los ciudadanos de una nación o de todo un continente? ¿Y por qué no a todos los hombres del mundo entero en todas y cada una de las naciones? ¿Será menos injusto el que un ciudadano se valga de su saber, de su poder, de las circunstancias que sean, para enriquecerse a costa de otros, que el que una nación se aproveche de su posición, adelantos y progresos para subyugar a otros pueblos? Si una injusticia es el que existan ricos y pobres, ¿por qué no lo ha de ser, y mucho mayor, el que existan naciones ricas y pobres? ¿Por qué la industria y las artes liberales, en general, han de cotizarse más que la agricultura y el trabajo brazal? ¿Por qué la materia prima ha de valer muchísimo menos que esta misma materia elaborada por la industria? Porque si ésta tiene el mérito de perfeccionarla, aquélla tiene, diríamos, mucho más mérito al crearla. No ha sido Dios quien ha puesto el valor a las cosas ni a los trabajos; han sido las circunstancias, han sido, en una palabra, por regla general, los más fuertes.

De aquí, ciertamente, que no concluiremos con la frase de Proudón: «La propiedad es un robo»; pero si que no sabemos muchas veces hasta qué punto, cuando no median otras circunstancias, sobre todo de suerte, como en las quinielas, puede considerarse bien adquirida una propiedad que diste y sobrepase mucho de las propiedades comunes, o del común de los ciudadanos honestos y trabajadores. Y si Dios no ha puesto el precio a las cosas y trabajos, aunque haya muchos, muchísimos que no compartan estas ideas con nosotros, no cabe duda que serán muchísimos más los que las suscribirían con inmensa satisfacción. Y aunque nosotros jamás queremos fundarnos en la mayoría como sinónimo de razón, sí podemos defender, puesto que no hay una revelación a este respecto ni enseñanzas concretas sobre el particular de la Iglesia, que los menos favorecidos de la fortuna por todo lo dicho anteriormente, luchen digna y honradamente por hacer valer más el sudor que mana de su frente, el trabajo que extenúa sus fuerzas y va minando su salud; en una palabra, que a igualdad de horas de trabajo, responsabilidades y riesgos, se diese o se ganase un equivalente sueldo. Y si hasta hoy han ganado en la lucha los primeros —y no nos referimos ni queremos fomentar la lucha de clases, sino la lucha honrada y noble por un derecho a que muy justamente se puede aspirar—, no cabe duda que las fuerzas pueden nivelarse hasta hacer desaparecer lo que podrá no ser una injusticia; pero que tampoco será el luchar por una mayor igualdad hasta el día en que ésta se alcance.

Lo que Pablo VI dijera a respecto del libre cambio y las naciones, podemos aplicarlo también a los hombres: «La regla del libre cambio —nos dice en la «Populorum progresio»— no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales. Sus ventajas son evidentes, cuando las partes no se encuentran en condiciones demasiado desiguales de potencia económica...; PERO YA NO ES LO MISMO CUANDO LAS CONDICIONES SON DEMASIADO DESIGUALES DE PAIS A PAIS; LOS PRECIOS QUE SE FORMAN «LIBREMENTE» EN EL MERCADO PUEDEN LLEVAR CONSIGO RESULTADOS NO EQUITATIVOS» Y ¿quién dirá que entre los hombres NO HAY TAMBIEN LA MISMA O MAYOR DESIGUALDAD QUE ENTRE LAS NACIONES? Hay hombres fuertes, poderosos, por el capital, por la posición, por la ciencia, y hay los que no tienen más que lo necesario para vivir o sobrevivir. Y aunque el Gobierno intervenga para que no se abuse, si quieren, para que haya una justa (?) remuneración, es precisamente eso lo que por los efectos y las consecuencias, muchos, muchísimos, CREEN Y CREEMOS QUE NO ES JUSTA EN MUCHISIMOS CASOS. A este respecto, y a modo apenas de ejemplo, recientemente íbamos con un compañero al médico; espera y consulta, no duró más de cinco minutos; precio de la consulta, mil pesetas, y eso que se llevaba una carta de presentación, que bien entendida debería ser de recomendación. Pues bien, volviendo hacia casa nos tocó ir un tiempo detrás de un camión, en cuyos costados y parte trasera se leía lo siguiente: «Alquile un camión por cien pesetas la hora»; a seguir venía el teléfono que no recordamos. No cabe duda que hicimos el siguiente comentario: de manera que un médico a quien se busca y se lleva una carta de presentación, por menos de cinco minutos de consulta tiene derecho a nada menos que a mil pesetas, y un trabajador con su camión se ofrece por espacio de una hora y apenas por cien pesetas. Y éste es apenas uno entre millares y millones de casos, que naturalmente requieren y hasta exigen una más equitativa solución; por lo menos, si queremos desterrar la violencia.

Que se pueda o no se pueda conseguir a corto o largo plazo una verdadera justicia bajo el aspecto de los sueldos, o expresándonos mejor, una mayor distribución de las ganancias no sólo entre empresarios y empleados, sino entre todos los ciudadanos que honrada y honestamente trabajan, es lo que sería difícil de pronosticar. Entre tanto, si nos duele, como debe dolernos, el que haya tantos desafortunados por un lado y tantos otros que viven en la abundancia por otro, orientemos a los laicos NO COMO EL UNICO CAMINO, SINO COMO UNA OPCION DE TANTAS —Y RESPETANDO LOS DERECHOS DE LOS DEMAS A OPINAR DIFERENTEMENTE— a que los respectivos responsables ante el Gobierno, no a modo de lucha de clases, sino como un derecho que se puede insinuar, pedir y conseguir, para que, como hemos dicho antes, pueda el pobre ganar más y deba el rico no atesorar tanto. Es lo que da a entender el Documento de la Comisión Pontificia «Justitia et Pax» del mes de abril con ocasión del décimo aniversario de la encíclica «Pacem in terris» de Juan XXIII, cuando dice: «Hoy se está descubriendo —y es un producto de los tiempos o «un signo de los tiempos»— un cierto número de actitudes, las cuales tienden a transformarse en nuevos derechos y a insertarse en las legislaciones y en las constituciones («Pacem in terris», párrafos 75, 77). Y si ahí nos traen como ejemplo nada menos que «la objeción de conciencia de tipo militar» (¡!), Y QUE EN PRINCIPIO NO SE PUEDE ADMITIR, YA QUE ENTONCES SE PODRIA OPTAR POR LA OBJECION DE CONCIENCIA PARA OTROS FINES MUCHO MAS ABSURDOS, SI CABE, QUE EL DE TIPO MILITAR, CON MUCHA MAYOR RAZON SE PODRA INSERTAR EN LAS LEYES Y CONSTITUCIONES. NORMAS QUE, CON TANTA O MAYOR JUSTICIA, FAVOREZCAN A LOS DESAFORTUNADOS, PERO HONESTOS Y DIGNOS TRABAJADORES, aunque y a pesar de que salgan perjudicados los más abastados. ¿Quién podrá probar que no es tan justo el que el patrón en vez de ganar dos millones gane uno y los empleados o compradores de los productos en vez de ganar o ahorrarse medio millón ganen o se ahorren millón y medio? ¿No es por eso que los obispos de Florida en Estados Unidos han expresado en un documento la defensa del derecho de los trabajadores para unirse y asociarse de modo que puedan hacer valer sus reivindicaciones salariales?

PERO QUE CONSTE QUE TODO ESTO SE PUEDE EMPRENDER, NO POR LOS CLERIGOS, SINO POR LOS LAICOS; SIN ECHAR MANO DEL EVANGELIO; SIN PREDICARLO DESDE LOS PULPITOS, PORQUE HAY OTROS CAMINOS, OTROS DERECHOS Y OTROS PARECERES ECONOMICOSOCIALES, Y SIN DESCARTAR, QUE SI HOY EL ABUSO ESTA EN LOS PATRONES más que en los empleados, por estos caminos MAÑANA PODRA ESTARLO EN LOS EMPLEADOS MAS QUE EN LOS PATRONES; sin que podamos nunca, a pesar de todo lo dicho anteriormente, SABER DONDE ESTA EL JUSTO MEDIO ni quién tiene que devolver a quién, si es que alguien roba con las tan llevadas y traídas injusticias sociales. Sin duda que los que nos están leyendo no esperarían esta conclusión. Es que como el asunto no está terminado, no queremos dar la impresión de que es eso sólo lo que puede defenderse y practicarse. Pues una cosa es lo que nosotros pensemos, deseemos y aun veamos, y otra lo que otros, con distinta formación, en diferentes circunstancias y con el convencimiento de que tienen derecho a hacer lo que les parezca con lo suyo, que creen haberlo ganado según la justicia o las leyes, puedan opinar. Ni vale el que nos digan que aquél es el deseo de la Iglesia, del Evangelio y del mismo Cristo; pues que si fuésemos a seguir todo lo que la Iglesia, el Evangelio y Cristo desean, no hay duda que todo se resolvería y que TODOS SERIAMOS SANTOS, PERO AL MAXIMO. Pensemos, entre tanto, que ni Cristo, ni el Evangelio, ni la misma Iglesia, nos hablan, y menos imponen, un cambio de estructuras sociales, por lo menos en concreto, y mucho menos por la violencia, y sí, únicamente, de que mejoremos la sociedad todo lo que se pueda en este punto, y para esto hay diversos caminos social, natural y evangélicamente aceptables, como veremos en el artículo siguiente, D. m.

CARTAS AL DIRECTOR

Muy distinguido amigo: Le expreso mi solidaridad total y absoluta con la carta del abbé de Nantes y con la nota de la Dirección.

Soy suscriptor del boletín «La Contre-Réforme Catholique au XX siècle» y, por ello, puedo apreciar que toda su doctrina está basada en la recta razón y en la serenidad —digan lo que quieran sus enemigos—, siendo su postura la misma de San Atanasio frente a la herejía dominante ahora como entonces.

Politicamente, eso cuenta menos, es un requeté al que podríamos denominar «de honor», partidario de la «Argelia francesa» y del general Salan, lo mismo que del mariscal Petain y del Generalísimo Franco en los días de la Cruzada. Siempre su actuación ha sido regida por el honor más exquisito.

Un abrazo de su incondicional amigo,

IGNACIO DE VEGA

El indio Cuauhtladtoatzin o Juan Diego

Por Rafael Gil Serrano, Director Central de la H. de Campeadores Hispánicos

LA PATRONA DE LOS PIZARRO

Al hablar del mito de los hispanizadores extremeños como portadores de la devoción de la Virgen de Guadalupe al continente indohispánico, particularmente a Méjico, recordábamos que hasta a los *buenos soldados* aquellos de Cortés (*buenos*, como los califa *Bernal Díaz del Castillo*), que TODO LO DIERON POR DIOS para hacerse misioneros, hay que descartarlos «*como propagandistas de la Virgen de Guadalupe*». Y añadíamos:

«Claro es que pudo haber otros hispanizadores extremeños, como por ejemplo, PIZARRO y los suyos, que llevasen la devoción de *la Virgen de Guadalupe de Las Villuercas* al Nuevo Mundo...» (1); pero es bien sabido que los PIZARRO, naturales de Trujillo, no la tenían a dicha imagen por Patrona.

Por eso, cuando el jefe MANCO INCA, *desesperado al no poder vencer con 200.000 indios* —¡*DOSCIENTOS MIL*!— *a los 150 españoles* —CIENTO CINCUENTA únicamente— que tenía acorralados en una iglesia construida de paja, allá en EL CUZCO, y se vio obligado a levantar el cerco, lo primero que hicieron los españoles fue organizar una procesión en acción de gracias a la Virgen y no se les ocurrió que fuese en honor de la de Guadalupe, sino de la Virgen de la Victoria. ¿Por qué? Porque era la Patrona de Trujillo y, por ende, de los Pizarro.

CUAUHTLADTOATZIN EN ANAHUAC

El indio Cuauhtladtoatzin «*vivió en los tiempos en que la tiranía de los emperadores aztecas llegaba a excesos increíbles.*

Méjico no existía como nación. Tribus guerreras que disputaban encarnizadamente, reyezuelos indignos que obedecían las órdenes del emperador déspota; agregación de pueblos que buscaban en sus guerras prisioneros que sacrificar a sus falsos dioses...; despotismo en los mandarines; adulación en los lacayos; servilismo, miedo, terror en los demás; he ahí el estado de Anáhuac cuando fue conquistado por los españoles.

Los nobles vivían en la opulencia. El pueblo devoraba su miseria y su abyección. Pobreza, inmoralidad, rebajamiento era el estado social de las razas aborígenes. En esa atmósfera nació Cuauhtladtoatzin, quien fue llamado después, al ser bautizado, JUAN DIEGO. Nació en CUAUHTITLAN, el año 1474. Cuauhtitlán era ciudad populosa entonces, como entonces podían ser en nuestra Patria las ciudades importantes.

«Ya grande se fue a casar con MARIA LUCIA en TLALPAC.» *Pertenecía a la clase de los «mazehuales», es decir, a la categoría más pobre e insignificante del pueblo. Pasó los primeros cuarenta y ocho años de su vida en las sombras del gentilismo.*

Los religiosos de la gloriosa Orden franciscana evangelizaron la comarca en que vivía Juan Diego. Fray TORIBIO DE BENAVENTE *fue llamado MOTOLINIA por los indios. Con este apodo, que significa «el pobre», pasó a la posteridad y es conocido el célebre santo religioso que la historia ha inmortalizado ya.*

Oyeron Juan Diego y su mujer María Lucía la predicación del esclarecido Motolinia, y estando debidamente preparados recibieron el sacramento del bautismo» (2).

CARACTER DE CUAUHTLADTOATZIN

«*De las costumbres de Juan Diego antes de ser bautizado* (esto es, de Cuauhtladtoatzin) *nada sabemos con certeza. Imposible saberlo. Siendo el indígena de condición tan humilde, ¿quién había de fijarse en él? Menos aún podrían consignar algo los historiadores. Si hay relativo silencio acerca de las apariciones, ¿por qué no había de haberlo respecto a Juan Diego? Este fue conocido y fue célebre desde las apariciones. Antes no.*

Se puede conjeturar la rectitud de su corazón y la honradez de sus costumbres porque se convirtió pronto.

El indio no cristiano es supersticioso y fanático. Lo atestiguan los teocallis (3) *que erizaban el suelo nahuatlaca. Sólo en Tenoxtitlán había dos mil «teocallis», de los que trescientos sesenta estaban consagrados a los «tepitoton» o dioses lares. «En todo el imperio había cuarenta mil «cues» o montecillos sagrados.*

Los aztecas ofrecían veinte mil sacrificios al año. En la dedicación del templo mayor inmolaron setenta mil víctimas. Sus «papas» y «rabíes» eran numerosísimos.

Juan Diego dejó muy pronto el carácter aferrado que racialmente tenía a la superstición y al fanatismo. Su conversión fue completa. Si junto con su esposa se consagró totalmente a Dios, se infiere que era de corazón dócil, obediente y generoso» (4).

EL «NEOFITO»

Muchos llaman neófito a Juan Diego. Así lo intitula el pueblo y hasta los eruditos.

Los prelados mejicanos en documento oficial (1886), dicen: «Como los fieles de nuestras diócesis, firmemente creemos y todos a una voz profesamos la antigua tradición de nuestra nación, cuyo compendio hállase al fin de la sexta colección del oficio concedido por Benedicto XIV a la Iglesia mejicana, sobre las apariciones de la Santísima Virgen María en el cerro de Tepeyac, hechas a un piadoso neófito...»

El licenciado don Manuel Garibi Tortolero, verdadera autoridad en asuntos guadalupanos, me dice en su carta de 29 de octubre de 1940: «Esto (que haya sido neófito Juan Diego en el tiempo de las apariciones) sólo puede sostenerse de un modo muy relativo (por la candorosidad del indio). En rigor no se le puede calificar de neófito porque no era «cristiano de pocas días».

Si María Lucía murió en 1529, claro es que aquel bautismo fue anterior, por lo menos recibido al casarse, como se acostumbraba muchas veces, pues en seguida de bautizarlos eran casados los indios por los misioneros. Cierto es que María Lucía murió poco tiempo después de casada; pero debemos suponer que viviría casada siquiera un año. Podemos creer que se casó y bautizó Juan en 1528, por lo menos. Así es que en diciembre de 1531 tenía entre tres y cuatro años de bautizado, y por lo tanto no era neófito» (5).

LA LLAMADA APARICION DE «CUAUTITLAN»

Hemos visto que Juan Diego era natural de Cuauhtitlán o Cuautitlán, donde nació el año 1474. También se afirma en la *Historia de las apariciones*, del indio *Antonio Valeriano*, que era natural de dicho lugar; pero como no se nombra el sitio donde residía Juan Diego cuando las apariciones, parece deducirse que seguía residiendo en su ciudad natal, lo que dió pie para creer que la aparición de la Santísima Virgen a su moribundo tío fue en la misma ciudad y así lo dijimos nosotros (6). Mas luego, al poder adquirir otras fuentes de información, pudimos percatarnos del error. Y aunque el error no afecte en lo más mínimo a la realidad y a la trascendencia de la aparición con todas sus consecuencias, con gusto rectificamos.

Dice, pues, al respecto el citado licenciado don Manuel Garibi Tortolero en la carta de 29 de octubre de 1940 citada:

«*Enviudó Juan Diego en 1529 y en 1531 vivía en Tolpetlac con su tío materno Juan Bernardino, que le sivió de padre en su niñez, pues de seguro quedó huérfano cuando todavía era pequeño.*

Al acaecer las apariciones venía de Tolpetlac a Tlaltelolco y no como erróneamente dicen ciertos autores modernos que «vivía en Cuauhtitlán». *Eso es falso, y bastará reflexionar que si hubiera vivido en Cuauhtitlán, donde había franciscanos desde años antes de 1531, no habría necesitado caminar a Tlaltelolco a oír misa ni a estudiar la doctrina, ni ir a buscar confesor para su tío teniendo franciscanos en la propia ciudad de Cuauhtitlán.*

Se dice —continúa— *que guardó castidad matrimonial porque él y María Lucía oyeron un sermón de fray Toribio Motolinia en que la ensalzaba.*

Después de las apariciones pidió al señor Zumárraga permiso de vivir junto a la ermita, y el prelado le dio una pieza o cuarto (donde ahora está el bautisterio de la parroquia), adosado al pequeño templo. Y barría la ermita, y era muy piadoso. Se dice que conversaba con la Santísima Virgen y que Ella le habló varias veces. Murió en 1548, de setenta y cuatro años» (7).

EL HECHO DESTACABLE

Y ahora, como hecho destacable de todo esto, es el que la conversión de Juan Diego a la fe de Cristo y el amor a la Virgen Santísima NO FUE OBRA DE LOS MISIONEROS QUE ACOMPAÑARON A CORTES, sino de MOTOLINIA y otros.

---

(1) «El mito extremeño de la Virgen Guadalupe mejicana», por R. Gil Serrano. ¿QUE PASA? de 26-V-73.
(2) José Cantú Corro: *Juan Diego*. Editorial «Juan Diego». Cuatla (Morelos). Páginas 5-6.
(3) *Teocali* = Templo de los antiguos mejicanos.
(4) *Juan Diego*, págs. 8-10.
(5) Ibídem, págs. 14-16.
(6) *La aparición de Cuautitlán*. ¿QUE PASA?, 7-IV-73.
(7) *Juan Diego*. Nota de las páginas 8-10.

— NO HAY DIALECTICA NI SOCIOLOGIA SIN DIOS.
— NO HAY UNIDAD NI PAZ EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS SIN DIOS.

POR ESO:

— EN "¿QUE PASA?" NO SE HACE MAS POLITICA QUE LA DE DIOS.

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Alguna vez he sospechado si con nuestros comentarios al Documento no estaríamos perdiendo el tiempo, porque el asunto estaba ya pasado de rosca. Pero los acontecimientos nos vienen a demostrar lo contrario: que tiene actualidad y mucha. La visita y declaraciones del cardenal Tarancón en París, el informe pedido por el Gobierno a la Cámara Corporativa y a la información de la Agencia Europa-Press sobre el estudio y resolución inmediata del problema de las relaciones Iglesia-Estado, que ha visto la luz pública en los diarios de información, ponen nuevamente sobre el tapete la CRITICA serena, pero firme, de dicho escrito episcopal.

Repetiremos hasta la saciedad que la política benelliana sobre España se circunscribe, ya que no ha conseguido la RENUNCIA UNILATERAL del Estado al derecho concedido por la Santa Sede sobre la presentación de episcopables, a la renuncia CONDICIONADA Y PARCIAL de la Iglesia al fuero de los sacerdotes (no al de obispos) y a la renuncia TOTAL E INCONDICIONAL del Estado al precitado derecho. Y repetimos lo de CONDICIONADA, porque últimamente el vicario general de Gerona ha lanzado una nota que algunos atribuyen al ordinario de Barcelona, Jubany, en la que se repite la interpretación LAXA del texto, cuya ambigüedad ya hemos denunciado: Que sólo la autoridad eclesiástica es quien ha de interpretar la predicación sacerdotal, aunque hablen contra el Régimen «a propósito de cañonazos».

No hace sino machacar lo que afirma el Documento. Después de reconocer dos *concesiones*, como verdaderos privilegios, dice: «A continuación queremos esclarecer ciertos conceptos en torno a otras materias que, aun no siendo tales privilegios (¡), son considerados por muchos como tales. «El primero de ellos es la AYUDA ECONOMICA A LA IGLESIA, explanada en el número 59, que si a juicio del vocero de la Jerarquía en la prensa, es, con los números siguientes, lo más discutible del Documento, al nuestro es desaprobable y confusionista.

● Es de resaltar la UNIVOCIDAD entre los defensores y firmantes afirmativos, hasta el punto de que nos hace sospechar la identidad de mando u origen. El mismo lenguaje y las mismas variantes a través del tiempo en todas las declaraciones expositorias y laudatorias del aperturismo. Este tema es TECNICO y no está al alcance de la *masa*; sólo los iniciados en la sapiencia progresista pueden abarcarlo en su profundidad. Así se expresó el director de *A B C* en su primigenio elogio; así *Ya*, en su editorial del 26 de enero y en el artículo del documentado Pérez de Ayala, que firmaba con su título de CATEDRATICO. Así se expresa el Documento: «De ordinario falta en muchos suficiente conocimiento de causa.» Así lo estudia *Sal Terrae* en el número tantas veces citado.

Se ha pasado de los derechos adquiridos por la desamortización del judío Mendizábal, para atraer adeptos al liberalismo, a un «planteamiento técnico» (Ayala) por los servicios que la Iglesia presta a la sociedad civil. El Documento engloba, *a conciencia*, la ayuda al culto y clero con la prestada «a los centros docentes, hospitales, asilos de ancianos, viviendas, centros juveniles y toda clase de servicios de asistencia y de promoción humana». Y son dos cosas y títulos diferentes.

Con razón el presidente de la Asamblea dijo que las conclusiones tenían como *telón de fondo* las de la Conjunta, y el editorialista de *Vida Nueva* se jactaba de que *no se había retrocedido un paso*. La segunda redacción de la conclusión 7 de la quinta ponencia (pues la primera no fue aprobada) reza lo siguiente: «La aportación económica —procedente del pueblo español— que la Administración Pública pone en manos de la Iglesia se justifica por el servicio que ésta presta a la comunidad nacional, y no debe restarle libertad evangélica ni ser discriminatoria respecto a las demás confesiones religiosas.» En la primera redacción se la reconocía como *temporal*: («Mientras no cuente con otras fuentes adecuadas de recursos».) La segunda le da un carácter *perpetuo* e *incondicional*. El mismo sentido aparece en el Documento.

Y «aunque (en el siguiente párrafo) nada puede reclamar la Iglesia por estos servicios..., ni rechaza aquellas ayudas que, sin oscurecer la pureza de su testimonio, potencien su misión de servicio ni considera un privilegio recibirlas del pueblo español, a través del Estado.» «Es de esperar —continúa en el último párrafo— que la revisión concordataria consiga dar a este problema la equitativa solución que requiere... En este espíritu de desprendimiento evangélico (¡) deseamos actuar siempre en materia económica.» Conocemos, pues, el pensamiento oficial de *cierta parte de la Jerarquía*. Veamos el de los *técnicos*.

● La conclusión 6 del «Seminario de Derecho Concordatario de la Universidad de Comillas en Madrid», en febrero de 1971, dice: «Ideal sería que *los fieles sostuvieran el culto y el trabajo pastoral* de sus operarios evangélicos..., pero aún prescindiendo del título de indemnización, no sería contrario a la libertad religiosa ni a la igualdad jurídica, garantizada por nuestras leyes, que el Estado español, como Estado moderno, *ayudara* a subvencionar en parte la realización de un servicio de interés social cual es el religioso (prestado por la Iglesia católica o cualquier confesión religiosa debidamente reconocida). El *criterio de exención tributaria* (y beneficios fiscales) no ha de ser el *subjetivo*, basado en privilegios o discriminación alguna: ha de ser *objetivo*, en virtud de la contribución al bien de la sociedad española.» Como puede apreciar el lector, la identidad es absoluta.

Oigamos ahora al catedrático de Universidad en su extenso y TECNICO trabajo en *Ya*. Expone cinco sistemas al efecto: A) *Patrimonio eclesiástico*, que rechaza sociopolítica y técnicamente. B) *Tributos eclesiásticos*; insuficiente hasta en países ricos, como Estados Unidos e Inglaterra. C) *Tributación eclesiástica*, pero *con sancionabilidad estatal*; presenta serios problemas técnicos. D) *Aportaciones voluntarias de los fieles*; insuficiente en los resultados. E) *Asignación en los presupuestos*. Termina, como el tonto del cuento, que prefería SOPAS en vez de leche y pan. «La fórmula preferible hay que buscarla integrando en diversa medida a varios de los procedimientos citados.»

En el centro del artículo nos define TECNICAMENTE el *bien social o político*: «Aquél en atención a sus características, sin que por ello exija la prestación necesaria del Estado», y sus *dos requisitos*: a) Posibilidad de prestación conjunta a una pluralidad de ciudadanos; y b) Que el bien no se agote en el individuo destinatario directo, sino que trascienda a otros individuos distintos repercutiendo en el bien general: enseñanza, sanidad, beneficiencia.»

«Como la actividad de la Iglesia formando ciudadanos en virtudes sociales trasciende a TODOS (aun no católicos) en bien general, no es un gesto protector del Estado, sino una colaboración de la sociedad asumida libremente a través de sus representantes políticos. Nótese —concluye el catedrático— que esta colaboración tiene su origen en un *derecho* de la Iglesia.» He querido ser tan extenso para que los «indocumentados» (¡) lectores y colaboradores de ¿QUE PASA? se *documenten* con las sabias doctrinas de los DOCUMENTADOS (?) escritores de *Ya* y *ABC*.

● Salta a la vista el «camouflage» que en todos estos escritos aparece englobando el aspecto espiritual y esencial de la Iglesia, con el humano y accesorio de la misma. Es la misma táctica que denunciamos al tratar sobre el fuero eclesiástico, que aparece en el Documento *asimilado, englobado* con otros «fueros especiales de la sociedad civil». Se trata de igualar a la Iglesia (cuando conviene) con el resto de los estamentos y entidades civiles. Así, se habla de educación, beneficencia, sanidad, etc.; pero se omite la evangelización, la predicación del Evangelio, según el mandato de Cristo. Nosotros, en este trabajo, vamos a tratar de la Iglesia, *reduplicative, ut sic*. Los «documentados» se reirán de la frase escolástica porque no se usa en sociología.

En mis años mozos asistieron a nuestra clase de Lógica y Filosofía dos abogados preclaros de la ciudad para asimilar los procedimientos de raciocinio en aquella Universidad Pontificia (no era la de Comillas-Comillas). Ahora, además de las huelgas estudiantiles operadas en esta clase de centros eclesiásticos, que no podemos llamar tridentinos, como protesta por la enseñanza prescrita por la Congregación Romana, son los eclesiásticos los que acuden a las Universidades civiles o centros especializados eclesiásticos en Madrid y Barcelona, muy eclesiásticos en los nombres y poco en la doctrina, para aprender *sociología y estadística*. Terminado este inciso aleccionador sobre los «nuevos teólogos e intelectuales», volvamos a nuestro objetivo.

Decimos que la ayuda económica a la Iglesia ha de estudiarse desde la óptica sobrenatural: *la Religión en sí*. ¿Tiene el Estado moderno posconciliar *obligación* de ayudar económicamente a la propagación del Evangelio y al sustento de sus ministros; a la construcción y mantenimiento de sus templos; a la exención tributaria de sus bienes y legados testamentarios? Esta es la cuestión que tratan de marginar algunos «documentados». Si el Estado es CONFESIONAL, según la doctrina hasta hora aceptada por los tratadistas eclesiásticos, la contestación es afirmativa. Los que propugnan los *derechos del hombre* y la *libertad de conciencia*, provenientes de la Revolución francesa, que algunos han elevado a los altares, o de la declaración de la ONU, laica, neutra, positivista, encontrarán muchas dificultad para probar esta obligación estatal. Se encuentran por medio la pluralidad religiosa, la dignidad de la persona disidente, el santuario de la conciencia individual, la diosa de la libertad humana..., que se oponen a sus ideas y sobre todo a sus bolsillos para esta ayuda.

Lo que está fuera de duda es que un Estado laico, neutro, aconfesional, indiferente en materia religiosa, como le propugnan los «aperturistas» que se llaman posconciliaristas vaticanos segundos, pero que no lo son, *queda desligado de toda obligación*... Ni puede ayudar a una profesión religiosa particular, aunque la profese la mayoría de los ciudadanos, porque con razón exigirían el mismo apoyo los de otras confesiones; ni otorgarlo a todas, porque se levantaría la protesta de los ARRELIGIOSOS y de los IRRELIGIOSOS; con su dinero no se puede ayudar la propagación de una cosa, que para unos será el OPIO del pueblo y para el resto *la superchería inútil o perjudicial*. Esto está tan claro que lo eluden los «anticonfesionalistas progrés». A una señora postulante proseminario recientemente, le contestó un viandante español en el centro de Madrid: «¿Para formar curas? Que trabajen.» Todo lo cruda que juzguemos la respuesta, ha de admitirse en este ambiente desacralizador a que nos empujan ciertas pastorales. Un sacerdote español fue llevado por elementos socialistas anticlericales a un tribunal «popular» durante nuestra guerra, acusado simplemente de que *era cura*. El presidente, que era un intelectual de la anarquía, preguntó si había alguna otra razón contra el detenido. No contestaron. «Pues entonces, soltadle, que eso no es delito y que trabaje si quiere comer.» Otra fuera su suerte si cae en manos de anticlericales más o menos burgueses.

(Continuaremos.)

La conversión de los judíos está próxima

15

Por M. M. E.

En el artículo anterior hice mención del sueño de don Bosco, en que ve la salida de Roma de un Papa «*en una noche oscura*» y la vuelta del Sumo Pontificado a la Ciudad Santa cuatrocientos días después, con la intervención prodigiosa de María Santísima. Si, como entonces dije, probablemente esta salida de Roma ocurre el 9 de marzo de 1977, la vuelta triunfal coincide con el día del milagro de la Virgen en Garabandal: 13 de abril de 1978, jueves. Este sueño lleva el núm. 74 en la colección «Los sueños de don Bosco», Editorial Católica Salesiana, Alcalá, 164, Madrid. No aparece en el volumen 135 de la B. A. C. dedicado a San Juan Bosco. Vio una inmensa multitud que salía del Vaticano: hombres y mujeres, ancianos y niños, monjes, religiosas y sacerdotes, todos procesionalmente y llevando a la cabeza al Sumo Pontífice. Inmediatamente acontece un furioso temporal. La comitiva llega a una plaza cubierta de muertos y heridos; muchos de éstos piden auxilio a gritos. Las filas que forman la procesión se reducen mucho. Después de haber caminado doscientos días comprenden todos que son verdaderamente exiliados y se agrupan en torno al Papa para defenderle y asistirle. Curiosamente, si la salida ocurre el 9 de marzo del 77, ese día 200.º será el 26 de septiembre, cuando el Papa «Flos florum» cumpla sus ochenta años.

Sólo por don Bosco no sabríamos que este Papa muere fuera de Roma. Para la venerable Emmerich está ya muy consumido por los años, las preocupaciones y sufrimientos, y por la oración continua. «*El Papa está muy enfermo: ¡sufre tanto por la intromisión de los protestantes en los asuntos de la Iglesia! Le he oído decir cien veces que prefiere dejarse matar delante de San Pedro que tolerar por más tiempo esas usurpaciones; el campo de Pedro debe estar libre*» (6-I-1824). Y nos habla de otro Papa, más joven y enérgico que el anterior, que entra en Roma triunfalmente: «*Ya toda la parte delantera de la iglesia de San Pedro* (de Roma) *había sido demolida* (por la masonería, formada por muchos protestantes, pero también católicos e incluso eclesiásticos. Los demoledores están relacionados con los fautores de la nueva Iglesia ecuménica. Pero a quien más teme es al «hombrecito negro de facciones judías», que tiene a tantos trabajando para sí contra la Iglesia, sin que ellos mismos conozcan las últimas intenciones, *y no quedaba en pie más que el presbiterio con el Santísimo Sacramento. Yo estaba extenuada de tristeza y me preguntaba continuamente dónde, pues, estaba aquel que había visto otras veces en pie sobre la iglesia para defenderla vestido de rojo y sosteniendo un pendón blanco* (se refiere a San Miguel). *Entonces vi una mujer llena de majestad que avanzaba por la gran plaza que está ante la iglesia. Tenía su amplio manto alzado sobre sus dos brazos y se elevó dulcemente en el aire. Se posó sobre la cúpula y extendió sobre toda la extensión de la iglesia su manto, que parecía resplandecer de oro. Los demoledores acababan de tomarse un instante de reposo, pero cuando quisieron reemprender el trabajo, les fue absolutamente imposible acercarse al espacio cubierto por el manto. Vinieron hombres muy ancianos sin fuerzas, olvidados, después muchos jóvenes fuertes y vigorosos, mujeres, niños, eclesiásticos y seglares, y el edificio fue reconstruido muy pronto enteramente. Vi entonces a un nuevo Papa que venía con una gran procesión. Era más joven y mucho más severo que su predecesor. Se le recibió con una gran pompa. Pareció estar determinado a consagrar el templo, pero oí una voz que dijo que no era necesaria una nueva consagración, que el Santísimo Sacramento había permanecido allí todo el tiempo.* (El nuevo Papa, elegido fuera de Roma, cree que en los cuatrocientos días que ha estado sin Pontífice el Estado Vaticano ha habido profanaciones sacrílegas. No hubiera extrañado. *Se debía entonces celebrar una doble fiesta: un Jubileo Universal y la restauración del templo.* Estimo que el «jubileo universal» será el Año Santo que no habrá podido celebrarse en 1975 por culpa de los que dirigen la revolución —religiosa, política y social— contra la cristiandad católica; será, pues, en 1978-79.) *El Papa, antes de comenzar la fiesta, ya había establecido su personal, quienes rechazaron y despidieron de la asamblea de los fieles, sin hallar ningún impedimento, una turba de miembros del alto y bajo clero. Vi cómo salían de la asamblea murmurando de rabia. El Papa tomó para su servicio a otras personas, eclesiásticas e incluso seglares. Entonces comenzó la gran solemnidad en la iglesia de San Pedro. Los hombres del mandil blanco* (la masonería) *continuaron trabajando en su obra de demolición sin ruido y con circunspección, cuando los otros no les veían: tenían miedo y estaban siempre ojo avizor.*»

Es importante este otro texto paralelo del 13 de mayo de 1820; aquí hace hincapié en lo que llama el sueño 101 de don Bosco, «tercera visita»: «*He visto cuán funestas serán las consecuencias de esta falsificación de la Iglesia* (la nueva Iglesia ecuménica, progresista); *la he visto acrecentarse; he visto a herejes de todas las clases venir a Roma. He visto aumentar la tibieza del clero romano y producirse un gran oscurecimiento. Entonces la visión se agrandó en derredor. Vi por todas partes las comunidades católicas oprimidas, vejadas, estrechadas y privadas de libertad. Vi muchas iglesias cerradas. Vi producirse por todas partes grandes calamidades. He visto guerras y sangre derramada. He visto al pueblo salvaje, ignorante, intervenir violentamente; pero esto no durará mucho. He visto otra vez la iglesia de San Pedro minada conforme a una plan trazado por la secta secreta* (la masonería), *a la par que estaba siendo destrozada por la tormenta* (la marea revolucionaria venida del Norte). *Pero he visto también llegar el socorro en el instante de mayor angustia: he visto otra vez a la Virgen Santísima ponerse sobre la iglesia* (de San Pedro) *y extender su manto. En cuanto he tenido esta última visión, no he visto más al Papa: he visto a un sucesor suyo; lo he visto a la vez dulce y severo. Sabe atraerse a los buenos sacerdotes y expulsar lejos de sí a los malos. He visto renovarse todo.*»

Es interesante cómo cuenta don Bosco este regreso del Papa a Roma, aunque no da indicio de que sea un Papa nuevo. Sigue el sueño 74: «*Entonces aparecieron dos ángeles que, llevando un estandarte, fueron a presentarlo al Vicario de Cristo, diciendo: 'Recibe el estandarte de Aquel que combate y dispersa los más aguerridos ejércitos de la tierra. Tus enemigos han desaparecido, tus hijos imploran tu retorno con lágrimas y suspiros.'*

Fijando la mirada en el estandarte se veía escrito por una parte: REGINA SINE LABE CONCEPTA. *Y por la otra:* AUXILIUM CHRISTIANORUM. *El Pontífice tomó con alegría el estandarte, pero al contemplar el número de los que habían quedado en derredor, que era reducidísimo, se sintió lleno de pena. Los dos ángeles añadieron: 'Ve inmediatamente a consolar a tus hijos. Y escribe a tus hermanos dispersos por el mundo que es necesaria una reforma en las costumbres de los hombres. Esto no se puede conseguir sino repartiendo entre los pueblos el pan de la palabra divina. Catequizad a los niños; predicad el despego de las cosas de la tierra. Ha llegado el tiempo en que los pobres serán los catequizadores de los pueblos. Los sacerdotes serán buscados entre el azadón, la pala y el martillo, a fin de que se cumplan las palabras de David: Dios levantó al pobre de la tierra para colocarlo en el trono de los príncipes de su pueblo.'*

Oído esto, el Pontífice comenzó a caminar, y la fila de la procesión fue en aumento. Cuando llegó a la Ciudad Santa comenzó a llorar al ver la desolación en que estaban sumidos sus ciudadanos, muchos de los cuales habían desaparecido. Entrando después en San Pedro entonó el tedéum. Terminado el canto, lució un sol esplendoroso. Las ciudades, los pueblos y los campos habían disminuido de población; la tierra se hallaba arrasada como por un huracán, por una tormenta de agua y de granizo, y las gentes iban al encuentro unas de otras diciendo conmovidas: 'Est Deus in Israel.'»

En esta hora se realiza el verdadero ecumenismo, la vuelta de muchos de los cristianos separados. Lo ve así la venerable Emmerich: «*Vi a la Virgen Santísima sobre la iglesia de San Pedro, y en torno a Ella, apóstoles y obispos. Vi debajo grandes procesiones y solemnes ceremonias. Vi cantidad de obispos malos que habían creído poder hacer algo ellos solos y que no recibieron para sus empresas la fuerza de Cristo por intercesión de sus santos predecesores y de la Iglesia, echados y sustituidos por otros. Vi grandes bendiciones repartidas desde lo alto, y muchos cambios. Vi surgir hombres pobres y sencillos, de los que la mayor parte eran todavía jóvenes. Ahora todo reflorecía. Vi aún tres ejércitos o tres asociaciones de hombres unirse a la luz* (una luz que parte de la Virgen, desde la cúpula de San Pedro; las tres asociaciones simbolizan a los cismáticos, protestantes y anglicanos); *entre ellos había gente muy ilustrada, y entraron en la iglesia. Entonces todo se renovó. Las aguas abundaban por todas partes; todo estaba verde y florido. Vi construirse iglesias y conventos.*» (octubre, 1820). Podría aumentar las citas sobre esta vuelta de muchos cristianos separados.

Este Papa nuevo, joven, dulce y enérgico, nos dice Emmerich: «*No es romano, pero sí italiano, de un lugar no muy alejado de Roma, y pertenece, creo, a una familia de príncipes piadosa.* (Es un antiguo convertido moral, en su juventud, por influjo de un santo anciano sacerdote en Roma.) *A veces viaja. Debe todavía tener durante cierto tiempo muchas luchas y desórdenes.*» Efectivamente, como intentaré demostrar en el próximo artículo, este Papa es «De Labore Solis» en la profecía de San Malaquías y morirá mártir, asesinado por las fuerzas de Gog de Magog, 666, el quebrantador de las fuerzas de los santos, devorador de las naciones, poco antes de la batalla de Har-Maguedón. (*Continuará. D. m.*)

"AL QUE DIOS SE LA DE..."

Por TEOFILO

«LA BUSQUEDA DE CAUCES», le enajena;
con «LA NO VIOLENCIA», «SE ALIENIZA»;
el MIERCOLES que llaman «DE CENIZA»,
a todo el que la toma lo condena.
El es tan «PROGRESISTA», que DA PENA;
no se «DESFASA», no se «POLITIZA»;
pero está contra EL CESAR siempre en liza,
aunque, gracias al CESAR, come y cena.
Fue el primero en quitarse la sotana
y en obligar a comulgar de pie
y en quitarle el badajo a la campana.
NO HARA PROSELITISMO DE LA FE;
y esperará, con esperanza vana,
A QUE DIOS, AL QUE QUIERA, SE LA DE.